



CICERO GENERAL DE BI

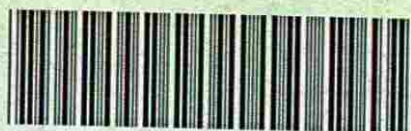
PQ2328

F5

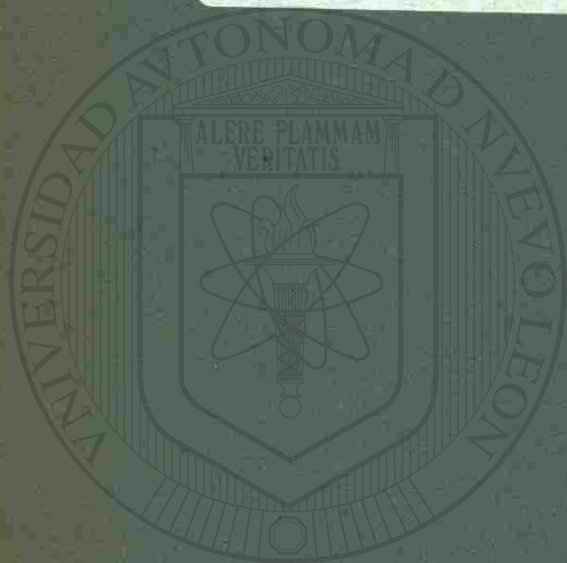
1908

N

L217f



1020026630



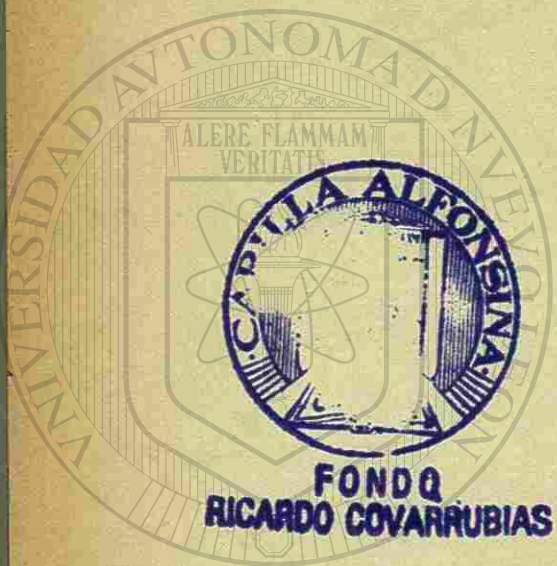
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843

L.



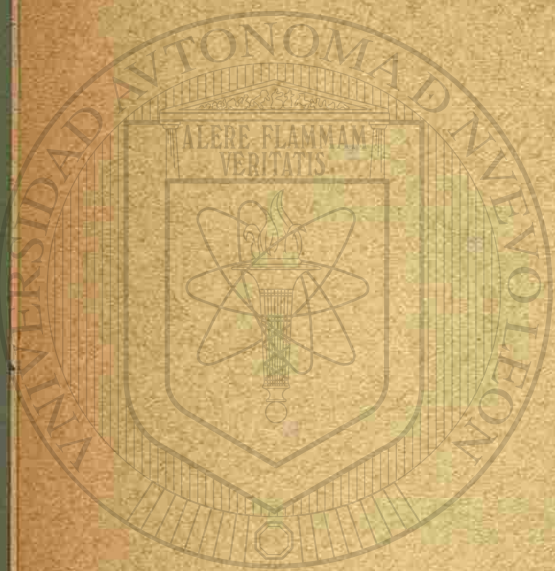
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

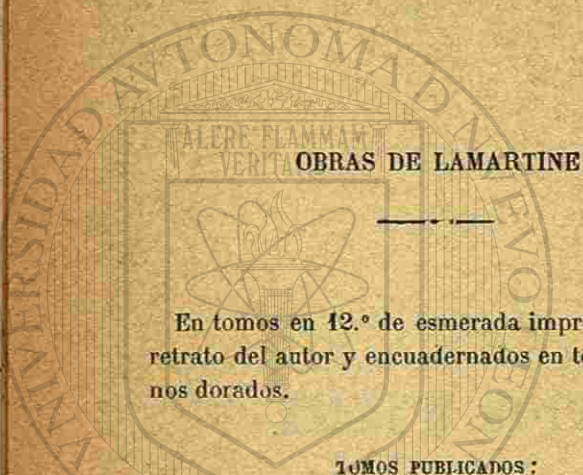
BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD



FIOR D'ALIZA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En tomos en 12.º de esmerada impresión, con el retrato del autor y encuadernados en tela con adornos dorados.

TOMOS PUBLICADOS:

Graciela, traducción de don M. de Toro y Gómez.
Rafael, traducción del mismo.
Fior d'Aliza, traducción de don E. Zerolo.
El picapedrero de Saint-Point.
Confidencias.

Núm. Clas. N
Núm. Autor L217
Núm. Adg. 30402
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 629
Catálogo _____



A. DE LAMARTINE

A. DE LAMARTINE

FIOR D'ALIZA

Versión castellana de

E. ZEROLO

TERCERA EDICIÓN

PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6 — RUE DES SAINTS-PÈRES — 6

1908

099512

30492

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago. 1625 MONTERREY, MEXICO

843
L

PQ2328

FS

1908



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL

FIOR D'ALIZA

CAPÍTULO PRIMERO

I

El verano de *** lo pasé en Saltochio, deliciosa y magnífica *villa* de los alrededores de Luca, que en *** había sido alquilada por el embajador de Francia. Á menudo me iba solo por las mañanas á las altas montañas de este encantador país, en busca de puntos de vista y paisajes, sin pensar ciertamente encontrar historias del corazón humano, ni poemas de la vida real que me hicieran pensar toda mi vida como en un sueño, en la más divina figura y en la aventura más melancólica, que jamás presentó poema alguno á mis ojos. Y esto fué, sin embargo, lo que me sucedió.

Un día de verano salí muy de madrugada del

parque, pasé los arroyuelos, los espesos bosques de laureles de Saltochio, y subí á las grandes colinas que sostienen las pobladas y ricas aldeas del país de Luca : mi perro me seguía con dificultad, y yo llevaba mi escopeta por costumbre, pues ya en aquella época no mataba lo que disfrutaba de vida. La majestuosa serenidad del tiempo me incitó á subir hasta la misma cumbre de la montaña. Abandoné las aldeas, las casas, los campos cultivados y anduve por barrancos pedregosos, por el seco cauce de los torrentes, saliendo de ellos para subir aún.

Lejos al parecer de todo camino, alcancé á ver una solitaria cabaña en la pendiente de un estrecho y verde valle, y á la sombra de enormes castaños. Sentía necesidad de descansar un momento y de apagar mi sed, y como oía un ligero murmullo de agua, que parecía filtrar por la roca al pie de la cabaña, y veía las grandes sombras negras de los castaños dando un tinte de terciopelo á la roca detrás de la casa, subí hasta allí para gozar de dos beneficios inesperados en la estación : el agua y el fresco.

II

Al dar la vuelta á la cabaña, medio construida en la roca, me detuve sorprendido por una súbita aparición : era una joven, que daba de mamar á un hermoso niño de cinco á seis meses. No intentaré describirla : no hay pinceles, ni aun los del divino Rafael, para pintar cabeza como aquélla. La joven tenía descalzos sus blancos y delicados pies; su vestido negro, formando grandes pliegues perpendiculares, caía con majestad sobre sus tobillos; el encarnado justillo, medio desabrochado, dejaba al niño saborear la leche y esparcirla con su risueña boca como un cordero ya harto que juega con la ubre de la oveja, ó como un niño que enturbia el manantial con sus manecitas después de haber bebido. Ella no me veía, porque me ocultaba de su vista el ángulo de la roca en donde estaba construida la cabaña; retenía yo el aliento suspendido en la contemplación de aquella divina figura; asemejábase á una linda aldeana de las que acuden los domingos por la mañana, á adornarse en el espejo purísimo de las fuentes. Parecía que cuidaba al hijo de una hermana mayor

(así me lo figuraba yo á lo menos); después peinaba negligentemente las largas y rubias trenzas de sus cabellos, que, unas veces envolvían al niño y á ella como con un velo, y otras, levantadas, se sujetaban á su frente con claveles encarnados y alelies.

Terminada esta primera parte de su tocado, que anunciaba un día de fiesta, se sentó en el suelo bajo el gran castaño, y meciendo á su hermoso niño sobre el lecho de hojarasca, jugaba con él como una cierva con el cervatillo recién nacido. Toda la bóveda de hojas resonaba con sus alegres gritos; creíanse solos.

*Mi rivedrai,
Ti rivedrò,
Di tuo bei rai.
Mi pascero.*

cantaba la jóven interrumpiendo su canto con besos y muestras de alegría, como quien espera ver á un ser querido, la tarde del día que tan bien comienza.

III

Extasiado estaba en la admiración de aquella joven, la más seductora que hasta entonces había

visto, semejante ya á una madre en edad en la que aun debía crecer, y que reunía en su figura el amor jovial de la hermana y la tierna solicitud de la madre, cuando mi perro, que volvía de una parada, se precipitó hacia mí con impetu haciendo que me descubriera la joven. Dió ésta un grito, se levantó de un brinco llevándose á su niño, y quiso huir.

— No huya usted, le dije con respeto; á mí me toca alejarme, puesto que mi inesperada presencia en este sitio turba su gozo y el de ese hermoso niño, á quien mi vista obliga á esconder la cabeza detrás de la espalda de usted.

— No señor, me respondió la joven abrochándose el justillo, perdone usted; me creía sola y compartía con mi hijo la felicidad que nos espera esta tarde: mataba el tiempo, que hoy va pasar para mí con mucha lentitud.

IV

Rogóme que entrara á descansar un momento, asegurándome que su ciego padre, y su tía, tendrían mucho gusto en ofrecerme hospitalidad.

— Pues los huéspedes son muy raros en esta soledad y hay que desconfiar de ellos, añadió

graciosamente; pero hay algunos que llevan la ventura á las casas.

Al hablar así dió la vuelta al ángulo del jardín, y anunciándome á su padre me obligó á entrar en la casucha.

V

Pasados los primeros saludos y disculpas, aquellas buenas gentes, en las cuales todo respiraba un aire de indigencia, pero al mismo tiempo de alegría, me ofrecieron en una mesa de madera muy limpia una comida campestre: hermosas castañas conservadas en otoño con su segunda corteza y cocidas en leche de cabra, queso, pan muy blanco y muy sabroso, y agua del manantial. Llevaba una cantimplora en mi morral y quise dar á gustar su contenido á la joven madre: ella la acercó á sus labios complaciente, pero apartándola en seguida con repugnancia.

— Nunca he bebido más que agua, dijo: esto agriaría la leche de mi hijo.

No me atreví á interrogarla sobre su precoz maternidad, pero claro se veía que no tenía por qué avergonzarse de ella. El anciano bebió por la joven, diciendo:

— Hace ya mucho tiempo que le había perdido el gusto.

— ¿Según eso, no son ustedes ricos? les pregunté.

— ¡Oh! no, me respondió; pero tampoco somos pobres.

— Lo hemos sido, exclamó la anciana.

— ¡Ah! sí, dijo la joven, lo hemos sido: mire usted, ¿ve usted ese sembrado de maíz, ese pequeño cercado, en donde las cepas y las higueras brotan entre las piedras grises que salen del suelo como para sostenerlas; ese pequeño prado en el fondo del barranco á la izquierda, que alimenta á dos vacas, y ese bosque de castaños nuevos y de laureles silvestres que viene desde lo alto hasta el prado? Pues todo eso ha sido nuestro; pero la roca, el castaño, con todo el terreno donde se esparcen sus raíces y su sombra, y ese vergel entre esas piedras grises con sus veinte pasos de hierba alrededor de la casa y las tres higueras, aun lo es; y tenemos bastante para los cinco, en tanto que Dios y la *Madona* (Virgen) no nos envían otras chiquitas bocas más, que vivir de la peña que nos alimenta á todos.

VI

— ¿Cinco? dije á la joven; pues no veo más que cuatro, contando al niño que está usted criando.

— ¡Oh! sí, dijo la anciana, pero hay uno á quien no ve usted, pero que nosotros vemos como si estuviese aquí, y á quien conservamos un puesto en nuestra mesa.

Al oír estas palabras, se levantó la joven de su asiento y estrechó á su hijo contra su corazón con un movimiento casi convulsivo; volvió sus ojos húmedos hacia el lado del mar y los enjugó con la manga de su verde chaquetilla.

— Aluden á Jerónimo, señor, repuso el anciano : es mi sobrino y discípulo. Está sobre el mar.

— Según eso ¿es marinero?, pregunté.

— ¡Oh! no señor : lo es y no lo es. Pero esto sería largo de contar, y usted tendrá necesidad de dormir. ¡Ah! el pobre muchacho ama demasiado su castaño para eso.

— Y á propósito, repuse, ¿cómo es que, queriendo tanto de padres á hijos ese árbol que sustenta á la familia, habéis abierto á fuerza de

hachazos en su tronco un gran agujero, en el que se ve todavía la huella del hierro con que le habéis herido tan cruelmente, á riesgo de hacerlo caer con su inmensa copa y ramas sobre la cabaña?

— ¡Ay, señor! es una larga y triste historia, me dijeron todos á la vez; Dios y la Madona lo han salvado por milagro y á nosotros con él; pero eso no tiene más importancia que el nido de cornejas que se salvó aquella tarde, y cuyos pequeñuelos hubiesen caído á tierra con él : no hablemos de eso que es bien triste.

VII

— ¡No, no! dije con curiosidad y con la mejor intención; hablemos, á no ser que aflija á ustedes demasiado. Soy joven todavía, pero desde niño me ha gustado más llorar con los que lloran, que reír con los que rien. Si no quiere usted referirme hoy toda la historia, me la contará mañana, porque ninguna prisa tengo; y aun cuando tuviera que hacer, todavía me detendría aquí algo que no puedo explicar.

Al hablar así, dirigí involuntariamente á hurtadillas una mirada á la angelical figura de la joven madre, que había ido á dar de mamar á su hijo en

el umbral de la cabaña. Jamás belleza mas pura y radiante había fascinado mis ojos; aparición del cielo á través del cristal del aire de las montañas, frescor de la mañana, fruta de verano en una rama, goce celestial á través de una lágrima, lágrima de niño convertida en perla al caer de las pestañas; luego aquellas cuatro edades de la vida; la abuela, el padre, la joven esposa, el niño de pecho: aquellos pobres animales domésticos; el perro, las cabras, las palomas; los polluelos bajo las alas de las gallinas; los lagartos, corriendo con ligero ruido, bajo las hojas secas del techo ¡Ah! la escena me fascinaba.

.....

VIII

Después de la comida, pedí con timidez, mirando alternativamente á la abuela, al padre y á la hija, la historia que se me había prometido para explicarme la profunda herida del castaño.

— ¡Ay! no podría contarla, porque lloraría demasiado, dijo la anciana.

— Y yo no me atrevo; soy demasiado joven para saberlo todo, y demasiado ignorante para contarlo bien, dijo la *sposa*.

— Hable usted, dijeron ambas al viejo.

IX

— No, dijo el anciano, hablemos cada cual á su vez y contemos lo que podamos recordar: con eso sabrá el viajero todo lo que desea, de los labios mismos de las personas que han presenciado y sufrido los acontecimientos.

— Perfectamente, dije: entonces toca á la anciana abuela hablar la primera, porque ella ha visto pasar muchas sombras del castaño sobre los brezos de la montaña, y caer innumerables hojas muertas sobre las raíces y sobre el techo de esta choza.

X

— Verdad es que he visto caer y renacer muchas hojas queridas de nuestro grande árbol, dijo la abuela, apartando con su descarnada mano los mechones de cabellos blancos que caían sobre sus ojos. Qué quiere usted, mi joven señor, muchas veces he oído decir á mi padre, y al padre de mi

padre : « nuestra familia es tan antigua en la montaña como la roca hendida que llora de vejez lo mismo que mis ojos, y las raíces del árbol que han abierto la roca, creciendo bajo la tierra. Ambos ignoraban cuándo venimos aquí por la primera vez. Recordaban haber oído contar al monje más anciano del convento de allá arriba, que los *Zampognari*, así nos llamamos, descendían, desde la época de las guerras de los pisanos con los florentinos, de un joven oficial toscano, prisionero de los pisanos, que se había escapado de la torre de Pisa, donde esperaba la muerte, con la hija del capitán carcelero de la torre, y que construyó en lo más alto de la montaña, entonces desierta, una cabaña bajo los castaños para vivir allí con su compañera.

Como ésta no podía volver á Pisa, á casa de su padre, á quien había vendido por amor al prisionero, y no queriendo tampoco éste abandonar á quien debía la vida, olvidó aquí padre, madre y patria; poco á poco labró terreno alrededor de las rocas, hizo bendecir su matrimonio por un ermitaño de la ermita, que es hoy el convento de *San Stephano*, allá arriba, y fundó la familia cuyos hijos é hijas vivieron unos aquí y otros allá en las aldeas de la llanura.

Sus hijos le abrieron una fosa en tierra bendita,

allí donde habrá usted visto el terreno desigual, bajo una cruz de piedra tallada en la roca y enrojecida por el musgo, donde se reúnen las golondrinas la vispera de su marcha antes de las vientos de setiembre, cuando las castañas se caen solas al pie del árbol que las produce.

Los mozos de allá abajo venían también de tiempo en tiempo, á enamorar á las hijas del primogénito de los *Zampognari*, renombradas por su belleza y buena fama en las colinas de Luca; así es que tenemos muchos parientes, que ya no conocemos, entre los luqueses que ahora nos desprecian por nuestra pobreza. ¿Acaso el agua del Cerchio, que brilla bajo el arco del puente de mármol de Luca, se acuerda de las gotas de agua de nuestra fuente, donde beben nuestras cabras y nuestras ovejas? Esta vida, señor, no es sino un gran olvido para la mayor parte; no digo esto por ti, Fior d'Aliza, que jamás nos has olvidado en nuestra miseria, y has preferido el traje burdo y el gorro de lana de tu primo, á las galas de las ciudades.

XI

Ruborizóse Fior d'Aliza, volvió la cabeza, y miró colgada de la pared la cornamusa de su primo

ausente. El niño, moviendo sus manecitas desde el fondo de su cuna, tocó casualmente el pellejo arrugado del instrumento, en el que dormía un resto del aliento de su padre : la flauta lanzó un leve sonido, como la tecla de un piano en donde se posa casualmente un pájaro domesticado revoloteando libre en el cuarto de una joven. El niño asustado retiró su mano.

— Diríase que es Jerónimo que hincha su pellejo al subir la montaña, para avisarnos su venida, dijo la anciana.

Suspiró el viejo ; la joven *sposa* nada dijo, pero se levantó de su asiento y sacó la cabeza fuera de la puerta, como si hubiese podido reconocer con el oído los pasos de su amante ; luego se volvió tristemente, sonrió á su niño, destiló algunas gotas de leche en sus labios, y volvió á sentarse al lado de la anciana, que continuando dijo :

XII

— No sé más acerca de la familia. ¿Qué quiere usted, señor? Ninguno de nosotros sabe leer ni escribir. ¿Quién había de enseñarnos? No hay maestro ni escuela bajo los castaños á esta distancia de las aldeas : mas, tampoco saben todo eso

los pájaros, y, sin embargo, mire usted como se aman, hacen su nido, calientan sus huevos, y dan de comer á sus hijuelos.

— Y también como cantan, añadió Fior d'Aliza, escuchando á dos ruiseñores que rivalizaban en gorjeos allá en el fondo del barranco junto al agua.

— Mi padre, repuso la anciana, hizo lo que hacia el suyo ; cultivó un poco más de tierra negra entre estas rocas : su padre fué el que plantó algunas cepas en la pendiente pedregosa, al mediodía, y enlazó los sarmientos á las trece moreras que alimentaban con sus hojas los gusanos de seda ; su hijo, que aquí le ve usted, añadió, señalando al achacoso anciano, labró durante veinte años el campo de maíz de piñas de oro que brillan ahora para otros bajo los verdes linderos del bosque de laureles, como las naranjas en el muelle de Pisa. Él y su hermano, que murió joven y fué mi marido, se ocupaban en el invierno, como se habían ocupado su padre y tíos, en hacer cornamusas, que los pastores de las campiñas de Siena, Maremma y Abruzzos, compraban en la época de la siega cuando iban á ajustarse con los propietarios ricos de dichas comarcas, á fin de ganar con que vivir en el invierno.

Decían que los calabreses mismos no las fabricaban más sonoras ni mejores que nosotros.

Mi marido hacía los tubos con diez agujeros, tantos como los dedos de las manos, y con una embocadura para soplar. Para hacer esos pifanos sujetos al pellejo de cabrito, escogía raíces de boj muy sanas y las secaba durante tres veranos al sol.

Su hermano Antonio cortaba y cosía los pellejos y el fuelle que comunica el aire á la cornamusa, dejando hacia fuera el pelo del cuero, á fin de que conservase mejor el sonido y la lluvia escurriese por cima, como en el cabrito, sin ablandarlo. Además, nadie tocaba como él y probaba el instrumento, corrigiéndolo hasta que el aire salía con tanta precisión como la voz.

— Mira, hija, dijo á su sobrina interrumpiéndose, abre el cofre y enseña á este señor las tres últimas cornamusas que se fabricaron de ese modo antes de la muerte de mi pobre marido.

— ¡Ay, señor!, añadió la anciana mientras que Fior d'Aliza mantenía el cofre abierto para dejarme ver aquellas tres obras maestras: ¡qué instrumentos y qué bien los tocaba Antonio mientras tuvo los dedos ágiles y el aliento robusto! No, jamás Madona alguna en las calles de Luca, Pisa y Siena, y quizás en Roma, ha oído serenatas parecidas en las noches de la Semana de Pasión: se rezaba sólo al oirlas. Los ángeles sonreían

llorando, y en las noches de verano, después de la siega, cuando tocaba aires de baile, las mismas encinas habían de tener ganas de bailar.

La tapa del cofre se escapó en este momento de la mano de Fior d'Aliza, y cayó con ruido sepulcral sobre las ya mudas cornamusas. Fior había pensado en su amante.

— ¡Es cierto, dijo la anciana, que el pobre Jerónimo toca mejor aún que mi marido lo hacía! Y ésta, añadió señalando á Fior d'Aliza, tocaría mejor aún que su marido si quisiera, pero después de nuestras desgracias no tiene corazón más que para pensar en él, para esperarle, para llorar y para mirar á su hijo, en cuya cara encuentra la de su padre.

XIII.

Así vivíamos trabajando, señor, con salud, contentos y en buena armonía, disfrutando de nuestros bienes que compartíamos entre mi marido, yo, Jerónimo, que crecía para reemplazarnos, y Antonio, mi cuñado, bueno y sano entonces, que se había casado con mi hermana, madre de Fior d'Aliza. ¡Ay, esa sí que era hermosa! hasta de Pisa venían á verla cuando bajaba á la feria de Luca

con su marido. ¡Pobre hermana mía! ¿Quién hubiera dicho que había de morir antes de acabar de criar á Fior d'Aliza?

XIV

Este recuerdo hizo que Antonio pasase la mano por los ojos y Fior d'Aliza miró á su hijo como si temiese no poder tampoco acabarle de criar.

— Antes de su muerte y de la de mi marido, prosiguió la anciana con voz debilitada por sus tristes recuerdos, vivíamos aquí muy dichosos, mi marido, yo, Jerónimo, mi hijo, á quien todavía estaba criando, Antonio, mi hermana y la pequeña Fior d'Aliza que acababa de venir al mundo.

Un día volvió mi marido de la llanura después de la recolección en las maremmas de Toscana : aquel año había hecho mucho calor : le esperábamos todas las tardes desde el día en que los trabajadores y los *Zampognari* volvieron á las aldeas de la montaña con las bolsas de cuero, llenas con su salario, colgadas á la cintura; un fraile limosnero que había pasado por la mañana de vuelta al convento de San Stéphan, nos había dicho que le había encontrado y reconocido de lejos, sentado á la orilla de una fuente en el camino que hay de

Luca á Bel-Sguardo. Esto me sorprendió, porque generalmente cuando volvía á su cabaña, no se entretenía sentado en el camino : ansiaba demasiado volver á verme y besar á su hijo. Por la tarde no oímos, como de costumbre, su cornamusa á través de los laureles de la cuesta, y si únicamente el paso lento y pesado de sus zapatos sobre los guijarros y el ruido de una respiración fatigosa.

— ¿Sera él? dije entre mi.

Y eché á correr para asegurarme. ¡Ay de mí! él era, pero ya no era el mismo : tendióme los brazos, dejando caer su cornamusa, y se desmayó sobre mis rodillas.

Luego que volvió en sí :

— Acuéstame, me dijo : la fiebre de Terracina me ha envenenado.

El hermoso ambiente de las colinas no hizo más que dar mayor fuerza al veneno que había penetrado en sus venas con los rayos del sol de las maremmas. Le enterramos al tercer día de su llegada, y sólo me quedó de él Jerónimo, á quien crié con más lágrimas que leche.

Así quedamos únicamente seis en la cabaña : nuestra anciana madre, que solo contaba ya los años de su vida por las pérdidas de su marido, de sus hermanos, de sus hermanas y de sus hijas,

con su marido. ¡Pobre hermana mía! ¿Quién hubiera dicho que había de morir antes de acabar de criar á Fior d'Aliza?

XIV

Este recuerdo hizo que Antonio pasase la mano por los ojos y Fior d'Aliza miró á su hijo como si temiese no poder tampoco acabarle de criar.

— Antes de su muerte y de la de mi marido, prosiguió la anciana con voz debilitada por sus tristes recuerdos, vivíamos aquí muy dichosos, mi marido, yo, Jerónimo, mi hijo, á quien todavía estaba criando, Antonio, mi hermana y la pequeña Fior d'Aliza que acababa de venir al mundo.

Un día volvió mi marido de la llanura después de la recolección en las maremmas de Toscana : aquel año había hecho mucho calor : le esperábamos todas las tardes desde el día en que los trabajadores y los *Zampognari* volvieron á las aldeas de la montaña con las bolsas de cuero, llenas con su salario, colgadas á la cintura; un fraile limosnero que había pasado por la mañana de vuelta al convento de San Stéphan, nos había dicho que le había encontrado y reconocido de lejos, sentado á la orilla de una fuente en el camino que hay de

Luca á Bel-Sguardo. Esto me sorprendió, porque generalmente cuando volvía á su cabaña, no se entretenía sentado en el camino : ansiaba demasiado volver á verme y besar á su hijo. Por la tarde no oímos, como de costumbre, su cornamusa á través de los laureles de la cuesta, y si únicamente el paso lento y pesado de sus zapatos sobre los guijarros y el ruido de una respiración fatigosa.

— ¿Sera él? dije entre mi.

Y eché á correr para asegurarme. ¡Ay de mí! él era, pero ya no era el mismo : tendióme los brazos, dejando caer su cornamusa, y se desmayó sobre mis rodillas.

Luego que volvió en sí :

— Acuéstame, me dijo : la fiebre de Terracina me ha envenenado.

El hermoso ambiente de las colinas no hizo más que dar mayor fuerza al veneno que había penetrado en sus venas con los rayos del sol de las maremmas. Le enterramos al tercer día de su llegada, y sólo me quedó de él Jerónimo, á quien crié con más lágrimas que leche.

Así quedamos únicamente seis en la cabaña : nuestra anciana madre, que solo contaba ya los años de su vida por las pérdidas de su marido, de sus hermanos, de sus hermanas y de sus hijas,

casadas muy lejos, en la llanura; Antonio, á quien ve usted ciego ya y sin poder salir de la cabaña sino con su perro, para ir á oír misa al monasterio de San Stéphano dos veces al año; Jerónimo, mi hijo único, y Fior d'Aliza, cuya madre había muerto en la semana misma en la cual la echó al mundo. La cabra blanca fué la que la crió, y por eso ve usted como la quiere, cuánta envidia muestra cada vez que Fior d'Aliza acaricia á su niño, y como restrega sus cuernos contra su delantal. No parece sino que está celosa del amor de la madre á su hijo, y que mira á Fior d'Aliza como á su hija propia. ¡ Pobres animales! También sois vosotros de la familia. Los lazos están en el corazón, señor: hay muchos cristianos que no se aman tanto como nosotros nos amamos, el perro, la cabra y los carneros, sin contar el *Ciuccio*, el asno que está comiendo allá abajo en los cardos de flores azules del barranco.

XV

Los dos niños de quienes quedé por única madre, pues Fior d'Aliza ya no tenía la suya, fueron criados con la misma leche por mí y por la cabra, y mecidos en la misma cuna. Por miedo

de que los zorros y las ardillas les hiciesen daño mientras yo iba á escardar el maíz ó á remover las pilas de heno en la pradera, colgaba su cuna de la gruesa rama baja y flexible del castaño, dejando al cuidado del viento que los meciera suavemente en su nido: ¿no es así como las aves hacen? Como mis dos pájaros no tenían alas, no temía que echasen á volar durante mis ocupaciones.

Eran tan parecidos que sólo diferenciaba por el color de sus cabellos la niña del niño, cuando me tendían sus brazos para que les diese el pecho. No había seis meses de diferencia en la edad de ambos; Jerónimo nació en el mismo año que Fior d'Aliza vió la luz.

Á menudo decía á mi cuñado Antonio:

— « Vuélvete á casar para dar otra madre á tu hija. » Pero él me respondía siempre:

— « No; bien podría darle otra madre, pero ¿quién me daría á mi otra mujer? »

Su consuelo era no querer consolarse jamás. La pena que alimentaba y las lágrimas que no cesaba de derramar al pensar en su pobre y hermosa mujer difunta, acabaron por oprimirle el corazón y dejarle ciego como usted le ve: apenas podía trabajar ya en las cornamusas: además, tampoco se las encargaban desde que los franceses dominaron en Roma y en Luca: los *pifferari*

(tocadores de gaita) no salían ya de los Abruzzos y las Madonas no escuchaban serenatas en las calles ni letanias por las noches al pie de sus nichos abandonados. No se oía otra música en los baluartes de Luca y en las llanuras, que la de los instrumentos de metal de los regimientos, los tambores, y el ruido de los ejercicios de fuego. Habíamos perdido nuestro oficio de invierno; y mis débiles brazos y los brazos cansados del pobre Antonio, no podían sino cultivar un poco de maíz y de mijo que sazonado con leche de cabra daba á los pequeños... ¿Qué hubiéramos hecho para vivir el pobre ciego y yo sin las castañas? Pero los castaños nos alimentaban durante el invierno, y las higueras en el verano; secábamos las castañas al horno y las conservábamos en su corteza interior; los higos los pasábamos al sol sobre el techo de la cabaña, y rociados con un poco de harina de mijo, que molía yo misma en el mortero, nos duraban de un otoño á otro. Ya ve usted, señor, que buen gusto tienen, parecen azúcar ó pedazos de miel de nuestras tres colmenas, endurecidos en su cera.

XVI

Después que desteté á los dos niños, crecieron y se robustecieron visiblemente con este régimen.

Fior d'Aliza comenzaba ya á coger leña del bosquecillo de laureles para cocer las castañas en la olla de barro, y Jerónimo principiaba también á labrar la tierra para sembrar en ella maíz y mijo. En cuanto á las cabras, los carneros y el asno, guardábanse ellos mismos en el matorral, y cuando tardaban en volver por la tarde, el perro, á quien enviaba á la montaña, me comprendía y los traía solo á la cabaña. Aquel buen perro era padre del que usted ve acostado á los pies de su amo, y le ha enseñado tan bien que nos sirve como su padre, es un criado sin salario: por el amor de Dios.

XVII

Aun podíamos sobrellevar dulcemente nuestra pobre vida y bendecir á Dios y á la Madona de nuestro destino. Yo me iba haciendo vieja; Antonio estaba achacoso, pero paciente; el tiempo

corria como el agua del manantial, arrastrando sin ruido las hojas caídas, como los años contados en su curso; los niños se querían y estaban alegres; un fraile, limosnero del convento de San Stéphano, les enseñó la doctrina en los momentos que se detenía aquí, y ellos eran tan obedientes conmigo como con el viejo Antonio, y nos confundían de tal suerte en su ternura, que la niña no sabía si era hija mía ó de Antonio, y el niño no sabía si era hijo mío ó del anciano. Vivían como gemelos, como una hermana y un hermano. Sin decirnos nada, nos proponíamos casarlos cuando tuvieran la edad y sintiesen otra clase de afecto.

Pues con seguridad habían de amarse. Nunca veían otros niños de su edad, no tenían sino un nido en la montaña y una misma sangre en el corazón; un mismo aliento en el pecho y un mismo aire en su rostro. Sus juegos y sus risas en el umbral de la cabaña, en los días de fiesta al volver de la misa de los ermitaños camaldulenses del convento, eran la alegría de la semana; parecíanos que las hojas de los bosques se mecían con placer y que el sol brillaba y calentaba mejor al pie del castaño.

¡Jerónimo me recordaba tanto á mi marido con sus negros rizos bajo su gorra de lana parda! Antonio no podía recrearse también en la vista

de su hija á causa del velo que tiene delante de sus ojos; pero cuando oía su voz, á la vez tierna, jovial y argentina, como las gotas de nuestro manantial al caer desde los tallos de hierba sobre la pila, creía oír á su pobre difunta, mi hermana.

— ¿Cómo es? me preguntaba á veces. ¿Tiene una frente tersa como una copa de leche?

— Sí, le contestaba; con cejas de felpa negra, que principian á velar un poco sus ojos.

— ¿Tiene cabellos como la piel de la castaña al salir de la cáscara antes que el sol la queme?

— Sí, le decía; con las puntas relucientes como el oro del cuadro de las Madonas, en el altar de los camaldulenses, cuando las velas encendidas le hacen brillar como fuego.

— ¿Tiene ojos grandes y rasgados que se abren humedecidos como una gruesa gota de lluvia de verano, sobre una flor azul en la sombra?

— Precisamente, le contestaba, con largas pestañas que tiemblan por encima coma la sombra de las hojas del avellano sobre el agua corriente.

— ¿Y sus mejillas?

— Como el terciopelo de seda rosado que se ve en los escaparates de las tiendas en la feria de Luca.

— ¿Y su boca?

— Es como aquellas conchas que traías en otro tiempo de las maremmas de Serra Vezza, que se entreabren para dejar ver su fondo rosado y blanco, dentadas en sus labios, y medio abiertas para beber en la mar.

— ¿Y su cuello?

— Delgado, liso, blanco y redondo como las columnitas de mármol coronadas por cabezas de ángel, en forma de chapitel, que hay sobre la puerta de la catedral de Pisa.

— ¿Y su cuerpo?

— Alto, esbelto, flexible y arqueado con dos ligeros bultos en el pecho, bajo su justillo aun vacío.

— ¡Ay, Dios mío! exclamaba, exactamente como su madre en la misma edad, cuando la vi por la primera vez en tu boda con mi hermano, tres años antes de pedirla a tu madre. ¿Y sus pies?

— ¡Oh! es preciso verlos cuando los enjuga en la hierba después de haber lavado á los corderos en el charco del barranco; cualquiera diría que son los pies de cera del niño Jesús con sus dedos pequeñitos, sobre la paja del establo de Belén, que veías cuando tenías tus ojos en el Nacimiento en el convento de los camaldulenses.

— Lo mismo que su madre, repetía admirando y llorando. Y esta escena se reproducía en la tarde de todos los domingos.

XVIII

¡Ay! aquellos momentos eran muy felices, señor; y luego yo le contestaba sobre todo lo que me preguntaba acerca de mi pobre y hermoso Jerónimo, verdadero retrato varonil de su graciosa prima; decíale que su estatura sobrepasaba una mano á la de la joven, que sus cabellos, menos ensortijados, eran negros como lucían las alas de las cornejas al posarse sobre la blanca nieve; que su frente era más ancha y alta y sus mejillas más pálidas y bronceadas por el sol; sus ojos, rasgados también, pero más tristes, debajo de negras cejas; su boca más grave, aunque igualmente suave; su barba más cuadrada y guarnecida de vello; su cuello, sus hombros, su talle, más formados.

— ¿Has visto á San Sebastián enteramente desnudo, atado al tronco de un árbol acribillado de flechas, con hilos de sangre que corren sobre su piel tersa y morena?

— Si.

— Pues bien, mi hijo se le parece cuando abierta su camisa deja ver su pecho, y más aún cuando se apoya en el castaño, enjugándose la frente después del trabajo. Muchos hombres he visto en la feria de Luca, y en el muelle de Liorna, descargando barcos, pero ninguno tan bello, tan fuerte y al mismo tiempo tan delicado : es el vivo retrato de mi marido cuando partió á esa fatal siega de Maremma.

Aquí tiene usted cómo pasábamos los domingos regocijándonos en nuestros dos hijos; todos los peregrinos que pasaban al subir á la iglesia de los camaldulenses se detenían para descansar bajo el castaño de la montaña y decían : « ¡ Bien os ha bendecido el cielo! no los hay más hermosos en la ciudad. »

XIX

Mas un día tuvimos grandísimo disgusto por causa de la belleza de Fior d'Aliza. Sucedió que vinieron muchas personas de Luca, que iban por curiosidad, pues ya verá usted que no era por devoción, á la peregrinación de los camaldulenses. Quiso la desgracia que en aquel momento acabase la chica de lavar los corderos en el charco

en que usted ve reflejarse el cielo azul en medio de los juncos floridos, en el fondo del prado, bajo los laureles. Estaba enjugándose los pies con un manojo de hojas de avellano, antes de volver á la cabaña; su camisa, mojada toda y pegada á su cuerpo, no estaba sujeta á su cintura más que por unas enaguas de bayeta encarnada que no pasaban de media pierna; sus hombros desnudos, dividían en dos matas sus cabellos, ya largos y espesos, que relucían como el oro al sol de la mañana : volvía á uno y otro lado su graciosa cabeza y reía al ver su movible imagen en el agua al lado de las flores, lejos de que ni siquiera se fijase en ella un pájaro del bosque.

XX

Sorprendidos los peregrinos al verla, se detuvieron y guardaron silencio para no advertirla, como cuando un cazador ve un venado confiado, solo, á las orillas del torrente, á través de las hojas. Cambiábanse signos de admiración mirando á la hermosa niña.

— ¡ He ahí una Madona! exclamó uno de los más jóvenes de aquellos señores.

— Es la Madona antes de la visita del ángel,

BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES
"ALFONSO RIVERA"
1925 MONTERREY, MEXICO

dijo el de más edad. ¡Oh, Dios mío, qué será cuando tenga quince años!

XXI

— No tiene más que doce, señores, les dije para que dejaran de mirar á la niña, temiendo que le causaran rubor al pararse con más curiosidad debajo del árbol. Pero ellos, por el contrario, se sentaron á ruegos del más anciano.

La niña, que subía con los ojos bajos, confiada, sin haberlos visto ni oído, se ruborizó de repente hasta el blanco de los ojos, notando que se hallaba casi desnuda delante de personas extrañas; huyó como una cervatilla sorprendida á la cabaña, y no hubo medio de hacerla salir de ella, á pesar de haberse vestido detrás de la puerta.

XXII

Hablaron largo tiempo los forasteros entre sí en voz baja y me hicieron varias preguntas sobre nuestra familia, que honradamente contesté.

— Volveremos, me dijeron saludándome cor-

tesmente, y si quiere usted casar á su hija dentro de un año ó dos, la apalabro para mi hijo que ve usted aquí y que está ya tan enamorado de ella como si la conociera desde hace siete años, como Jacob.

— ¡Ah! no, señor capitán de los esbirros (que el que me había hablado era el jefe de los esbirros de Luca), le respondi riéndome: mi hija es demasiado joven, y todavía tardará mucho en poder tomar marido; y además es poca cosa para un capitán de los esbirros de la ciudad, que despreciaría nuestra humilde familia, y luego está ya prometida á su primo, el hijo del ciego que usted ve. Los dos muchachos se avienen perfectamente, y no es justo separar dos corazones que Dios ha criado juntos.

El capitán guiñó el ojo á sus compañeros, y volvió dos ó tres veces la cabeza, diciéndome adiós con un aire que parecía indicar: hasta luego.

He aquí lo que aquel día se dijo.

XXIII

Dos días después no pensaba ya en dicho suceso ni se pensaba en él en la casa, cuando volvió de la

ermita el capitán de los esbirros en unión de sus compañeros.

Esta vez era un domingo, y Fior d'Aliza, vestida con su traje más bonito, regresaba de la misa de los camaldulenses con su primo Jerónimo. Los últimos sonidos de la campana de plata de los ermitaños resonaban aun como un eco de la alegría de los ángeles; el sol de otoño bañaba con un rayo las tristes hojas amarillas; las castañas casi maduras, caían una á una con las hojas doradas sobre la hierba ramoneada por las ovejas; oíase á lo lejos el ruido de la cascada y los mirlos silvaban de gozo sacudiendo las alas y citándose en los laureles. Parecía que la alegría salía del cielo, del agua, del árbol, de la tierra, con los rayos del sol, y decía en el corazón á las aves, á los muchachos y á las muchachas: « Embriagaos, que ahí tenéis llena la copa de la vida. » En esos momentos, señor, sentía en mi juventud, como si me levantaran de la tierra, como si me hubieran puesto un resorte debajo de los pies.

XXIV

Los muchachos la experimentaron también y se pusieron á bailar uno enfrente del otro, como dos

cabritos, al pie del castaño, mitad á la sombra y mitad al sol. Jerónimo llevaba las polainas de cuero sujetas por encima de la rodilla con ligas encarnadas, su chaleco de tres hileras de botones de latón, la chaqueta parda de mangas sueltas colgaba del hombro; su sombrero de fieltro puntiagudo rodeado de una cinta negra que caía sobre su cuello moreno y se confundía en él con sus cabellos; la corbata floja sujeta sobre el pecho con un anillo de cobre, y bajo el brazo izquierdo su coramusa que parecía sonar por sí sola como si hubiese tenido el alma de los dos hermosos muchachos en su pellejo.

XXV

Fior d'Aliza llevaba su rico traje de los domingos, los alfileres de hierro con cabezas de oro atravesados en sus cabellos, su collar de tres vueltas de medallas benditas, con sus reliquias, bailando sobre su cuello; el justillo de terciopelo negro que su joven seno no llenaba aun; sobre su gorguera encarnada y escotada su saya corta de lana parda, descalzos sus pies y las sandalias en la mano, como dos panderetas, con su correa. Así bailaban de alegría, por bailar, sin sospechar

quiera que la desgracia los acechaba bajo la figura de aquel capitán de los esbirros y de sus amigos, que ocultos detrás de los árboles los miraban

XXVI

— Vamos, muchacho, vente con nosotros para enseñarnos los senderos por donde puede bajarse más pronto á Luca, exclamó de repente el jefe de los esbirros dirigiéndose á Jerónimo. Te daremos un puñado de *bayocos* (moneda de cobre) en recompensa.

— Con mucho gusto, señores, respondió afablemente Jerónimo recogiendo sus sandalias claveteadas y poniendo en el suelo la cornamusa; pero no necesito bayocos para hacer un servicio; somos bastante ricos en la cabaña con nuestros castaños y nuestros maíces para dar á los peregrinos pobres, sin pedir nada á los ricos como vosotros.

Y echó á andar contento delante de ellos, dejando á la pobre Fior d'Aliza sorprendida y triste de no poder continuar el baile en tan hermosa mañana.

XXVII

Desde aquel día, señor, no ha pasado uno bueno para nosotros.

Pero permíteme usted, el resto es tan triste que una pobre mujer como yo no podría referirlo sin llorar. Si quiere saber más, es preciso que el ciego se lo cuente, ó bien la misma Fior d'Aliza; porque en lo que toca á la justicia que vino á mezclarse en nuestros asuntos y á arruinarnos, Antonio entiende eso mejor que yo, y por lo que concierne á los amores de la joven con su primo Jerónimo, que lo diga la joven *sposa*, que es asunto suyo, y no creía que en nuestro tiempo se amase como ellos se han amado...

— Y como se aman, dijo el ciego interrumpiendo á su cuñada.

— Y como se amarán, murmuró la joven entre dientes.

CAPITULO II

XXVIII

Después de beber un trago del *rosoglio* de mi cantimplora, tomó el viejo la narración en el punto en que la viuda la había interrumpido.

— Cuando Jerónimo volvió de Luca á la cabaña ya bien entrada la noche, nos refirió « que los forasteros habían estado con él muy atentos y amables durante el camino, que se habían detenido en todas las ventas de las pueblos por donde habían pasado para refrigerarse con un vaso de vino, un racimo de uvas ó un trozo de *cacia-cavallo* (especie de queso); y que en todas partes le habían obligado á sentarse con ellos á la mesa y á beber como un hombre, hasta que se le fuese la cabeza y desatase la lengua, como para hacerle charlar acerca de Fior d'Aliza, su prima; de su tia Lena; del ciego y de toda la familia.

• El mismo capitán de esbirros, algo chispo, no cesaba de pensar, según nos dijo, en la belleza de Fior d'Aliza al salir con los cabellos sueltos de la gruta de las cabras, enjugándose los pies en la hierba y los brazos en la lana de los corderitos que acababa de lavar. « Aun tenemos una ó dos primaveras por delante, » decía en baja voz.

XXIX

• Uno de los peregrinos, un viejecillo, chiquitín, delgado y vestido de negro con una casaca raída y un pañuelo no muy blanco alrededor del cuello, y que tenía una pluma detrás de la oreja, le escuchaba, y aprobaba cuanto decía con sonrisa picaresca.

— Signor Bartholomeo del Calamayo, le decía al oído el Capitán medio borracho; ó es usted mi amigo ó no lo es.

— Su amigo para todo, le contestó el viejecillo. Mande usted, que nada hay que no consiga con mi pluma, como usted con su espadin.

— No será cosa de espadin, sino de pluma, replicaba el esbirro, pasándole el brazo por el cuello, y estrechándole contra su pecho. Jure usted que me servirá para descoser de un tajo de

cortaplumas los esponsales entre esos muchachos que no saben siquiera lo que esa palabra significa.

• He despreciado el matrimonio toda mi vida, y he llegado á cuarenta años sin que mi corazón haya latido con una pulsación más á la vista de una mujer, viuda ó doncella, *contadina* de lugar ó dama de ciudad; pero la vejez se acerca, soy libre y soy rico. Cada cual á su hora tiene que hacer algún punto final. Una hermosa niña en la casa es una gloria para el hombre: pronto estará madura y yo estoy aun bastante verde. Á San Stéphanó debo el haber cambiado de idea. Iba allí á buscar á Dios y he encontrado al diablo en figura de ángel. Con que, Bartholomeo del Calamayo, hay que arreglarme esto con un rasgo de vuestra pluma: bien veo que será difícil, si esos muchachos se aman ya, pero usted sabe más que ellos, astuto *paglietta* (embrollón). Invénteme una buena trampa para coger á esa montaraz cabrita. Nada tema, compadre Bartholomeo; si necesita dinero no le faltará, ni crédito tampoco; soy amigo del camarero del Duque: los jueces de Luca no pueden ejecutar una sola de sus sentencias sin mí; el jefe de policía del ducado está casado con la hija de mi hermana; todos los esbirros de la campiña están á mis

órdenes; yo soy el que guarda la caza del soberano contra los cazadores furtivos; en todas partes, lo mismo arriba que abajo, me aman y me temen, como un gran inquisidor de los bosques del ducado. Entre nosotros dos, usted perro de caza y yo cazador, ¿no traeremos á casa esa paloma de rosados pies?

• Estúpidamente se reía Bartholomeo de las chanzonetas dichas á media voz por su amigo el esbirro: los otros llenaban y vaciaban sus vasos conmigo. Á las puertas de Luca, después de desearles *felicissima notte*, los dejé encaminarse dando traspies cada cual en busca de la suya. »

XXX

Poco caso hicimos unos y otros de los propósitos de los bebedores, ni en esos proyectos del domingo que el lunes disipa, y continuamos viviendo en paz y alegría hasta después del invierno.

En la primavera, Fior d'Aliza, que cumplía sus trece años y había crecido hasta tener la estatura de su tía, principió á temer alejarse sola de la casa para ir á escardar el maíz ó coger hojas de moral. Con frecuencia encontraba

desconocidos en el sendero del convento, junto á la gruta, en el lindero del bosque de laureles, y á veces hasta debajo del castaño, que aparentaban descansar bajo la sombra al subir al convento, ó al cazar en la montaña.

El capitán de esbirros procuraba de vez en cuando acercarse á ella en el umbral de la casa, y la dirigía requiebros que le hacían ruborizarse y huir. Tenía miedo sin saber de qué; los ojos de aquel hombre no le agradaban, y cuanto más tiernos procuraba ponerlos, más la asustaban. Decía á su tía ó á su primo que no la dejaran nunca sola con él.

Al notar esto el capitán de esbirros, pasó algún tiempo sin andar por la montaña, pero un día que mi hermana estaba sola en la casa, porque yo había acompañado á Jerónimo y á Fior d'Aliza al arroyo para esquila las ovejas y lavar con ellos los vellones, entró en la cabaña un individuo seco, delgado y vestido de negro como un alguacil, y saludando á mi cuñada le presentó un papel sellado.

No sabe ella leer y rogó al forastero que pusiera el papel sobre la mesa, diciéndole que al día siguiente haríamos que nos lo leyese el monje camaldulense, que pasaba dos veces á la semana para llevar los víveres al convento.

— No hay necesidad de ello, dijo el curial: llame usted á su hijo, hermano y sobrina que no están lejos de aquí, y yo mismo leeré la citación.

Todos subimos sorprendidos. Jerónimo reconoció en aquel hombre, pero no se dio el muchacho por entendido, á Bartholomeo del Calamayo, el amigo del capitán de esbirros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HEYER"

Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

XXXI

— ¿Es usted, dijo el curial, Antonio Zampognari, hijo de Nicolás Zampognari y de Anunciata Garafola?

— Sí, señor, le contesté.

— Y usted, dijo á mi hermana, ¿es Magdalena Zampognari, hija de Francisca Bardi y de Domingo Cortaldo, de la aldea de Bel-Sguardo en la llanura?

— Sí, señor, le respondí.

— Pues bien, prosiguió con acento tranquilo como si nos diese los buenos días, aquí traigo una citación de los hijos y herederos de Francisca Bardi y Domingo Cortaldo, representantes legítimos de la rama primogénita de los Zampognari, que reclaman en virtud de un juicio en forma la partición de la casa, aguas, bosques y campos

30402

del patrimonio de los Zampognari, sus antepasados, de lo que corresponde sólo á ustedes la cuarta parte, puesto que usted, Antonio Zampognari, y usted, Magdalena Bardi, como esposa de Félix Zampognari, no representan sino la cuarta parte de la sucesión total, consistente en los terrenos habitados y cultivados por vosotros. Por consiguiente tengo orden del tribunal superior de Luca de proceder á la partición y de entregar las tres cuartas partes á los herederos Bardi di Bonvisi, legítimos propietarios, reservándoles su derecho para reclamar, cuando lo estimen conveniente, su parte de productos injustamente retenida por ustedes y por sus ascendientes desde el año de 1694.

XXXII

Si las paredes de la casa y el castaño que la cubre se hubiesen desplomado de repente sobre nuestras cabezas, nos hubiera impresionado menos que la lectura de aquella intimación para entregar las tres cuartas partes de nuestro patrimonio. Fué como si nos hubiesen pedido las tres cuartas partes de nuestra vida á todos cuatro.

— ¿Qué tienen ustedes que decir? nos preguntó friamente el curial con la pluma en la mano y el papel sobre la rodilla.

Mirámonos todos cuatro en silencio. ¿Qué podíamos responder, señor? Habíamos nacido allí como la higuera, la viña y las cabras, sin saber quién nos había sembrado. Nunca había habido de padres á hijos, de tios á sobrinos en la familia, un título de propiedad, ni división, ni partición: creíamos que los bienes eran nuestros como la tierra es de las raíces del castaño que nos había visto nacer y dado sombra y alimento desde el primer día: la costumbre de vivir y morir allí era nuestro único título de propiedad.

Bajamos la cabeza y dijimos al curial que venía á privarnos de las tres cuartas partes de nuestros bienes:

— Puesto que los jueces de Luca, que tanto saben, lo dicen, así será. No queremos conservar bienes ajenos. Haga, pues, de nosotros lo que le parezca, divida el terreno y los animales, con tal que se nos dejen la cabaña y el castaño, cuyas raíces están por debajo y cuyas ramas caen sobre el techo de ella, un cabrito de los tres y mi pobre perro que los guarda y que me guía cuando subo á misa los domingos, y nuestros dos hijos que son muy

nuestros, puesto que nosotros los hemos alimentado y criado, y se aman mucho y nos ayudan como nosotros les hemos ayudado en su infancia. Viviremos con poco; pero continuaremos viviendo. Cúmplase lo que dice ese papel y sea lo que Dios quiera.

XXXIII

— Bien, dijo el curial, puesto que sólo apelan á Dios, mañana vendrán dos peritos para hacer la partición y deslindarán vuestra cuarta parte de las otras tres que corresponden en virtud del juicio á los *Bardi de Bel-Sguardo*. Olvidaba decir que por este otro documento, vuestros parientes los Bardi han vendido sus derechos á la herencia á *Gugliano Frederici*, capitán de los esbirros de la ciudad y del ducado de Luca; es persona excelente con la cual podríais arreglaros y que tal vez os dejara por caridad la elección de la parte del patrimonio que os convenga conservar, reservándose hacer valer sus derechos sobre los intereses acumulados desde que gozáis indebidamente de la totalidad de los rendimientos. Quién sabe si todo podrá arreglarse entre él y vosotros amigablemente: es poderoso y rico, y

con un poco de complacencia de vuestra parte, es probable que no se muestre muy exigente.

Luego nos entregó los dos papeles, nos saludó cortesmente, y tomó el camino de Luca.

XXXIV

Nos quedamos mudos y petrificados sobre el umbral, como las rocas que cuelgan al borde de la caverna.

— ¡Con tal que nos dejen el castaño, las siete higueras y las cepas, cuyos racimos, ligos y castañas ponemos á secar para el invierno! dije yo á mi cuñada.

— ¡Con tal que nos dejen los cabritos y su madre, que yo he criado y que nos da la leche y los quesos con que nos alimentamos! dijo ella.

— ¡Con tal que nos dejen la fuente con el pilón á la sombra de la gruta, donde me miro en el agua al bañarme los pies y al hilar mi copo, como una Santa Catalina en un techo de iglesia, cuando guardo las ovejas que pastan á la orilla!

— ¡Con tal que nos dejen el perro de mi padre, para reemplazarme á su lado cuando sale tanteando el suelo con su palo por los alrededores de la casa, quedo contento! dijo Jerónimo. Iré

todos los veranos á ajustarme en las cuadrillas de segadores de la campiña de Sienna y tal vez de Roma; trabajaré como cuatro para vosotros cuatro; por la noche, mientras que los demás descansan tocaré la cornamusa para los peregrinos ó peregrinas de las santas del país, ó bien tocaré en los bailes en las bodas de los ricos labradores de la llanura de Terracina, y traeré bastante trigo ó bastantes bayocos para alimentarlos y calentarlos en el resto del año.

— ¡Hay acaso necesidad de separarnos para vivir bien? repuso Fior d'Aliza toda demudada según dice su madre, como si su corazón hubiese dejado de latir en el pecho. ¿Acaso la harina de castañas después que la he cernido, secado y amasado bien con la leche de cabras y la he cocido en tortas en la ceniza entre dos hojas de castaño, no es tan buena como el pan ó la *polenta* (cierta poleada de harina de maíz)? ¿Por ventura la madera seca en el bosque de laureles, no pertenece al que la recoge como la espiga olvidada á la espigadora? No tendremos necesidad de que Jerónimo vaya á coger la *mal'aria* (fiebre) en las aguas estancadas de la Maremma cuyas nieblas se ven desde aquí arrastrarse á la orilla del mar como humaredas del infierno, ¿no es cierto?

XXXV

— ¡Ah, tienes mucha razón! dijo mi cuñada á Fior d'Aliza; si mi pobre marido hubiera pensado como tú, no me vería sin apoyo en la tierra.

Lo mismo dije á Jerónimo y por la tarde nos consolamos lo mejor que pudimos yendo á visitar el uno su fuente, el otro sus plantas de maíz ya en mazorcas y principiando á dorarse, el otro sus cepas en flor que embalsamaban hasta la casa, el otro contando sus ovejas y sus cabras, yo tocando el pelo y las orejas tiesas de mi perro que me lamía el rostro y las manos, como si hubiera comprendido en no sé qué, que teníamos necesidad de ser consolados.

El uno decía: nos dejarán esto; el otro añadía: nos quitarán aquello. Fior d'Aliza cogía agua en su mano, limpia agua de la fuente, se lavaba el rostro, y besaba el agua que huía entre sus dedos sonrosados como si hubiese dicho adiós al manantial.

Jerónimo, contemplando sus hermosos pies de maíz y midiendo su tamaño por su altura, decía: — Si me los quitan, ¿me devolverán las gotas de sudor que he derramado sobre sus raíces al

plantarlos en esto suelo tan duro y pedregoso?

— Y nuestras ardillas de primavera, y nuestras cornejas de invierno, y nuestras golondrinas de verano, y nuestras palomas y nuestros ruiseñores del bosque de laureles y el castaño, ¿nos los quitarán también y se dejarán ellos repartir como lo demás entre el esbirro y nosotros? decía mi cuñada. Al pronunciar estas palabras, quería sonreírse, pero tenía como lágrimas en la voz, como una gota de agua en el cuello de una calabaza que no puede ni permanecer ni correr en el agujero del gollete.

También yo estaba bastante triste, pero pensaba y me decía: á lo menos no partirán mi cuñada, ni Fior d'Aliza, ni mi hijo, ni mi pobre perro. Quedándome esto ¿qué me importan algunos almudes más ó menos de tierra en la montaña? Siempre me dejarán bastante para cubrir mis huesos.

XXXVI

Al día siguiente vinieron los peritos con su tintero, piquetes y compases á la cabaña: nosotros no quisimos ni siquiera ver lo que hacían, porque nos destrozaba el corazón. El procurador, negro,

delgado y raído, á quien mi hijo Jerónimo había visto y oído al guiar á los peregrinos en el año anterior, con el capitán de los esbirros, venía acompañándolos. Mi cuñada y los muchachos me dijeron que aparentaba compadecerse de nuestra pena, disculpándose de representar en aquel acto á su amigo el capitán de los esbirros; pero que á través de todo se adivinaba el aire triunfante del hombre que ha encontrado una buena idea y se regocija interiormente de ella.

— No se disgusten, decía á mi cuñada, á Fior d'Aliza y á Jerónimo: el Capitán tiene buen corazón: no quiere sino lo justo y no llevará las cosas al extremo. Me ha encargado que no os ápure: ¿quién sabe si todo lo que vamos á tomaros podrá volver á vosotros si sois complacientes y de buen sentido? Él es soltero y rico, algún día querrá casarse y tenéis una hermosa niña que podrá agradarle. ¡Vaya, vaya! añadió pasando su mano manchada de tinta por la barba de Fior d'Aliza que lloraba: ¡cómo ha crecido y madurado y embellecido la cabrita del castaño! Aquí tienen ustedes buen abogado en germen, que podrá traerles más de lo que ahora le quitan. El Capitán tiene honradas intenciones. ¿No os gustaría, hermosa niña, cambiar esa saya de paño burdo y esas sandalias que sujetan vuestras pier-

nas desnudas, por ricos vestidos de seda y zapatos finos de hebillas relucientes como el agua de esa cascada, y llegar á ser una de las damas más consideradas del ducado de Luca, donde hay tantas que parecen duquesas?

El viejecillo quiso besarla en la frente, pero Fior d'Aliza retrocedió como si hubiese visto el dardo de una serpiente entre la hierba.

— Nunca seré sino la hija de mi madre, la hermana ó la mujer de Jerónimo, dijo ella entre dientes y corrió hacia su primo que nada de lo dicho por el viejo había oído.

Jerónimo llevaba los piquetes y cadenas de los comisionados, como llevaba San Lorenzo el instrumento de su suplicio.

Mi cuñada volvió triste y pensativa á la casa donde me refirió las maneras y las expresiones del procurador, y principiamos á sospechar algo de lo que se tramaba.

XXXVII

Dos horas después había concluido todo: los peritos regresaron con Jerónimo, más pálido, según dicen, que un muerto, y nos leyeron un acta de partición y deslinde por la cual se nos

privaba de toda posesión y goce de las tres cuartas partes de los bienes paternos. En esa segregación se hallaban comprendidos el sembrado de maíz de donde sacábamos nuestro mejor y más seguro alimento, el bosque de laureles que caldeaba el horno, el plantío de moreras que nos daba la hoja para los gusanos de seda (una onza de seda, con la que comprábamos la sal y el aceite para todo el año), por último, la pradera con la gruta, el manantial y la fuente donde Fior d'Aliza lavaba los corderos y donde pastaban las ovejas y los cabritos. ¡Ay! ¿qué nos quedaba, exceptuando la roca y las malezas alrededor de la casa y la viña que se extiende sobre la cuesta pedregosa que baja desde el terrado al mediodía hacia el prado de la gruta?

— ¿La viña misma?

— No, señor; el terreno en que nuestros padres la habían plantado y las añejas cepas, no nos quedaban en propiedad; únicamente nos pertenecían los viejos pámpanos que salían del terreno cercado de piedras grises, que habían trepado de roca en roca hasta la casa y que formaban un emparrado delante de la ventana y una red en torno de las paredes de la cabaña y hasta el techo, igualmente que los racimos que las ramas podían dar en otoño: esto era bastante para

nuestra bebida, porque los chicos y mi cuñada no beben sino agua y yo sólo bebo un poco de vino en los días de fiesta.

— ¿Pero que les quedaba entonces? pregunté al anciano ciego.

— ¡Ay, señor! nos quedaba el castaño que nos venía alimentando de generación en generación y el vasto espacio de hierba fina y de musgo que se extiende bajo su sombra y sobre sus raíces... es decir, continuó el anciano interrumpiéndose, el castaño, principal fuente de los productos de la hacienda de los Zampognari, había sido dividido en cuatro partes por los agrimensores: el tronco del árbol con todas las ramas que miran al norte, al poniente y al oriente pertenecía al esbirro que representaba a nuestros antiguos parientes: él podía hacer de ellas lo que le conviniese y hasta cortarlo en parte si lo creía perjudicial; pero todos los frutos que cayesen o hiciésemos caer de las grandes ramas que miran al mediodía y que se extienden como brazos sobre el musgo, sobre el patio y sobre el techo de la casa, eran nuestros. Todavía con eso teníamos lo bastante, pues tal es su tamaño y fertilidad, que bastaría para alimentarnos casi todo el año con tal que a los propietarios del suelo y del tronco del árbol no les ocurriese el

capricho de cortarlo. Pero no había que temerlo, porque las tres cuartas partes de los frutos les daban un año con otro sesenta sacos de hermosas castañas: cortándolo, habrían arruinado su propia hacienda.

XXXVIII

Contentámonos, pues, con tal partición. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Dios es dueño de abrir o cerrar su mano a las criaturas. Se nos dejaba también el rebaño, compuesto de cinco ovejas, tres cabras con sus cabritos y el perro que veis ahí y que parece escuchar su propia historia en la nuestra. Cuando Jerónimo era niño, le puso *Zampogna* porque le gustaba la música como a un *pifferaro* (tocador de cornamusa), y siempre que le queríamos hacer volver con los cabritos del prado en donde guardaba al ganado, no teníamos más que tocar un aire en la *zampogna* (cornamusa ó gaita) junto a la puerta.

Teníamos además el derecho de hacer pastar los cinco carneros y las tres cabras en todos los terrenos no cultivados y en el bosque de laureles, con tal de que los animales no tocasen ni a las moreras, ni al maíz, ni a la viña, ni a la hierba

del prado en el barranco del manantial; podíamos también hacer una senda á través del prado, é ir por agua para nosotros y para los animales á la fuente de la gruta; pero nos estaba prohibido enturbiar el agua de la pila lavando en ella los vellones: la hermosa arca de agua clara en que Fior d'Aliza se complacía tanto en mirarse á través de las ramas de sauce, no debía reflejar ya sino las estrellas del cielo. Ella era, no obstante, nuestra estrella, y el manantial pareció oscurecerse desde que la niña no se miraba ya en él al lado de su primo.

XXXIX

He aquí, señor, como se hizo todo por la voluntad de los jueces de Luca. Aquellos hombres se fueron alegremente por la tarde, luego que acabaron su operación, y nosotros nos quedamos, sin hablar palabra hasta ya bien entrada la noche, en el umbral de nuestra puerta. Cada cual decía para sí: « Y ahora, ¿qué haremos? » Fior d'Aliza pensaba en su prado todo esmaltado de estrellitas, de campanillas y de toda especie de flores silvestres con las que no haría ya coronas para la Madona, ni las traería tampoco en brazos

embalsamados al establo del ganado; Jerónimo, en sus hermosas mazorcas de maíz barbudas y doradas que iban á ser cogidas por otros y para otros; Magdalena, en sus gusanos de seda, que iban á morir por falta de hojas de morera y cuyos capullos blancos y amarillos no hilaria ya en su rueca en las noches de invierno para llenar de sal el arca de nogal.

Yo pensaba en los sacos de castañas que los colectores de la llanura vendrían á llenar en mi presencia en el mes de setiembre y se llevarían á Luca, sin cuidarse de si nos darían bastantes para vivir las cinco ramas que nos habían dejado.

Pensaba también en esa pobre viña vieja que con tanto trabajo cultivaron nuestros padres y nuestras madres, en esas cepas que reconocidas como si tuvieran corazones humanos, trepaban de tan lejos para abrazar la puerta, la ventana y el techo con sus pámpanos cargados de racimos. ¡Pobres cepas, cuyas raíces no eran ya nuestras y todavía sus hojas, su sombra y sus racimos nos prestaban servicio desde allá abajo!

En cuanto á las siete higueras, nos quedaban todas siete como árboles domésticos: no habían podido despojarnos de ellas porque sus raíces estaban debajo las paredes de la casa: daban una buena cosecha, que no era de despreciar en

del prado en el barranco del manantial; podíamos también hacer una senda á través del prado, é ir por agua para nosotros y para los animales á la fuente de la gruta; pero nos estaba prohibido enturbiar el agua de la pila lavando en ella los vellones: la hermosa arca de agua clara en que Fior d'Aliza se complacía tanto en mirarse á través de las ramas de sauce, no debía reflejar ya sino las estrellas del cielo. Ella era, no obstante, nuestra estrella, y el manantial pareció oscurecerse desde que la niña no se miraba ya en él al lado de su primo.

XXXIX

He aquí, señor, como se hizo todo por la voluntad de los jueces de Luca. Aquellos hombres se fueron alegremente por la tarde, luego que acabaron su operación, y nosotros nos quedamos, sin hablar palabra hasta ya bien entrada la noche, en el umbral de nuestra puerta. Cada cual decía para sí: « Y ahora, ¿qué haremos? » Fior d'Aliza pensaba en su prado todo esmaltado de estrellitas, de campanillas y de toda especie de flores silvestres con las que no haría ya coronas para la Madona, ni las traería tampoco en brazos

embalsamados al establo del ganado; Jerónimo, en sus hermosas mazorcas de maíz barbudas y doradas que iban á ser cogidas por otros y para otros; Magdalena, en sus gusanos de seda, que iban á morir por falta de hojas de morera y cuyos capullos blancos y amarillos no hilaria ya en su rueca en las noches de invierno para llenar de sal el arca de nogal.

Yo pensaba en los sacos de castañas que los colectores de la llanura vendrían á llenar en mi presencia en el mes de setiembre y se llevarían á Luca, sin cuidarse de si nos darían bastantes para vivir las cinco ramas que nos habían dejado.

Pensaba también en esa pobre viña vieja que con tanto trabajo cultivaron nuestros padres y nuestras madres, en esas cepas que reconocidas como si tuvieran corazones humanos, trepaban de tan lejos para abrazar la puerta, la ventana y el techo con sus pámpanos cargados de racimos. ¡Pobres cepas, cuyas raíces no eran ya nuestras y todavía sus hojas, su sombra y sus racimos nos prestaban servicio desde allá abajo!

En cuanto á las siete higueras, nos quedaban todas siete como árboles domésticos: no habían podido despojarnos de ellas porque sus raíces estaban debajo las paredes de la casa: daban una buena cosecha, que no era de despreciar en

los años en que la flor de los castaños quedase helada bajo la escarcha : los higos, secados sobre el techo en las estaciones calorosas, podían llenar bien apretados cuatro sacos, y era casi lo bastante para no morirnos de hambre, haciéndolos henchir y cocer en la leche de las cabras.

Acostámonos sin hablarnos por temor de que el sonido de la voz del uno hiciese llorar al otro, pero no dormimos, por más que todos aparentásemos hacerlo. Durante toda la noche los oía moverse á cada cual en su lecho y suspirar lo más quedo que podían para ocultar su insomnio á la familia ; ni aun el perro durmió, y no cesó de gruñir ó de ahullar hacia la parte de Luca, como si hubiera comprendido que los hombres que habían bajado por el sendero no eran amigos nuestros. ¡Ay, señor! los animales saben en esto mucho más que nosotros. Luego se convencerá usted.

XL

Tan pronto amaneció salimos todos juntos con el ganado y el perro : á los primeros rayos del sol de verano que doraba las montañas, cuyas largas sombras parecían barrer y secar el rocío,

fuimos á ver el daño que el día anterior nos habían causado.

¡Ay... cuánto nos habían tomado, y qué poco nos quedaba! Como Jephthé, en la *Biblia*, que dicen fué á lamentarse ella misma sobre las colinas, no pudimos menos de llorar todos : Fior d'Aliza sobre su hermosa pradera verde y sobre las floridas orillas del arca inmediata á la gruta, cuya caída del agua, á la vez alegre y triste, tanto le gustaba ; Jerónimo, sobre sus plantas casi maduras de maíz, cuyas más hermosas mazorcaas besaba diciéndoles adiós con su pensamiento ; Magdalena bajo el plantío de moreras, cuyas hojas no llevaría ya en su delantal á los animalillos hiladores como ella ; yo, bajo el castaño que nos habían dividido en cuatro sobre el papel, y del que no tendríamos ya sombra sino por un lado, ni más que lo que el otoño dejase caer por caridad en nuestro prado, y del que ni siquiera tendría en plena propiedad una rama para hacerme un álaud.

XLI

El ganado no comprendía por qué le reteníamos á nuestro lado cogido por la lana ó por los

cuernos, ni por qué le impedíamos ir á pacer, como de costumbre, en el prado, en el bosque, en la hierba, bajo las moreras ó en los cespadosos caminos de la viña.

Después de haber contemplado, suspirado y sollozado amargamente ante cada uno de aquellos pedazos de nuestra hacienda, que eran también pedazos de nuestra pobre vida, pasamos silenciosos al pequeño espacio, casi inculto, que nos estaba reservado, y atamos el ganado en el patio, cubierto de hierba, á la puerta del establo. Fior d'Aliza fué á coger hierba á las sendas que no pertenecen á nadie, y Jerónimo á traer ramas y follaje de los retoños de castaños en las altas montañas del convento, abandonados á los gamos y corzos.

Los dos muchachos volvieron muy pronto cargados con más hierba y hojas de lo que necesitaban las cinco ovejas y las tres cabras, pero á los pobres animales les faltaba la libertad, y no hacían sino mirarnos como preguntándonos con los ojos por qué no los dejábamos pastar y saltar á su gusto en el barranco y sobre la roca. Fué preciso hasta ir á traerles agua para beber como para las personas; Fior d'Aliza y Jerónimo principiaron á trazar, subiendo y bajando, la estrecha senda hacia el manantial, cuyos prados,

gruta y fuente les pertenecían por completo la víspera.

XLII

Así quedó reducido de pronto el horizonte de nuestra vida ¡como se puede reducir un pañuelo doblándolo! Mucho trabajo nos costó acostumbrarnos en los primeros tiempos; y á nuestros pobres animales mucho más todavía: éstos se escapaban con frecuencia del establo, del corral, y hasta de las manos mismas de Fior d'Aliza, para correr al barranco, al bosque de las moreras y aun al viñado.

Cuando el *fattore* (el capataz de los trabajadores del capitán de los esbirros) subía á la montaña, siempre encontraba algunos pámpanos rastroeros ramoneados por las cabras, algunos granos de maíz caídos por el campo ó algunas ramas pendientes de las moreras ramoneadas por los cabritos.

Injuriábanos en ocasiones y nos amenazaba empre con matar á los animales si llegaba á orprenderlos fuera de nuestros linderos. ¿Qué odiamos hacer? Pedirle que nos perdonase y ofrecer reparar el daño á nuestra costa. Tenia-

mos muy recomendado á Fior d'Aliza que estuviese siempre junto á su granado y no apartase su vista de los animales ; pero como ella había encontrado dos ó tres veces al capitán de los esbirros que trataba de acercársele, y había querido besar sus cabellos, preguntándole si querría ser su mujer cuando cumpliese los diez y seis años ; y como á pesar de las palabras dulces de aquel hombre le tenía miedo y repugnancia á causa de Jerónimo y de nosotros, de quienes no quería separarse jamás ni de vista ni de corazón, la muchacha no le gustaba permanecer lejos de Jerónimo ni de nosotros : esto hacía que los animales estuviesen peor guardados.

Por lo que hace á Jerónimo, en cuanto se le hablaba del capitán de los esbirros, palidecía de cólera, y su voz, al pronunciar su nombre, producía un efecto semejante al del agua que hierve en la olla de hierro en nuestro hogar. Sin embargo, no le deseaba nada malo, era demasiado bueno para abrigar sentimientos de venganza ; pero veía, sin que nada se hablase entre nosotros sobre el particular, que este hombre poderoso trataba de privarnos, por medio de caricias, de astucia ó de violencia, de algo más que de la pradera, la viña, las moreras ó nuestra parte del castaño : quizás esto fué lo que le hizo compren-

der que sentía algo más que amistad hacia su prima, y acaso también el miedo que le inspiraba el esbirro fué lo que dió á conocer á Fior d'Aliza que Jerónimo era más que un hermano para ella.

Qué quiere usted, señor : el pesar anticipó la madurez del corazón de los dos jóvenes : cuando el gusano roe el fruto y el viento agita la rama, el fruto agusanado cae por sí solo ; no sabían lo que era amarse, pero el temor de perderse hacía que no pudieran separarse, como dos tiernos corderillos nacidos de la misma madre y amamantados á un mismo tiempo de la misma ubre.

En esto consistió su desgracia : los muchachos se amaban demasiado para que ella pudiera convertirse en una gran señora de Luca, y para que él lograra más fortuna que la que pudiese alcanzar en el corazón de una hija de los castaños.

XLIII

— ¡Nuestra desgracia! exclamó la bella *sposa* aproximándose de un salto á la cuna de su hijo, elevándolo con los hermosos brazos desnudos hasta la altura de su cabeza y uniéndolo su rostro

encantador á la risueña boca del niño: ¡nuestra desgracia! ¡Ah, si Jerónimo os hubiera escuchado, padre mío!... é hizo una deliciosa contracción con sus labios.

Volvió luego á sentarse y continuó meciendo con el pie la cuna del pequeñuelo, quedando pensativa y ruborizada por haber dejado escapar aquel grito de dos amores en una sola voz.

XLIV

— Pues bien, va usted á ver lo que estos pobres inocentes y nosotros tuvimos que sufrir, prosiguió diciendo el ciego.

El otoño se acercaba, los racimos del emparado delante de la puerta y los de los pámpanos que enlazaban la casa, como la red del pescador enlaza el agua con sus mallas, comenzaban á madurar y á endulzar los dedos de Fior d'Aliza, que al pasar por debajo de la parra picaba aquí y allá donde mejor le parecía. Nos prometíamos una buena vendimia para fines de otoño, uvas que secar sobre la paja, y un jarro por lo menos de vino dulce en la despensa para las fiestas de Navidad y de Año Nuevo.

De pronto percibió Jerónimo que las hojas de

la viña se volvían amarillentas y rojas como las mejillas de un enfermo, antes que los racimos madurasen, que las ramas se separaban de las paredes soltándose los zarcillos, y que hasta los racimos se arrugaban antes de madurar, y no tomaban ni jugo ni color de los flojos sarmientos.

— ¡Oh cielo! exclamó: la viña se ha enfermado, los mismos gorriones no pican ya las uvas, tan agrias están; una *luna* la ha hecho daño.

— Vamos á ver, dijeron á un mismo tiempo los muchachos, si las demás viñas han sufrido el mismo daño en el campo.

Corrieron á informarse y volvieron llorosos como el Adán y Eva que están pintados allá arriba en el convento de los camaldulenses, cuando por la primera vez vieron morir, ¿á quién? ¿á un hombre? ¿á un animal? ¿á un insecto? no: ¡á una hoja!... Daba lástima verlos mi buen señor.

La viña, nuestra viña, no estaba enferma, sino muerta, muerta para siempre; muerta como si nunca hubiera vivido. Aquellas hermosas y anchas hojas que nos pertenecían porque sus pámpanos habían venido desde muy lejos buscándonos, á enlazarse con las tejas de nuestra casa, con los pilares de piedra delante de la puerta y

que hasta se habían encaramado á la claraboya del cuarto alto de Fior d'Aliza y penetrado en su habitación por las rendijas de las maderas; aquellos hermosos sarmientos ondulantes que durante el verano nos daban sombra, buen humor en el otoño, alegría á la mesa durante el invierno, nos acariciaban por última vez como un perro que muere besando los pies de su amo: muerta, señor, no para todo el mundo, pero sí para nosotros.

Una noche, sin que pudiéramos sospecharlo, el *fattore* del esbirro propietario, pretendiendo que la savia, al elevarse hasta nuestra cabaña, empobrecía á la viña madre y esterilizaba las cepas de abajo, cortó con su hoz los gruesos sarmientos que nutrían á nuestros pámpanos pegados á la pared, de suerte que la viña continuaba viva allá abajo, pero en adelante no existirían para nosotros sus retoños...

XLV

Jamás podré explicar á usted el disgusto que nos causó los lamentos de aquellos dos niños que lloraban la pérdida de aquellas hojas que habían asombrado su cuna, de aquellos racimos que

apagaban su sed, de aquella cubierta viva y agradable de su pobre techo, por la cual los lagartos corrían deslizándose entre las hojas y en la que los mirlos picoteaban las uvas, lanzando gritos extraños como si se embriagara con el jugo; y las abejas que zumbaban en torno de los racimos, más dulces que la miel de su colmena, y el sol poniente y la luna rielando sobre las aguas, cuando los pámpanos, á través de los cuales penetraban también sus reflejos, temblaban asimismo al suave impulso del viento de la noche; en fin, lloraban la pérdida de todo aquello que parecía estar emparentado con nosotros, que representaba á nuestros ojos recuerdos de amistad y de placer.

— ¡Oh! ¡qué ruines! exclamamos todos sollozando al mirar como se morían poco á poco nuestras queridos sarmientos.

Pero ¿qué podíamos decir y qué podíamos hacer? Nuestras lágrimas no habían de hacer retoñar las cepas. La viña estaba muerta y nosotros angustiados, esto era todo lo que sabíamos, á esto se reducía todo el consuelo que podíamos prestarnos. Entreguemos los últimos racimos á los pájaros, las últimas hojas á las cabras, los últimos sarmientos á nuestra chimenea: de esta manera nos será útil aún y bendiciremos la viña

hasta el último momento. Pero ¿y después? Después nuestras paredes no tendrán nada con que librarse de los rayos del sol, de las inclemencias de la lluvia; no habrá sombra bajo la puerta, los pájaros y los lagartos irán á buscar en otra parte lo que les falta aquí. El padre Hilario no volverá á sentarse, no enjugará el sudor de su frente bajo el emparrado colgando antes sus alforjas del retorcido sarmiento.

El papel es el papel y sólo constaba en él, según nos dijeron, que la viña pertenecía al esbirro y el emparrado á nosotros, pero no añadía que el esbirro no tenía derecho para cortar los vástagos.

Un temblor frío se apoderó de nosotros al oír estas palabras, y todos á un mismo tiempo pensamos en el castaño, lo único que nos quedaba ya en la tierra.

¡Dios mío! exclamamos, el papel dice que las castañas que caigan al suelo nos pertenecen, pero no dice que el dueño del tronco no tiene el derecho de cortarlo. ¡Ah! desgraciados de nosotros si tal cosa llegase á suceder.

XLVI

En esto oímos por el sendero del lado de Luca los pasos del padre Hilario: el infeliz sudaba á mares y el cansancio no le dejaba apenas respirar.

El padre Hilario era el limosnero del convento de los camaldulenses de San Stéphan: era un anciano de plateada y espesa barba; ésta y el cerquillo formado por sus finos cabellos le asemejaban á las estatuas de San Francisco de Asís que hay en el coro del convento de franciscanos de Luca. Era tan viejo, que á todos nos había visto nacer, pero se conservaba bien, y únicamente se hallaba algo encorvado, efecto del peso de las alforjas con los cántaros de aceite ú odres de vino que llevaba á menudo al convento, y de las trabajosas ascensiones que había hecho durante su vida por los senderos cortados á pico.

Nuestra cabaña se hallaba como á la mitad del camino que separaba la llanura del convento de los camaldulenses, y el padre Hilario tenía la costumbre desde hacía más de cuarenta años de detenerse un gran rato en nuestro albergue para respirar y conversar con los Zampognari. Él los

había acariciado niños, enlazado jóvenes y consolado y ayudado á morir viejos. No era pariente nuestro, ni siquiera se sabía en dónde había nacido, algunos decían que había servido en las galeras de Pisa, que había sido cautivo de corsario en Tánger, que se había escapado con una mora convertida, en una embarcación sustraída al padre de ella : que durante la travesía se habían visto asaltados por una tempestad, perseguidos por los piratas en el Mediterráneo, y que al hallarse amenazados por el doble peligro del temporal y de la venganza de los turcos, prometieron á San Francisco si los libraba de la muerte, hacerse, á pesar de que se amaban, él ermitaño y ella monja. San Francisco se apareció entre nubes sobre el mástil de su débil barca, los piratas naufragaron, el viento se calmó y el mar quedó como un espejo. Una corriente invisible los llevó á la playa cerca del escollo la *Meloria* en la costa de Toscana. Diéronse allí por la primera y última vez de su vida un ósculo de amor : se separaron, y descalzos se encaminaron, ella á Loreto, él á San Stéphano de Luca á llamar á la puerta de los dos conventos.

XLVII

Satisfecho San Francisco de la fidelidad de ellos en el cumplimiento de sus votos, hizo que fuesen acogidos como si se les esperase, ella como hermana conversa en las carmelitas de Loreto y él como hermano mandadero en los camaldulenses de Luca : no debían volver á verse más que en el Paraíso.

Ésto es todo lo que se decía del padre Hilario en las montañas; pero él, por su parte, no decía una palabra de estos sucesos; parecía que San Francisco le había quitado el recuerdo de sus amores; no nos hablaba sino de nuestros abuelos, de los matrimonios, de los nacimientos, de las muertes que habían acaecido en la cabaña, de la abundancia ó escasez de castañas, del precio del aceite para las lámparas del santuario, y algunas veces de los alborotos que se verificaban allá abajo, en las llanuras, en Florencia ó en Sienna, en Roma ó en Luca.

« Pero esto no debe inquietarnos, decía siempre al terminar su conversación, volviendo á cargar sobre sus hombros sus alforjas y llevando su rosario en la mano, la ola humana no subirá

jamás hasta la altura en donde nos hallamos: continuarán rezándose novenas ante el altar de los camaldulenses, y los *pifferari* vendrán en todo tiempo á compraros cornamusas para acompañar los cánticos que los fieles elevan á la Madona ó para alegrar las bodas. Prosigamos nuestro camino al cielo por estas montañas, y que San Francisco bendiga la cabaña y el convento. »

Luego se ponía en marcha como el Judio Errante, y nosotros nos quedábamos percibiendo el ruido de sus sandalias sobre los senderos, mucho tiempo después de que los pinos le ocultasen á nuestra vista.

XLVIII

Pero aunque no fuese pariente (por lo menos nosotros lo creíamos así) el padre Hilario nos estimaba; así es que se admiró el día en que nos encontró tan afligidos y llorosos. Tres meses hacía que no nos visitaba y no sabía nada de lo que había pasado; nada absolutamente, ni de las visitas del capitán de los esbirros, ni de la de Nicolás del Calamayo, ni la repartición de los bienes reivindicados por los herederos de los *Bardi*, ni la venta de tales derechos al esbi-

rro, ni lo de las persecuciones de este hombre poderoso para conseguir con astucia ó violencia unirse á Fior d'Aliza, que le había desgraciadamente deslumbrado, como el sol deslumbra al topo, ni de nuestros terrenos confiscados con sus ricas promesas de cosecha, dejándonos sólo la cuarta parte de las castañas, las cinco ovejas y las cabras; nada en fin, sabía, de lo que con tan refinada malicia se había hecho con nosotros cortando los sarmientos.

XLIX

— ¡Oh! exclamó el padre Hilario; mientras parece que hayan tenido valor para cortar los sarmientos que llegaban hasta vuestra cabaña; pero ya veo que es cierto, añadió contemplando las muertas ramas que no podían soportar sus marchitos racimos. ¿Es posible que la maldad de los hombres llegue á tal extremo?

¡Ah! cuán largos y dichosos momentos he pasado bajo su sombra bienhechora conversando con vuestros padres, mojando mis labios con el delicioso jugo de vuestras cepas y bendiciendo á San Francisco; en lo sucesivo no pasaré por aquí sin maldecir la perversidad de los malos...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO REYES"
1940-1625 MONTERREY, MEXICO

Pero no, añadió reprimiendo su indignación, no maldigamos á nadie, ni aun á los que nos hacen daño: compadezcámoslos en vez de aborrecerlos. La piedad es la caridad de los perseguidos para con sus perseguidores, es la única venganza que complace al Altísimo. Roguémosle por ellos: ¿no es más desgraciado el verdugo que la víctima?

L

Consolónos así tomando parte en nuestro pesar y transformó nuestra cólera en misericordia hacia nuestros enemigos. Luego:

— Veamos, dijo, ese fatal papel que os ha despojado de la herencia de los Zampognari que yo he creído siempre que os pertenecía tanto como este peñasco á la montaña y el musgo al peñasco. Soy muy anciano, tengo más de noventa años y quién sabe si Dios me ha conservado la vida para que mi testimonio pueda ser provechoso á los Zampognari, víctimas de unos cuantos rasgos de pluma: dadme el papel y cuando vaya á Luca haré que lo examine el abogado Manzi, antiguo amigo mío.

Llevóse el padre Hilario el papel y no volvi-

mos á pensar en aquellas cosas sino para llorar nuestra perdida vendimia; hasta los mismos pájaros parecían identificarse con nuestro dolor. Los gorrones, los mirlos, las palomas, apenas notaron que los pámpanos se ennegrecían, que las hojas marchitas se desgajaban como después de haber sufrido una fuerte granizada, se reunían formando un remolino sobre la desierta cabaña y revoloteaban como locos, lanzando gritos desesperados, lo mismo que si la zorra hubiera entrado furtivamente en sus nidos y devorado á sus hijuelos mientras ellos se hallaban lejos.

LI

Así se hacía cada día más difícil nuestra triste vida. Pero mucho peor fué cuando maduraron las mazorcas y llegó el tiempo de coger las hojas de las moreras. Todos los días, como si hubiéramos sido ladrones, espiaban los agentes del esbirro por nuestros alrededores y hasta á los animales que nos alimentaban y vestían; nos prohibían recoger las avellanas silvestres de los bosques vecinos, porque, según decían, pertenecían á los animales que los poblaban y no á nosotros; nos impedían coger la hierba

Pero no, añadió reprimiendo su indignación, no maldigamos á nadie, ni aun á los que nos hacen daño: compadezcámoslos en vez de aborrecerlos. La piedad es la caridad de los perseguidos para con sus perseguidores, es la única venganza que complace al Altísimo. Roguémosle por ellos: ¿no es más desgraciado el verdugo que la víctima?

L

Consolónos así tomando parte en nuestro pesar y transformó nuestra cólera en misericordia hacia nuestros enemigos. Luego:

— Veamos, dijo, ese fatal papel que os ha despojado de la herencia de los Zampognari que yo he creído siempre que os pertenecía tanto como este peñasco á la montaña y el musgo al peñasco. Soy muy anciano, tengo más de noventa años y quién sabe si Dios me ha conservado la vida para que mi testimonio pueda ser provechoso á los Zampognari, víctimas de unos cuantos rasgos de pluma: dadme el papel y cuando vaya á Luca haré que lo examine el abogado Manzi, antiguo amigo mío.

Llevóse el padre Hilario el papel y no volvi-

mos á pensar en aquellas cosas sino para llorar nuestra perdida vendimia; hasta los mismos pájaros parecían identificarse con nuestro dolor. Los gorrones, los mirlos, las palomas, apenas notaron que los pámpanos se ennegrecían, que las hojas marchitas se desgajaban como después de haber sufrido una fuerte granizada, se reunían formando un remolino sobre la desierta cabaña y revoloteaban como locos, lanzando gritos desesperados, lo mismo que si la zorra hubiera entrado furtivamente en sus nidos y devorado á sus hijuelos mientras ellos se hallaban lejos.

LI

Así se hacía cada día más difícil nuestra triste vida. Pero mucho peor fué cuando maduraron las mazorcas y llegó el tiempo de coger las hojas de las moreras. Todos los días, como si hubiéramos sido ladrones, espiaban los agentes del esbirro por nuestros alrededores y hasta á los animales que nos alimentaban y vestían; nos prohibían recoger las avellanas silvestres de los bosques vecinos, porque, según decían, pertenecían á los animales que los poblaban y no á nosotros; nos impedían coger la hierba

con que formábamos las camas para nuestras cabras, porque la hierba conservaba caliente la tierra, y esta tierra no era nuestra. Si hubieran podido confiscar el aire, y evitar que las golondrinas vinieran á alegrarnos y á formar sus nidos en el alero de nuestro tejado, lo hubieran hecho con la mayor satisfacción. ¡Cuánto teníamos que sufrir! ¡Y no obstante, el aire es tan bueno en estas alturas, á las cuales no se atreva á subir la *mal'aria*!

Jerónimo se hacia el más guapo mozo de toda la llanura de Luca; en cuanto á Fior d'Aliza, la fuerza de la juventud es tal, que se embellecía lo mismo bajo nuestras lágrimas que cuando no las derramábamos, como la hierba á orillas de la cascada, que es tanto más hermosa cuanto más rocío cae sobre ella. Las gotas de su llanto se veían en sus pestañas aún, y sin embargo cantaba.

Dicen que la muchacha encantaba á cuantos pasaban y se detenían para admirarla con el pretexto de pedirle agua.

« Si los ángeles habitasen aún las alturas, decían entre sí al alejarse, volviendo la cabeza para verla una vez más, diríase que no es hija de hombre. »

La madre de Jerónimo me repetía las frases

que sus admiradores pronunciaban. Éste se percibía de ello y se mostraba cada día más orgulloso del triunfo de su prima, pero también algo celoso.

La asiduidad de los esbirros en espiarnos le incomodaba. Fior d'Aliza los temía y cuando llevaba las cabras á pacer rogaba á Jerónimo que la acompañase; á su lado desaparecía todo temor.

LII

Una mañana que Jerónimo se fué á coger nidos de faisán en los chaparrales, á lo más elevado de las montañas, detrás del eremitorio de los camaldulenses, el temor de su prima fué más grande que nunca y también el de nosotros.

Unos cuantos leñadores de la llanura, armados con sus grandes hachas y largas sierras aparecieron con la aurora al pie del castaño; sentáronse alrededor de su tronco, afilaron hachas y sierras y destapando sus calabazas de vino y sacando de sus zurrónes pan y queso, se pusieron á almorzar alegremente cerca de nosotros.

Aproximéme tímidamente y les pregunté con amabilidad qué era lo que iban á hacer en aquel paraje de la montaña, en donde nunca se habían

oído los golpes del hacha del leñador desde que el mundo es mundo.

— Va usted á saberlo, buen amigo, me respondió una voz que creí reconocer por su acento malvado ó hipócrita. (Mi cuñada, que se acercó también al grupo de leñadores con Fior d'Aliza, me dijo que era la del escriba Nicolás del Calamayo) Va usted á saberlo con pesar, repitió: despidase de su árbol, ya no os dará ni sombra esta tarde ni castañas este otoño. Su propietario le ha vendido ayer al amo de estos leñadores para talarlo y aprovecharse de su producto. Él mismo me ha encargado que venga para entregar el árbol á estos muchachos y para haceros entrar en razón si por acaso os oponéis.

— ¡Cómo que si nos oponemos! exclamé yo precipitándome con los brazos abiertos hacia delante como para echarme entre el árbol y el hacha, pues ¿no me he de oponer, si dar la orden de talarlo es lo mismo que si mandarais que me cortasen la cabeza? Este árbol es aún más que mi cabeza, añadí sin poder contener las lágrimas, es la vida de toda mi familia; con él se alimenta mi hermana, mi sobrino, la chica y yo. Usted que ha sido portador del documento que nos ha privado de todo cuanto poseíamos, sabe mejor que nadie que no nos han dejado

sino esas tres grandes ramas que se extienden hacia nuestro lado sobre el escaso terreno y la cabaña que nos queda; sabe que esas ramas nos pertenecen y que sus frutos bastan para llenar ocho sacos de castañas, lo suficiente para mantener sobriamente á cuatro personas. Consentiré que me maten antes que permitir destruir el castaño; ¡es el único bien que nos queda en la tierra! ¿Se atreverá usted á negar que el papel de nuestros jueces nos concede el goce de la leña y las hojas, de la sombra y los frutos de cuanto se halla en el terreno que nos pertenece?

— No lo niego, respondió el curial, pero tampoco pueden negar ustedes que el árbol es propiedad del capitán de los esbirros; cuando él dispone su destrucción, vuestros derechos cesan y no pueden ustedes oponerse. Él es dueño del tronco, si lo arranca, mueren las ramas que os pertenecen.

LIII

— Confieso, señor, que jamás había pensado en esto, y que las palabras de Calamayo me dejaron mudo; pero si mi voz no podía rechazar si

opinión, mi actitud protestaba contra tal iniquidad.

Magdalena y Fior d'Aliza que, como yo, no habían soñado jamás en que pudieran cortarnos el castaño, en vez de buscar razones para convencer á aquellos homicidas, se deshacían en súplicas.

De rodillas á los pies del curial, le explicaron lo mismo que á los leñadores que aquel árbol era quien nos alimentaba y los beneficios que nos prodigaba; lloraron, recurrieron á todos los medios; sus lamentos podían conmover el tronco del árbol pero no el corazón del curial.

Sin embargo, hay que ser justos; los leñadores parecían enternecerse al ver á Aliza, tan hermosa, tan pura, inundada de llanto; se miraban, comprendían la triste situación á que iban á reducirnos, contemplaban el árbol tan verde, tan magnífico, y las lágrimas asomaban á sus ojos.

— Vamos, ¡manos á la obra, muchachos! dijo el amigo del esbirro.

Los leñadores parecía que titubeaban, unos asegurando los mangos de las hachas, quejándose otros de que no mordían los dientes de las sierras.

LIV

Durante esta indecisión de los leñadores, fingió conmoverse Calamayo y llamando aparte á Magdalena, le habló algunas palabras al oído con falso acento de bondad.

— Quizás, halláramos medios de librar al castaño de la suerte que le espara, le dijo tomándola por madre de Aliza, si fuese usted mujer inteligente y madre razonable. El capitán de los esbirros, á pesar de sus cabellos canos, posee un corazón sensible, es soltero y rico, se fastidia de estar solo, sin alegría en su casa, sin hijos que puedan heredar sus *scudi* y sus bienes: la inocencia y la belleza de vuestra hija le han encantado cuando ha venido á la montaña. Tal vez si le enviaseis á Fior d'Aliza, con un cesto de higos y castañas, á suplicarle que no dispusiese del árbol, no sería extraño que os complaciera, dejándoos el árbol y hasta restituyéndoos todos los bienes que formaban vuestro patrimonio. De vosotros depende vuestra fortuna, lo sé de cierto, porque no se niega nada á una *sposa* que da su corazón en cambio de un pedazo de tierra en la montaña. ¿Qué le parece mi idea? ¡Ea!, piense

usted en ella, le doy de tiempo para decidirse el que tarde la sombra que proyecta esa rama en llegar al tronco.

LV

Magdalena quedó inmóvil, petrificada, muda, al escuchar aquellas palabras, cuya mala intención comprendió desde luego. La idea de alejar á Fior d'Aliza de la cabaña, la idea de separarla de Jerónimo, del cual jamás había estado separada; la idea de lanzar esta alma pura, que nos iluminaba como el sol todos los días al reflejarse en nuestra ventana, como un miserable puñado de *bayocos* de cobre, á un extraño, en cambio del lugar que nos darian para vegetar en la montaña, indignó á Magdalena, que exclamó:

— ¡Dar yo mi Fior d'Aliza á cambio de cualquier beneficio por inmenso que sea! ¡ni por mi propia vida! ¡Ah! si ese es el precio que nos exige el cielo para librarnos de vuestras amenazas, más vale que nos mate á todos á la vez que á ese desventurado árbol. Antes morir mil veces que entregar nuestra hija á ese hombre insensible: aun cuando fuera el mismo príncipe de Luca, no tendría bastante con su ducado para indemnizar

de esta pérdida á su tía, á su padre y á Jerónimo. Esto equivaldría á querernos comprar el aliento: al recibir el precio en que os lo vendiéramos, al entregaros lo que habríais comprado, moriríamos.

Y deshaciéndose en llanto, la vergüenza y el dolor se revelaban en su rostro sólo al pensar que aquel hombre había tenido la audacia de hacerle tan ofensiva proposición.

LVI

— Y bien, la sombra ha desaparecido, dijo Calamayo, mirando á Magdalena y como interrogándole. ¡Ea, muchachos! mano á las hachas.

Los leñadores levantaron sus hachas y yo las oí caer sobre el tronco, cerca de las raíces, produciendo un ruido sordo, como el de las paladas de tierra pedregosa que resonaron en mi oído al cubrir los ataúdes de mi hermano y de mi esposa cuando fuimos á enterrarlos hace trece años, allá arriba, en el cementerio de los comaldulenses. Los pedazos de corteza que se desprendían caían á nuestros pies y todos perdimos la razón: nos parecía que cada golpe de las cortantes hachas se llevaba un pedazo de nuestros corazones. Magdalena, Fior d'Aliza y yo, caímos en tierra y nos

arrastramos de rodillas hacia el castaño para formarle una muralla con nuestras manos extendidas, estrechándole con nuestros brazos y con nuestros pechos, como si hubiésemos tratado de librar de la muerte á un padre ó á una madre.

Los leñadores se detuvieron por temor de herirnos al asestar sus golpes al pobre árbol.

— ¡Arrojad de ahí á esos miserables insensatos, que se oponen á la justicia! exclamó el curial.

LVII

Apenas pronunció estas palabras, cogió á Fior d'Aliza por un brazo y la echó hacia tras brutalmente, dejándola caer sobre una raíz que hirió una de sus sienes, tiñendo algunas gotas de sangre su mejilla y hermoso cabello rubio: después, auxiliado por dos leñadores de los más robustos, nos alejó á Magdalena y á mi del tronco del castaño.

Entretanto, mandaba á los muchachos que continuasen hendiendo el tronco, y las astillas y los pedazos de corteza alfombraban la tierra.

Casi desvanecidos los tres de dolor y por el golpe recibido al echarnos á tierra, oíamos los golpes repetidos como cosa del otro mundo, y el pobre perro, el fiel Zampogna, que cesó de ladrar,

lamió la preciosa sangre de la sien de su joven ama.

— Mirad, señor, según dicen, todavía se le ve la señal, añadió el ciego, buscando con su mano la cabeza de la *sposa*.

LVIII

En aquel momento, Jerónimo, que descendía de las alturas del convento de los camaldulenses cargado con un enorme haz de leña, oyó los ladridos de Zampogna, los hachazos de los leñadores y los angustiosos quejidos de su madre, de Fior d'Aliza y de mi; á través de los árboles vió á Calamayo y á los suyos que nos arrebatában con violencia del tronco del árbol y que nos arrojaban sin piedad sobre las piedras y las raíces regadas con la sangre del rostro de su prima: arrojó el haz de leña para llegar más pronto á nuestro lado, y empuñando la hachuela que le servía para cortar las retamas y brezos para el fuego de nuestro hogar, acercóse en tres saltos lanzando tan terribles gritos que nos hicieron salir de nuestro desvanecimiento, y colocándose entre el árbol y los leñadores con ademán amenazador, los contuvo, obligándoles á retroceder agrupados en torno de Calamayo.

Su furor se aumentó al ver la sangre de su prima, y después de saber lo que había sucedido, que en dos palabros le contamos.

— ¡Cobardes! ¡Miserables! exclamó dirigiéndose á Calamayo, y á sus secuaces, no conseguiréis la vida de este árbol sin arrebatarme antes la mía. Él es la vida de mi madre, de mi tío, de mi prima, de nuestros padres y de nuestros hijos: matadnos antes si queréis destruirlo; pero no lo destruiréis mientras yo viva.

Pronunciadas estas palabras se aproximó al castaño, y al descubrir la hendidura que los leñadores habían hecho en el tronco, lloró en silencio como se llora á la cabecera de un moribundo.

LIX

Un diálogo terrible y amenazador entablaron Jerónimo y Calamayo, resguardado éste tras del grupo de sus leñadores.

— Vosotros sois testigos, decía el curial á éstos, de que ese joven insensato se ha opuesto con violencia y á mano armada al corte del árbol, y resistido á la justicia. Cedemos á sus amenazas para no ensangrentar la cuestión; pero tomaremos

acta de su delito y nos reservaremos el derecho de ejecutar la orden que hemos recibido, con el apoyo de la fuerza pública.

Retiráronse los leñadores con el esbirro después de esta especie de protesta, demostrándonos con sus miradas y con sus palabras que no tardarían en vengarse. Mi pobre hermana colocó sobre sus rodillas la cabeza de Fior d'Aliza para vedar la sangre que corría de la herida, y Jerónimo trajo en el hueco que formó con sus manos algunas gotas de agua cristalina para lavarla.

Entonces fué cuando los cuatro lloramos como jamás habíamos llorado en nuestra vida. Gracias á la aparición y al valor de Jerónimo habíamos quedado vencedores.

La hendidura del tronco aunque grande no era mortal; llenándola de tierra húmeda y cubriéndola con cortezas atadas con lianas, podíamos esperar que el árbol daría sus cosechas, alimentándonos en invierno; nuestro pequeño ganado lo haría en el verano y los higos pasados reemplazarían á las pasas: pero no se nos ocultaba que quedaba al castaño poco tiempo de vida, puesto que el esbirro y su consejero se habían propuesto reducirnos á la miseria y obligarnos á abandonar el pobre nido que nos ofrecía la montaña.

Su furor se aumentó al ver la sangre de su prima, y después de saber lo que había sucedido, que en dos palabros le contamos.

— ¡Cobardes! ¡Miserables! exclamó dirigiéndose á Calamayo, y á sus secuaces, no conseguiréis la vida de este árbol sin arrebatarme antes la mía. Él es la vida de mi madre, de mi tío, de mi prima, de nuestros padres y de nuestros hijos: matadnos antes si queréis destruirlo; pero no lo destruiréis mientras yo viva.

Pronunciadas estas palabras se aproximó al castaño, y al descubrir la hendidura que los leñadores habían hecho en el tronco, lloró en silencio como se llora á la cabecera de un moribundo.

LIX

Un diálogo terrible y amenazador entablaron Jerónimo y Calamayo, resguardado éste tras del grupo de sus leñadores.

— Vosotros sois testigos, decía el curial á éstos, de que ese joven insensato se ha opuesto con violencia y á mano armada al corte del árbol, y resistido á la justicia. Cedemos á sus amenazas para no ensangrentar la cuestión; pero tomaremos

acta de su delito y nos reservaremos el derecho de ejecutar la orden que hemos recibido, con el apoyo de la fuerza pública.

Retiráronse los leñadores con el esbirro después de esta especie de protesta, demostrándonos con sus miradas y con sus palabras que no tardarían en vengarse. Mi pobre hermana colocó sobre sus rodillas la cabeza de Fior d'Aliza para vedar la sangre que corría de la herida, y Jerónimo trajo en el hueco que formó con sus manos algunas gotas de agua cristalina para lavarla.

Entonces fué cuando los cuatro lloramos como jamás habíamos llorado en nuestra vida. Gracias á la aparición y al valor de Jerónimo habíamos quedado vencedores.

La hendidura del tronco aunque grande no era mortal; llenándola de tierra húmeda y cubriéndola con cortezas atadas con lianas, podíamos esperar que el árbol daría sus cosechas, alimentándonos en invierno; nuestro pequeño ganado lo haría en el verano y los higos pasados reemplazarían á las pasas: pero no se nos ocultaba que quedaba al castaño poco tiempo de vida, puesto que el esbirro y su consejero se habían propuesto reducirnos á la miseria y obligarnos á abandonar el pobre nido que nos ofrecía la montaña.

LX

Mi hermana nos refirió la proposición del capitán de los esbirros y la condición indicada por el procurador Calamayo para salvar la vida del castaño y aún para restituírnos nuestros bienes. Al oír Jerónimo los deseos del esbirro no pudo contener la cólera. Fior d'Aliza se puso pálida como la cera y se refugió en el regazo de mi hermana.

Yo por mi parte dejé reposar mi cabeza sobre mis manos presintiendo grandes desgracias. ¡Ay! ¿por qué aquellos señores peregrinos de Luca nos habían descubierto en nuestra pobre cabaña? ¿por qué Fior d'Aliza los había fascinado?

LXI

¡Harto fundados eran mis presentimientos! No obstante, nos dejaron algún tiempo tranquilos después del acontecimiento del castaño, y como usted ve, curamos con mucho cuidado la herida del árbol y hasta llegamos á figurarnos que nos

habían olvidado en este peñasco en el cual no hacíamos otra cosa que respirar, querernos y vivir.

LXII

Pero el amor de un libertino que ha puesto sus deseos en una inocente, es una brasa que quema la mano y que no deja dormir tranquilo al que no teme á Dios. La maldita belleza de la muchacha no se separaba de la imaginación del esbirro; y sin duda aconsejado por Calamayo, se propuso condenarnos á la miseria; obligarnos á mendigar el pan por las calles de Luca, para encerrarnos á mi hermana y á mí como vagabundos, poner á Jerónimo en la necesidad de irse á las maremmas ó al banco de una lancha pescadora y llevar á Fior d'Aliza á un convento para que la educasen como á una señorita y para que la superiora, su parienta y amiga, de acuerdo con él, la preparase á fin de casarse con ella como por caridad.

El padre Hilario, que conocía el mundo, nos indicó que tal podía ser el proyecto del esbirro; pero ¿qué podíamos hacer nosotros para contrarrestarlo? Sólo teníamos de nuestra parte á la Providencia, y hay ocasiones en que ésta parece como que se oculta para ver hasta dónde llega la

paciencia de los buenos y la perversidad de los malos. Por entonces parecía habernos olvidado completamente.

LXIII

Un día estábamos muy tranquilos, mi hermana hilando su copo en el umbral de la puerta, yo sentado al sol trenzando esteras de esparto y Jerónimo dando vuelta á los higos que se secaban al sol. Fior d'Aliza y el perro guardaban las cabras. Éstas se metieron por el campo de maíz á comer la hierba. No tocaban el maíz, pero Fior d'Aliza al notarlo, envió al pequeño Zampogna para que las trajese á nuestras tierras; pero apenas había llegado el perro al lado de ellas se oyeron seis detonaciones y aparecieron tres esbirros dando voces y lanzándose furiosos por entre los pies de maíz.

La cabra lechera quedó muerta sobre el cuerpo de uno de los cabritos que estaba criando; la otra, herida en el pescuezo, corrió instintivamente á guarecerse á los pies de su ama; el perro, con una pata media rota, se arrastraba trabajosamente; mi pobre hija que recibió algunos perdigonazos de rebote, daba lastimosos gritos, no

por sus heridas sino por las de sus queridos animales.

Aquello, señor, nos partió el alma. Mi hermana corría como loca al encuentro de su hija, yo mismo, me parecía que Dios me había dado la vista y corría también. Jerónimo bajó del techo de un solo salto; descolgó la escopeta de su padre que no había sido descargada desde su muerte, se precipitó sobre los esbirros, tiró sobre ellos al azar é hirió en el hombro á uno de los tres, que á toda prisa se llevaron sus compañeros, gritando al alejarse: — « ¡Desgraciado! has tenido más acierto que esperabas; tú mismo has firmado tu sentencia al herir á nuestro sargento: vida por vida, sangre por sangre, éste será el primero y el último crimen que cometas. »

Luego les oímos entre los abetos hablar y cortar ramas con que hacer unas angarillas para llevar á su herido camarada.

LXIV

Tan disgustados estábamos por las heridas de la muchacha, la muerte de nuestro pobre rebaño y la pierna rota del perro, mi único guía en la montaña, que ni siquiera pensamos que aquellos

hombres podían volver en mayor número, después de dejar su sargento, herido ó muerto, en el cuartel.

Por lo demás, nada teníamos nosotros que reprocharnos. No habíamos hecho sino contestar al fuego con fuego, defendiendo ó vengando á nuestros pobres animales en aquellos asesinos que les habían tirado á traición.

En brazos de Fior de Aliza murió el cabrito al entrar en casa. Jerónimo arrancó seis gruesos plomos del cuerpo de la cabra y su madre le curó las heridas. Aquél vedó también la sangre que perdía Zampogna.

Ya ve usted que curó bien, añadió el anciano, indicando con la mano el perro echado á sus pies; y me guía por los peores sitios con sus tres patas tan bien como hacía con las cuatro. Para un ciego es bastante un cojo.

LXV

¡Qué noche pasamos, señor! Magdalena, toda ella despierta atendiendo á Fior d'Aliza y oyendo si su respiración era tan suave como de ordinario; Jerónimo cuidando al herido perro, y yo sentado contra la puerta con el cabrito muerto á mis pies.

pensando en la cabra lechera y en el alimento de la familia. ¿Cómo nos mantendríamos en adelante? ¿Qué sería de nosotros con agua en vez de leche para sazonar las castañas é higos secos?

¡Ah! Dios libre al peor de mis enemigos de una noche como aquella; sólo la inocente Fior d'Aliza dormía aunque herida, con la tranquilidad del cordero que ha dejado algunos mechones de su lana entre los dientes del lobo.

LXVI

Aunque anonadados por los sucesos del día, no podíamos esperar que amaneciera sin sustraer á Jerónimo del peligro que le amenazaba.

— Es preciso que corras á ocultarte en el convento de los camaldulenses, le dijo su madre. Suplica al padre Hilario que te abra la capilla en donde ha vivido hasta la edad de noventa años el bandido de San-Stéphano; es un asilo inviolable protegido por el derecho de refugio. Los domingos iremos tu tío, Fior d'Aliza y yo después de oír la misa á llevarte ropa limpia y el alimento necesario para la semana.

— Bendita sea la idea de tu madre, exclamé yo abrazando á Jerónimo que lloraba contemplando

dormida á su prima!... Vamos, hijo mío, le dije, valor; es el único medio de esperar que pase el mal tiempo. Hay que seguir el consejo de tu madre; el espíritu de tu padre la ha inspirado. No pierdas tiempo. Despidete y encomiéndate á Dios. Sólo quedará una media hora de noche, en la cual puedes atravesar el bosque sin ser visto. Si el esbirro herido por ti ha muerto, los demás llegarán aquí al mismo tiempo que el día.

Yo le decía esto con la mano en el cerrojo de la puerta, llorando como él; su madre y prima, que nuestros sollozos habían despertado, lloraban también, al mismo tiempo que la luna enviaba su última claridad por entre las muertas hojas de la parra.

LXVII

La desgracia se encontraba más cerca de lo que pensábamos; apenas había yo corrido el cerrojo, cuando se abrió la puerta, cediendo al empuje de unos cuantos soldados emboscados en torno de la cabaña, que arrojándose al suelo se lanzaron sobre Jerónimo, tendiéndolo en tierra y ligando sus manos á la espalda con las correas de sus carabinas. Después remacharon una cadena á uno

de sus pies y le levantaron del suelo á patadas y culatazos.

— Vamos, bandido, le dijeron, te van á carear con tu víctima, y de seguro que no echarás raíces en el calabozo que te espera. Y en cuanto á ti, pequeña culebra de brillantes escamas, despidete de tu agujero al tronco del castaño, que no estarás en él mucho tiempo: las religiosas de la casa de las novicias vendrán muy pronto á buscarte para darte una educación menos salvaje. Vosotros dos, añadieron dirigiéndose á mi hermana y á mi, miserable topo de roca y vieja parca, no os inquietéis por vuestro pan: en el ducado no faltan hospitales para los ciegos y las viudas pobres, ni tampoco un pedazo de tierra para enterraros.

LXVIII

Así nos consolaron al alejarse, llevándose á Jerónimo encadenado, sin permitirnos siquiera darle un abrazo. Su madre le llamaba con gritos desesperados. Volví arrastrándome á la cabaña, y á tientas busqué el sitio en donde Fior d'Aliza había caído desmayada al presenciar la prisión de su primo.

Extendí mi mano para, como de ordinario,

acariciar sus hermosos cabellos y besar su casta frente.

¡Dios mío! Quédeme inmóvil como una estatua : en vez de los sedosos cabellos encontré su cabeza con el pelo cortado. ¡Creí que soñaba! pasé mi mano por su hombro y tenté el áspero roce del paño burdo de un colete como los que usan los *pifferari* de los Abruzzos; la llevé a su talle y percibí un cinturón de cuero con hebillas de latón.

LXIX

Lanzé un grito de sorpresa y de horror : su tía acudió y casi perdió el conocimiento ante el aspecto de Fior d'Aliza así desfigurada.

— ¡Desgraciada... qué has hecho! ¿Qué quieres hacer? exclamamos los dos á un tiempo. La pobre muchacha permaneció en silencio largo tiempo, ocultando su rostro con los blondos cabellos que acababa de cortarse.

— Habla, ¡qué has hecho! ¡Habla por Dios!

CAPITULO III

LXX

Pero lo que sigue, es necesario, señor, que lo cuente ella misma. Nadie mejor que ella puede referir lo que pasó en su alma al verse separada de su primo, y los sucesos que ocurrieron después en Luca en seis eternos meses, más largos que toda la vida de un hombre.

Vamos, Fior d'Aliza, añadió dirigiéndose á la joven *sposa*, cuenta al señor lo que pensabas al tomar tal resolución. ¡Quién diría que ese hermoso niño es fruto de una noche en capilla!

La joven madre miró á su hijo y sonrió ante la imagen de tal recuerdo, al mismo tiempo que asomaba á sus mejillas un tinte de pudor. Después nos refirió lo que verán mis lectores, sin

acariciar sus hermosos cabellos y besar su casta frente.

¡Dios mío! Quédeme inmóvil como una estatua : en vez de los sedosos cabellos encontré su cabeza con el pelo cortado. ¡Creí que soñaba! pasé mi mano por su hombro y tenté el áspero roce del paño burdo de un colete como los que usan los *pifferari* de los Abruzzos; la llevé a su talle y percibí un cinturón de cuero con hebillas de latón.

LXIX

Lanzé un grito de sorpresa y de horror : su tía acudió y casi perdió el conocimiento ante el aspecto de Fior d'Aliza así desfigurada.

— ¡Desgraciada... qué has hecho! ¿Qué quieres hacer? exclamamos los dos á un tiempo. La pobre muchacha permaneció en silencio largo tiempo, ocultando su rostro con los blondos cabellos que acababa de cortarse.

— Habla, ¡qué has hecho! ¡Habla por Dios!

CAPITULO III

LXX

Pero lo que sigue, es necesario, señor, que lo cuente ella misma. Nadie mejor que ella puede referir lo que pasó en su alma al verse separada de su primo, y los sucesos que ocurrieron después en Luca en seis eternos meses, más largos que toda la vida de un hombre.

Vamos, Fior d'Aliza, añadió dirigiéndose á la joven *sposa*, cuenta al señor lo que pensabas al tomar tal resolución. ¡Quién diría que ese hermoso niño es fruto de una noche en capilla!

La joven madre miró á su hijo y sonrió ante la imagen de tal recuerdo, al mismo tiempo que asomaba á sus mejillas un tinte de pudor. Después nos refirió lo que verán mis lectores, sin

levantar los ojos una sola vez y como por obedecer al anciano.

La relación salía de su boca sin exclamaciones, sobriamente, con la mayor naturalidad. El crepúsculo comenzaba á asombrar el espacio y esta semioscuridad favorecía su timidez algo huraña.

El niño dormía sobre la blanca almohada, mientras que su madre nos contaba cómo había venido al mundo entre dos rocíos, uno de sangre y otro de lágrimas.

LXXI

— ¿Debo decir todo á este señor? preguntó Fior d'Aliza.

— Si, respondió su tía, cuenta todo lo que pasó: no es vergonzoso amarse con la virtud que vosotros lo habéis hecho.

LXXII

— Yo no sabía que estaba enamorada de Jerónimo, dijo Fior d'Aliza ruborizándose, ¿y cómo

podía saberlo? Nosotros no éramos dos, no éramos sino un solo ser en dos cuerpos, él y yo: éste era todo nuestro mundo. Para saber si se ama á una persona, es necesario comparar lo que se experimenta por ella con lo que hace sentir al alma cualquiera otra. Como jamás nos habíamos separado, ni soñado que pudiera suceder tal cosa, no podíamos saber qué cantidad de su corazón había en mi alma, ni cuánta del mío estaba en la de él. Ni tampoco cuánto faltaría inmediatamente de él en él y de mí en mí, si nos llegasen á separar. Ayúdeme, tía. No sé lo que estoy diciendo. Hago un embrollo con él y conmigo sin poder hacer comprensibles mis ideas. En fin, es como si mi corazón latiese en su pecho y el de él en el mío; pero no, no eran dos corazones, sino sólo uno en dos personas. De tal manera, añadió dirigiéndose á los ancianos, que ustedes creen que yo estoy sola con ustedes y se equivocan; él se halla completamente en mí, le veo, le siento, le oigo, le hablo. Lo mismo que sus guardianes, allá abajo, lo creen solo en el banco de su galera y no es verdad, pues yo estoy en él, tan presente como creen ustedes verme en la cabaña; así era, así es, y así será por toda la vida. A lo que parece el amor es un misterio.

Todo esto es para decir á ustedes que yo ni

siquiera sospechaba que amaba á Jerónimo, ni éste que me amaba de otro modo que como una hermana, antes del momento en que los esbirros llevándole á morir, nos demostraron que no podíamos respirar el uno sin el otro.

LXXIII

— Así, bien lo saben ustedes, jamás tuvimos dos voluntades. Cuando me decía : Vamos á este ó el otro sitio, yo iba; cuando yo le llamaba, venía por donde quiera que mi capricho me dirigía; jamás sabíamos quien había pensado primero en alguna cosa, pero siempre pensábamos lo mismo. En todos los actos de nuestra vida éramos siempre uno.

Así fué hasta que me acerqué á los catorce años.

Hasta entonces nuestras miradas se encontraban á cada instante sin turbarnos, como el rayo del sol no turba el agua de la gruta cuando la mira á través de los matorrales. Algunas veces nos mirábamos por broma hasta no poder más, pero este agua era también pura y los rayos de nuestras miradas no la enturbiaban.

LXXIV

No obstante, poco tiempo antes de los tristes sucesos referidos, comencé sin saber por qué á no ser tan buena, tan cariñosa ni estar tan contenta como de costumbre con el pobre muchacho. Evitaba su encuentro, temblaba cuando oía su voz ó sus pasos, me separaba lo menos posible de mi tía; á pesar de que me gustaba mucho más andar á su lado, me alejaba á los parajes más solitarios con mis cabras y fijando mis ojos en los arroyuelos, miraba sin ver, de día el agua transparente, de noche el cielo. Me alegraba de que ignorase dónde estaba escondida y sentía que no viniese á sorprenderme : algunas veces lloraba sin explicarme la causa ó reía sin motivo; una madeja de contradicciones, en fin. Cuando mi padre al notar mis rarezas se lamentaba, mi tía le decía : « No te inquietes, hermano, lo que tiene es natural. El pajarillo forma sus alas, el cordero sus dientes, el niño su corazón. » Y ambos se reían á hurtadillas.

LXXV

Pero Jerónimo, que no comprendía mi cambio, mi silencio, mi alejamiento de él, parecía también sufrir la misma enfermedad que yo. Contra mis deseos parecía más que evitaba encontrarse conmigo, que buscarme. No se atrevía á mirarme cara á cara ni con fijeza como antes; temblaba á mi contacto cuando por casualidad se encontraban nuestras manos echando las mazorcas de maíz en mi delantal. Hablábamos sólo lo indispensable, parecía que huíamos el uno del otro para buscarlos y que nos buscábamos para huir después.

Yo me decía; ¿acaso ya no le quiero? Pero, ¿qué me ha hecho para serme enojosa su presencia? Ó bien: ¿acaso no me quiere? Pero, ¿qué le he hecho yo para que me haya cogido aversión?

Por aquel tiempo, fué cuando me vestía á escondidas de mi tía, cuando por la primera vez fijé mis miradas en el pedazo de espejo engastado en la pared, y cuando al oír los elogios que hacían de mí los peregrinos, sentía el rubor asomarse á mis mejillas. No era por ellos, no, por

quien yo deseaba que mis cabellos brillaran como el oro al sol.

LXXVI

Sin embargo, Jerónimo no me quería mal; bien se conoció al lanzarse en mi socorro contra los esbirros. Francamente, gocé al ver que corría la sangre por mis brazos, porque aquellas municiones habían entrado también en su corazón.

Al día siguiente, al verle amarrado por los esbirros que lo arrastraban amenazándole con la muerte, comprendí pronto lo que sin tales sucesos hubieran pasado años en conocer. Sentí que mi corazón se iba con él.

No era una ilusión, sentía todo lo que refiero á usted. Salté medio desnuda del lecho, y me dije: Ó matarán á dos personas, ó yo le libraré de las manos de sus verdugos. Su ángel guardián había entrado en mí y tomado mi figura.

LXXVII

Mi tía y mi padre estaban por fuera de la puerta oyendo los pasos de los esbirros que se

llevaban á Jerónimo ; vestime en la oscuridad, pero, cuando me encontré medio vestida, con mis largos cabellos rizados, mal sujetos por mi alfiler de cabeza de clavo, con mi justillo, y mis pies en las chinelas que apenas me cubrían las uñas de los dedos, tuve miedo y pensé: « ¿Qué vas á hacer? Te recogerán en las calles de Luca confundiendo con las desgraciadas que hacen comercio de su cuerpo, y luego de nada podrás servirle. Sólo conseguirás deshonorar su nombre y el de tu madre. »

¡Dios mío! ¿Qué podía hacer? Dejé caer la cabeza sobre mi cama, que inundé con mis lágrimas.

De pronto se me ocurrió una idea.

LXXVIII

Sin detenerme á madurarla, quité de mi cuerpo el traje de mujer, corté mis cabellos que eché á puñados sobre la cama, abrí el cofre en el cual mi tía guardaba la ropa, polainas, zapatos, sombrero y cornamusa de su difunto marido y en un momento me transformé en uno de esos *pifferari* de los Abruzzos que recorren las ciudades

sin que nadie les pregunte á dónde van ni de dónde vienen.

Cuando jóvenes habíamos aprendido Jerónimo y yo á tocar la cornamusa, y yo me decidí á aprovecharme de esta circunstancia para ganar el pan que había de sustentarme hasta conseguir mi deseo, y quien sabe, pensé, si para algo más, pues los sonidos son más penetrantes que la vista; aquéllos atraviesan las paredes.

Disfrazada así, empujé suavemente la puerta, creyendo que mi padre y tía se hallarian lejos de ella ó dormidos y no se enterarian de mis designios

LXXIX

Pero ellos no dormían y estaban sentados en silencio al claro resplandor de las estrellas en el poyo que se halla al lado de la puerta.

El ruido del cerrojo hizo volver la cabeza á mi tía, la cual me reconoció y lanzó un grito de sorpresa y de desesperación que hizo dar á mi ciego padre sin saber por qué, el mismo grito de espanto.

¡Enteróle ella de que yo huía en traje de hombre!

Arrojáronse uno y otro con los brazos extendidos entre la puerta y el camino para retenerme y caí desmayada entre sus brazos.

Volviéronme á acostar en mi lecho en la cabaña, y cuando mi tía vió mis largos y hermosos cabellos cortados como el vellón de un cordero y arrojados á sus pies junto á la cama, dió tales gritos que despertaron las cornejas en las ramas del castaño.

Todo se lo dijo á mi padre.

— ¡Pero te has vuelto loca! exclamaron á la vez; ¿qué pretendías hacer destruyendo de ese modo tu cabellera y huyendo sin saber á dónde? Al abandonar á tu padre y á tu tía ¿sabes acaso á dónde han llevado los esbirros á tu primo? y ya que hemos perdido un hijo ¿quieres que vayamos á perder también el único que Dios nos ha dejado?

LXXX

— Dijeles entonces como se habla en el delirio de la fiebre, todo cuanto puede decirse cuando una ha perdido la razón y no escucha á los que

combaten su locura con razonamientos, caricias ó amenazas, que estaba decidida á realizar mi plan; que si Jerónimo debía morir, era preciso que yo muriese con él, porque sentía que nuestras vidas no eran más que una sola; que de todas maneras se verían privados de sus dos hijos; que si aun vivía, tendría necesidad de mí, y que si moría le sería agradable al menos encargarme para ellos de su último suspiro; que la Providencia era grande y que debía tenerse fe en ella.... En fin, que estaba resuelta á seguir mi resolución buena ó mala, asegurándoles que todas sus lágrimas, todos sus besos, todas sus palabras, nada conseguirían, y que si no me escapaba entonces, aprovecharía la primera ocasión, tal vez demasiado tarde para ser útil al pobre Jerónimo.

LXXXI

Al hablar así, luchaba por desasirme violentamente de los brazos de mi padre y de mi tía: sus sollozos y sus lágrimas debilitaban la resistencia que oponían á mis esfuerzos.

— Pues bien, pasarás por sobre mi cuerpo, exclamó mi padre, echándose ante la puerta.

Al ver á mi pobre padre ciego tendido en el

umbral de la puerta, que tenía que atravesar para correr al socorro de Jerónimo, me faltaron las fuerzas. Creí cometer un sacrilegio y caí á mi vez de rodillas enlazando mis brazos á su cuello. Por su parte mi tía se precipitó con los cabellos en desorden sobre nosotros, de modo que no formábamos los tres sino una sola masa viviente ó más bien moribunda, de la que partían sollozos y suspiros ahogados por reconvenciones y besos.

Hallábame vencida, señor, y pedía á Dios que me hiciese morir en aquel instante, á fin de evitarme la horrible elección de abandonar á mi padre y tía ó de abandonar á mi querido y desgraciado Jerónimo, cuando una voz que parecía venir del cielo, interrumpiendo de pronto el silencio de nuestros abrazos, dijo con tono de autoridad á mi padre y á mi tía.

« No resistáis á Dios, que habla por el corazón de los inocentes; dejad á Fior d'Aliza seguir las huellas de su hermano: la protección de Dios la acompañará tal vez entre la muchedumbre, como acompañó á Sara en el desierto. Parte, hija mía, que yo cuidaré de los que quedan. »

LXXXII

À estas palabras que nos hicieron estremecer, nos levantamos todos tres del suelo y vimos en pie delante de nosotros á nuestro único amigo en la tierra, el padre Hilario.

Puso éste en el suelo sus alforjas, más llenas de provisiones que de ordinario, sacó de ellas pan, *caccia cavallo*, un frasco de vino de Luca, y dijo á mis ancianos padres.

— No os cuidéis de como habréis de vivir durante la ausencia de estos muchachos, que yo os traeré todas las semanas lo necesario: la limosna es la cosecha de los abandonados y no hago sino devolveros lo que tantas veces me habéis dado en vuestros días de abundancia: si mendigase para mí sería un ladrón del trabajo de los hombres, pero mendigando para vosotros sólo seré una de las manos de Dios que recibe la limosna del corazón para llevarla á la boca.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

LXXXIII

1625 MONTERREY, MEXICO

Refiriéronse entonces en pocas palabras que el ruido de los tiros del día anterior en los castaños,

y las noticias del degüello de nuestro ganado, de mis heridas en los dos brazos, de la muerte del cabo de los esbirros y de la prisión de Jerónimo, había llegado hasta el Convento de boca en boca de los cabreros de San Stéphan; que al saber esta noticia había creído que tendríamos necesidad de consuelo, y había pedido permiso al Superior para acudir en nuestro auxilio y tomar en sus alforjas lo preciso á fin de socorrer á una pobre familia privada del único apoyo que atendía á sus necesidades.

Añadió que se había levantado mucho antes de amanecer, á fin de llegar á la cabaña al mismo tiempo que se despertase la luz en nuestros ojos y la desesperación en nuestros corazones.

Dijo, en fin, que oculto en silencio detrás de la puerta con la mano en el cerrojo, había oído mi resolución de seguir las huellas de Jerónimo como la sombra al cuerpo, y la resistencia de mi padre y de mi tía.

— Ese pensamiento, que es un pensamiento del corazón, dijo, hay que dejarsele realizar, porque cuando la razón no sabe ya qué aconsejar á los hombres en situaciones desesperadas, deben éstos oír la voz de su corazón, que á veces está más en lo cierto que todo razonamiento; déjenlo pues

hablar en el grito de esa niña y que vaya en gracia de Dios á donde su corazón la empuja.

LXXXIV

Mi padre y mi tía, cansados ya por la violencia de mi resolución y por la obstinación de mi idea, no se atrevieron á resistir á la voz del hermano limosnero, que estaban habituados á considerar como una voz del cielo.

Aprovechème de su vacilación para separarme nuevamente de sus brazos que me sujetaban con menos fuerza, y para lanzarme, sin reflexionar más, y sorda á sus gritos, por la senda que baja á la llanura.

LXXXV

Al principio descendí como un remolino de hojas que el viento del invierno larza de precipicio en precipicio, sin que otra idea que la de acercarme á Jerónimo ocupase mi pensamiento.

Luego, cuando dejé de oír los gritos de mi tía que me llamaba á la cabaña y llegué á la orilla de la llanura, en la cual los caminantes y los carros

de maiz comenzaban á levantar ruido y polvo por los caminos, me dejé caer más bien que sentarme á la orilla del sendero, en el sitio en que se une á los caminos reales, debajo del puente que sirve para pasar el barranco en el invierno.

Allí, sin que nadie pudiera verme, enjuagué mi frente y mis ojos bañados de sudor, descansé un poco y me puse á reflexionar, ¡ay! demasiado tarde, en lo que iba á hacer completamente sola y perdida en las calles de la gran ciudad, cuyas campanas y formidables murmullos oía ya elevarse en los aires con el sol de la mañana.

¡Oh! ¡cuán grande era mi miedo, Dios mío! La soledad, los murmullos ó el silencio de los sitios solitarios y hasta el rugido de las fieras en los bosques, nunca me han causado miedo; pero la muchedumbre de una ciudad donde todos miran á una; en donde nadie nos conoce, donde hasta Dios parece perdernos de vista en la confusión de la multitud; los rumores confusos y tumultuosos que salen, como choques de las hojas ó de las olas, de los hombres reunidos, yendo de aquí para allá sin hablarse, á donde su desconocido pensamiento los lleva, ¡oh! todo eso me ha hecho temblar y, sin saber por qué, creer que el hombre es más pérfido que la noche, más terrible que el mar de Liorna sobre la roca de Me-

loria, más amedrentador que los sombríos murmullos de los pinos en las tenebrosas montañas de Luca.

Pensé que no había de atreverme á salir de debajo del arco del puente, sobre el cual oía ya las pisadas de los aldeanos que llevaban uvas ó higos al mercado; y, sobre todo, que jamás tendría valor para pasar por delante de los guardas de las puertas y entrar en la ciudad.

Y cuando estés en ella, decía entre mí, ¿qué harás? ¿á dónde iras? ¿qué dirás? ¿Á quién te atreverás á preguntar á dónde han conducido á tu primo y en qué calabozo le encierran?

Y aunque te lo digan, ¿á quién te dirigirás para que te abra las puertas de hierro de su encierro? Y dado mismo que llegues á descubrirle y que te echés al pie de la torre para un día verlo salir para el suplicio y pedir que te maten á la vez que á él, ¿quién te dará de comer entretanto, ni dónde hallarás, sin tener siquiera un bayoco, un asilo para reposar tu cabeza?

XXXVI

Todo esto vino por primera vez á mi mente y sentí escalofríos, no obstante que era un hermoso

de maiz comenzaban á levantar ruido y polvo por los caminos, me dejé caer más bien que sentarme á la orilla del sendero, en el sitio en que se une á los caminos reales, debajo del puente que sirve para pasar el barranco en el invierno.

Allí, sin que nadie pudiera verme, enjuagué mi frente y mis ojos bañados de sudor, descansé un poco y me puse á reflexionar, ¡ay! demasiado tarde, en lo que iba á hacer completamente sola y perdida en las calles de la gran ciudad, cuyas campanas y formidables murmullos oía ya elevarse en los aires con el sol de la mañana.

¡Oh! ¡cuán grande era mi miedo, Dios mío! La soledad, los murmullos ó el silencio de los sitios solitarios y hasta el rugido de las fieras en los bosques, nunca me han causado miedo; pero la muchedumbre de una ciudad donde todos miran á una; en donde nadie nos conoce, donde hasta Dios parece perdernos de vista en la confusión de la multitud; los rumores confusos y tumultuosos que salen, como choques de las hojas ó de las olas, de los hombres reunidos, yendo de aquí para allá sin hablarse, á donde su desconocido pensamiento los lleva, ¡oh! todo eso me ha hecho temblar y, sin saber por qué, creer que el hombre es más pérfido que la noche, más terrible que el mar de Liorna sobre la roca de Me-

loria, más amedrentador que los sombríos murmullos de los pinos en las tenebrosas montañas de Luca.

Pensé que no había de atreverme á salir de debajo del arco del puente, sobre el cual oía ya las pisadas de los aldeanos que llevaban uvas ó higos al mercado; y, sobre todo, que jamás tendría valor para pasar por delante de los guardas de las puertas y entrar en la ciudad.

Y cuando estés en ella, decía entre mí, ¿qué harás? ¿á dónde iras? ¿qué dirás? ¿Á quién te atreverás á preguntar á dónde han conducido á tu primo y en qué calabozo le encierran?

Y aunque te lo digan, ¿á quién te dirigirás para que te abra las puertas de hierro de su encierro? Y dado mismo que llegues á descubrirle y que te echés al pie de la torre para un día verlo salir para el suplicio y pedir que te maten á la vez que á él, ¿quién te dará de comer entretanto, ni dónde hallarás, sin tener siquiera un bayoco, un asilo para reposar tu cabeza?

XXXVI

Todo esto vino por primera vez á mi mente y sentí escalofríos, no obstante que era un hermoso

día de otoño. Diéronme tentaciones de volver á la cabaña ó de quedarme allí sin dar un paso más, para morirme de hambre en el seco lecho del barranco.

Ignoro el tiempo que permanecí en aquella angustia, pero cuando volví en mí, los rayos del sol habían penetrado por debajo del arco hasta la mitad y calentaban la arena, que prestándome calor me devolvían al mismo tiempo el pensamiento y el ánimo.

« No hay otro remedio, me dije á mi misma; Jerónimo está en Luca: allí está, para vivir ó para morir, y allí debes estar tú para vivir ó morir lo más cerca de él que Dios te permita. Entra sin temblar en la ciudad. Al verte en ese traje y con la cornamusa debajo del brazo, todos te tomarán por el hijo de uno de esos *pifferari* que en la estación de la Virgen de Setiembre van á dar serenatas á las Madonas de las encrucijadas; y á las jóvenes prometidas, bajo los balcones indicados secretamente por los novios que les hacen la corte con el consentimiento de sus madres: las almas compasivas y generosas arrojarán algunos bayocos en mi sombrero, y con ellos tendré lo bastante para alimentarme de pan y de higos: las gradas de las iglesias ó los pórticos

de las Madonas me servirán de cama por la noche, abrigada bajo la pesada capa de mi tío » porque he olvidado decir, señor, que había hallado también en el cofre y llevado conmigo la capa de piel de cabra parda, que sirve de cama en el verano ó de manta en el invierno, á los *pifferari*.

« Viviendo así y hablando con uno y con otro, quizá algún alma caritativa llegará á decirme lo que ha sido de Jerónimo. Una desgracia como la suya debe hacer mucho ruido en el país, y cuando sepa dónde le han encerrado, bien sea en el calabozo ó en las galeras de *Serra-vezza*, acabaré con ayuda de Dios por hacer que él me vea ó me oiga. ¿Quién sabe si me dejarán hablarle y hasta sostener sus cadenas, para aliviarle en sus desgracias? Cuando sepa que su hermana sufre con él sufrirá la mitad menos, porque un alma toma más de la mitad de los males de otra sobre la tierra como en el purgatorio. Ser compadecido, ser sólo mirado por quien nos ama, nos quita de encima la mitad de las penas. Sigamos adelante y confiemos en el ángel de la *Biblia*, que daba de comer á los leones en la fosa de Daniel para que éstos no devorasen al inocente perseguido. »

LXXXVII

Hechas estas reflexiones cogí la cornamusa, la capa, y el palo de mi tío, y me aventuré á salir de debajo del arco del puente, teñido de rubor mi rostro, pero confortada al mismo tiempo.

Era mediodía: nadie pasaba en aquel momento por el camino á causa del excesivo calor que hacía.

Así que estuve sola en lo alto del puente, vi sobre el arco del centro un pilar labrado en forma de nicho, donde brillaba una Madona toda cubierta de oro y plata, de flores de papel y de polvo tras de su verja; sentíme inspirada, caí de rodillas ante ella y toqué un cántico de las montañas, á fin de interesarla por mi suerte, y principalmente por la de Jerónimo. Haciendo esto pensaba: sólo ella me ve y me oye y nadie me dará un pobre bayoco ó un triste *carlino* (otra moneda popular en esta parte de Italia); no voy por tanto á tocar para el mundo sino para ella sola, y me lo agradecerá más que si fuese por vanidad ó por interés.

LXXXVIII

Arrodilléme, pues, en el polvo del camino, sobre el primer escalón al pie de su nicho, henchí de aire el pellejo de cabra, vacío y mudo tanto tiempo hacía, que trasmite el viento al caramillo, de donde sale convertido en música según se tapen ó no con los dedos los agujeros de la flauta, y principié á tocar una pieza muy amorosa y devota que habíamos compuesto Jerónimo y yo en una hermosa tarde de verano, á la orilla del agua bajo la gruta del prado.

El canto salía de mis labios y del instrumento como el agua que corría cadenciosamente y en susurros melódicos del manantial oculto en el fondo de la cueva; luego se esparcía como el agua prisionera, en murmullos de paz y de contento entre los cañaverales; y por último, imitaba, acabando con cinco ó seis notas sueltas y argentinas, el ruido de las gotas de rocío que caen por momentos de las hojas mojadas por la pequeña cascada en el recipiente y que la hacen cantar también. Oyéndolo no se sabía si llorar ó reír, pues lo cierto es que cuando terminaba la estrofa se oía como un eco burlón, estribillo de notas insig-

nificantes, pero gratas al oído, que parecían burlarse ó por lo menos jugar con el motivo tierno y religioso del canto de la cornamusa: la idea de tal canto vago y juguetón al fin de nuestra religiosa plegaria nos vino al oír á los tirolese, que pasaban en peregrinación á San Stéphan de los camaldulenses, sus ritornelos en acentos que iban apagándose gradualmente. Nuestro padre y nuestra tía habian quedado admirados al oírnos tocarlo con las cornamusas.

— ¡Es gracioso! decían: esto da ganas de llorar al principio y casi hace reír al fin: es un aire de muchachos que no pueden estar serios mucho tiempo, pero cuya sonrisa se confunde con sus lágrimas como el rayo de sol con la lluvia de la mañana.

LXXXIX

Este fué el aire que me inspiró la presencia de la Madona del puente: nunca los sonidos de la cornamusa me habían parecido tan expresivos al tocarla mi padre, mi tío ó el mismo Jerónimo: parecíame que no era yo quien tocaba, sino un espíritu del cielo oculto en el pellejo que soplaba

las notas y movía los dedos sobre la caña de siete agujeros de la cornamusa.

Si fuese yo la Madona, pensaba mientras estaba tocando, creo que me sentiria lisonjeada y enternecida con este canto. Mezclaba á él los suspiros de mi corazón, al mismo tiempo que tocaba, y todo iba bien mientras que el aire de la estrofa era serio, devoto y tierno como mi idea; pero al fin, cuando tuve que tocar el ritornelo alegre, animado y saltador, como el pajarillo que canta ebrio de placer al borde de su nido sobre las ramas, ¡oh! entonces, señor, apenas pude acabar, á pesar de la disonancia que en semejante caso resultaría, y á pesar del miedo de lastimar así los oídos de la Madona. Acabé, sin embargo, pero el caramillo se escapó de mis dedos á la última nota de alegría que contrastaba con mi desesperación; las lágrimas me cortaron el aliento; la cornamusa se deshinchó bajo mi codo con un prolongado gemido falso como el de uno á quien se estrangula, y caí desmayada sobre el puente, sin mirar, sin ver, hasta que un carro tirado por cuatro bueyes, que conducía una boda de aldeanos, se paró delante de mí, según después me dijeron.

XC

No sé el tiempo que permaneci desmayada de dolor delante de las gradas de la capillita en medio del puente y ante el nicho de la Madona. Cuando volví en mí, me hallé tendida en el polvo del camino al lado del puente; pero una linda aldeana, en traje de fiesta, inclinando su gracioso rostro sobre el mío, me daba aire en la frente con su abanico de papel verde esmaltado con lentejuelas de oro, y me hacía respirar, á falta de agua de olor, un gran ramo de flores de azahar que llevaba en la mano como una desposada campesina. Era tan hermoso su rostro, tan bello su traje, que al abrir los ojos creí que por milagro había bajado la Madona de su nicho ó de su paraíso para asistirme; así fué que me persigné como delante del Santísimo Sacramento cuando lo eleva el sacerdote en la misa y lo hace adorar á los cristianos de la montaña, en medio de una nube de incienso y al resplandor del sol de la mañana que se refleja en el cáliz.

XCI

Mas luego conocí que me había equivocado, cuando un hermoso joven aldeano de Saltochio, su desposado ó su hermano, tomó un frasco de coco, suspendido de su chaqueta por una cadenilla de plata, lo destapó y aplicándolo á mis labios, deslizó algunas gotas en mi boca, para reanimarme y que me volviese la palabra.

Abri entonces los ojos enteramente, y vi en medio del puente delante de mí un magnífico carro de aldeanos ricos de la llanura del Cerchio, alrededor de Luca, cargado de buena gente, en trajes de boda y protegidos contra los rayos del sol por un magnífico toldo de lienzo azul, sembrado de ramilletes de claveles, amapolas y margaritas de los trigos, con hermosas espigas amarillas como el oro y de racimos de uvas maduras y con sus pámpanos como en visperas de la vendimia. Las macizas ruedas y barandas del carro estaban guarnecidas de festones de ramaje en flor: en el piso del carro, grande como esta cabaña, había sillas, bancos, colchones, almohadas, almohadones, sobre los cuales estaban sentados ó recostados, como reyes, primero los padres y las madres de

los desposados, los hermanos y las hermanas de las dos familias, luego los niños sobre las rodillas de las jóvenes madres, después las ancianas de plateados cabellos que movían la cabeza sonriendo al mirar á los jóvenes; toda esta gente se inclinaba con aire de curiosidad y de bondad hacia mí, para ver si el abanico de la hermosa desposada y las gotas de *rosoglio* de su *sposo* devolvían el aliento á mi boca y el color á mis mejillas.

Dos grandes bueyes blancos, tan lustrosos como el mármol de las estatuas que brillan en el muelle de Pisa, estaban uncidos al timón del carro: un boyero de quince años con su ajada en la mano, se hallaba en pie ante los corpulentos bueyes: sacudiales las moscas con una rama de sauce, y los cuernos relucientes de los animales y su yugo pulimentado, estaban enlazados con sarmientos de vid todavía verde, cuyos pámpanos y hojas barrían el polvo del camino hasta bajo las pezuñas enceradas de los bueyes. Éstos miraban á derecha é izquierda de medio lado, como preguntando por qué los habían detenido, y de vez en cuando lanzaban mugidos profundos, pero de gozo, como cornamusas vivientes que hubieran por sí mismas sonado una cantata de fiesta.

XCH

Esto vi delante de mis ojos al abrirlos á la luz.

Los desposados me habían recostado contra el parapeto del puente, á la sombra, y me miraban con aire compasivo: se veía bien que esperaban para interrogarme á que hablara yo la primera, pero no me atrevía siquiera á dirigir una mirada hacia aquella amable gente para manifestar mi agradecimiento.

— Esto es hambre, decía el desposado, y me ofrecía un pedazo de torta bendita que el cura de la aldea inmediata acababa de distribuir en la misa de boda; pero yo no tenía hambre y apartaba la cabeza rehusando su ofrecimiento.

— Es sed, decía el joven boyero trayéndome un poco de agua del Cerchio en una hoja de muguete.

— Es el sol, decía la bella *sposa*, y continuaba agitando más de prisa su gran abanico de boda sobre mis cabellos bañados en sudor.

¡Pobre de mí! no me atrevía á decirles que no era hambre, ni sed, ni calor, sino pesar. ¿Qué les habría importado mi pena cruzándose

à través de su alegría, como una ortiga en una guirnalda de rosas?

— ¿No es verdad que el calor y el cansancio son los que te han sorprendido en el camino, pobre niño, me dijo al fin la desposada, y que ya que la sombra del puente y el viento del abanico te han refrescado, te sientes mejor? Bien se ve en los frescos colores que han vuelto à teñir tus mejillas.

— Sí, *sposa*, respondí con voz tímida; ha sido efecto del calor, del largo camino, del polvo y de la fatiga de tocar tanto al mediodía delante de los nichos de las Madonas en el camino de Luca.

— Bien lo decía yo, repuso la joven volviéndose con aire de satisfacción hacia el desposado y hacia sus ancianos padres y jóvenes parientes que miraban conmovidos desde el carro.

— El muchacho está fatigado, dijeron todos, y es preciso hacerle sitio à la sombra del toldo dentro del carro. Pesa poco y los bueyes son fuertes y están bien alimentados: no hay miedo de que su peso les fatigue, y puesto que va à Luca y nosotros también, ¿qué nos cuesta dejarle bajo la bóveda del baluarte?

— Sube, muchacho, dijo la desposada: es una bendición de Dios hallar una ocasión de

ejercer la caridad à la puerta de la ciudad en un día de boda y de alegría, como es este hermoso día para nosotros.

— Sube, muchacho, dijo el desposado levantándose con sus robustos brazos y entregándose à su padre que estaba encima del carro y que me hizo pasar por encima de los adrales.

— Sube, joven pifferari, dijeron todos haciéndome sitio: no nos faltaba más que un ministril, de que carecemos en la aldea, que tocase la cornamusa delante del carro de boda al entrar en la ciudad y mientras paseamos por las calles à la vista de la muchedumbre gozosa, tú nos servirás luego que te hayas repuesto; y después, cuando haya caído la tarde, harás bailar à la reunión en casa de la madre de la desposada, si sabes *tarentelas* tan bien como tocatas religiosas.

Esto decían porque al acercarse al paso lento de los bueyes, habían oído las últimas notas de la letanía de dolor y de amor que tocaba sola delante del nicho del puente.

XCIII

Hiciéronme sitio en la parte delantera del carro junto á la lanza, y me pusieron sobre las rodillas unos pedazos de torta de maíz sembrada de anises, racimos de uvas, peras y naranjas. Procuré aparentar que comía por agradecimiento y por cortesía, pero los manjares se detenían entre mis dientes, y el jugo de las uvas, al refrescarme los lábios, no me alegraban el corazón; sin embargo, hacía como si tuviese hambre y demostraba contento para no entristecer la boda.

XCIV

Mientras que el carro caminaba al paso lento de los bueyes de las maremmas y que los dos desposados, sentados uno junto á otro bajo el toldo, hablaban en voz baja cogidos de las manos, el joven boyero, sentado cerca de mí sobre la clavija maestra de la lanza detrás de los bueyes, miraba con sencilla curiosidad mi cornamusa y me preguntaba quién me había enseñado en mis pocos años á sacar tocatas tan melodiosas de un

pedazo de madera sujeto al cuero de un animal.

Guardéme bien de decirle que había sido un joven primo mío llamado Jerónimo, allí cerca, en la montaña de Luca: no quería mentir, pero le dejaba comprender que era uno de esos *pifferari* de los Abruzzos, donde los niños vienen al mundo ya músicos instruídos, como los hijuelos de los ruiseñores salen del nido ya maestros en cantar por las noches y provistos de notas que nadie les ha enseñado.

Maravillábase el muchacho de que siete agujeros en una caña, abiertos ó cerrados al capricho de los dedos, causaran tanto placer al oído y dijeran tantas cosas al corazón, y se olvidaba de aguijar á sus bueyes que marchaban á su albedrío. Luego mostraba cierta alegría en referirme á su vez particularidades de la boda que conducía á la ciudad y de las personas que ocupaban detrás de nosotros el carro cubierto de tela, hojas y flores.

XCV

Ésta, me decía, la primera que os vió desmayado á orillas del camino, es la hija del rico labrador *Placidio de Buon Visi*, que tiene un

establo con diez bueyes como éstos, grandes terrenos plantados de álamos unidos entre sí por guirnaldas de pámpanos que se vendimian con escaleras, é interpolados de trecho en trecho con numerosas moreras de redondas copas, cuyas hojas cogen las muchachas en cestas, para alimento de los gusanos de seda. Somos siete muchachos en la granja; yo soy hermano del recién casado, el más joven de los varones; éste es nuestro padre, aquélla nuestra madre, esas muchachas son mis hermanas; aquellas dos mujeres dormidas en la trasera del carro son las dos abuelas, que han visto muchas bodas y muchos bautizos y muchos entierros en la familia, desde las mismas bodas de ellas: aquellos otros hombres, jóvenes y ancianos, y aquellas mujeres que llevan frascos en la mano ó juegan á la *murra* sobre el colchón, son los parientes de la aldea, de *Buon Visi*, tíos, tías, primos y primas nuestros: vienen con nosotros para acompañarnos y para regocijarse todo el día y toda la noche en nuestra compañía, para pasar el día de la boda en Luca en casa del *bargello* (el carcelero, oficial de policía, en las antiguas ciudades de Italia); porque es preciso que sepas que esa hermosa desposada, la *sposa* de mi hermano, no es ni más ni menos que la hija única del *bargello* de Luca:

nuestras familias están emparentadas hace muchos años, según dice nuestra abuela, y ella es la que de tiempo atrás vino concertando este casamiento, porque es madrina de la desposada, porque la muchacha será rica para nuestra clase, y porque los dos recién casados se amaban, á lo que ella dice, desde el día en que la hija del *bargello*, niña entonces, vino por la primera vez á casa de su madrina á asistir con nosotros á la vendimia y á pisar cantando los racimos en los lagares con sus hermosos pies blancos, coloreados entonces con la espuma del mosto.

¡Oh! muchos frascos vaciaremos esta tarde en la mesa del *bargello*, y sin embargo, no deja de ser singular que haya boda, festines, canto y baile en casa de un *bargello*, tan cerca de una cárcel donde se gime y se llora, porque la casa del *bargello* no es ni más ni menos que una dependencia de la cárcel del ducado en Luca, y de una á otra se va por un subterráneo abovedado y por un espacioso patio rodeado de calabozos, donde no se oye sino el ruido de los eslabones que encadenan á los presos á su reja, como mis bueyes á su dornajo cuando los encierro en el establo.

XCVI

La conversación del joven boyero que en un principio escuchaba con distracción y frialdad, me hizo de pronto estremecer, ruborizar y palidecer, cuando habló de cárcel, de carcelero, de calabozos y de presos, porque me asaltó inmediatamente la idea de que la casa en que iba á festejarse aquella boda de aldea era tal vez la misma en que habrían arrojado sobre la paja al pobre Jerónimo, y que acaso la Providencia me suministraría, por medio de mi desmayo de dolor sobre el camino y de aquel casual encuentro, una ocasión de tener noticias suyas, y quién sabe si hasta de acercarme á él.

— ¡Dios mío! dije entre mí, ¿habrá realizado la Madona del puente del Cerchio mis deseos por tan poca cosa? Y estrechaba sin que lo advirtiesen la cornamusa contra mi corazón, porque ella era la que tan bien había sonado la tocata que hacía poco había enternecido á la Virgen.

XCVII

Nada dejé sospechar del interés que para mí tenía las últimas palabras del boyero y continué interrogándole sin afectación para sacar, si podía, algún indicio ó alguna esperanza de lo que se escapaba de sus labios.

Mientras, los bueyes seguían andando y á través del polvo del camino principiaban á divisarse en el fondo del horizonte las moles grises de las murallas de Luca, coronadas de una negra fila de grandes tilos.

— ¿De modo que tu hermano, el desposado, le dije al boyero, es labrador y ayudaba á su padre en los trabajos del campo?

— ¡Oh, no!, repuso el muchacho; éramos bastante gente en la casa para cuidar los animales y para servir de mozos de labranza á mi padre: mi hermano mayor había entrado desde hace dos años como llavero de la cárcel en la casa del *bargello*: nuestra abuela lo había querido así para que su ahijada, la hija del *bargello* y su nieto, mi hermano, tuviesen ocasión de verse todos los días y de amarse; porque á ella se le había metido en la cabeza hacer ese casamiento,

XCVI

La conversación del joven boyero que en un principio escuchaba con distracción y frialdad, me hizo de pronto estremecer, ruborizar y palidecer, cuando habló de cárcel, de carcelero, de calabozos y de presos, porque me asaltó inmediatamente la idea de que la casa en que iba á festejarse aquella boda de aldea era tal vez la misma en que habrían arrojado sobre la paja al pobre Jerónimo, y que acaso la Providencia me suministraría, por medio de mi desmayo de dolor sobre el camino y de aquel casual encuentro, una ocasión de tener noticias suyas, y quién sabe si hasta de acercarme á él.

— ¡Dios mío! dije entre mí, ¿habrá realizado la Madona del puente del Cerchio mis deseos por tan poca cosa? Y estrechaba sin que lo advirtiesen la cornamusa contra mi corazón, porque ella era la que tan bien había sonado la tocata que hacía poco había enternecido á la Virgen.

XCVII

Nada dejé sospechar del interés que para mí tenía las últimas palabras del boyero y continué interrogándole sin afectación para sacar, si podía, algún indicio ó alguna esperanza de lo que se escapaba de sus labios.

Mientras, los bueyes seguían andando y á través del polvo del camino principiaban á divisarse en el fondo del horizonte las moles grises de las murallas de Luca, coronadas de una negra fila de grandes tilos.

— ¿De modo que tu hermano, el desposado, le dije al boyero, es labrador y ayudaba á su padre en los trabajos del campo?

— ¡Oh, no!, repuso el muchacho; éramos bastante gente en la casa para cuidar los animales y para servir de mozos de labranza á mi padre: mi hermano mayor había entrado desde hace dos años como llavero de la cárcel en la casa del *bargello*: nuestra abuela lo había querido así para que su ahijada, la hija del *bargello* y su nieto, mi hermano, tuviesen ocasión de verse todos los días y de amarse; porque á ella se le había metido en la cabeza hacer ese casamiento,

y las abuelas, que no les queda que hacer en la casa, ven de lejos y mejor que los demás. El ojo de las casas es la vejez, á lo que dicen : los jóvenes no son sino los pies y las manos.

XCVIII

— ¿Pero ahora, después de la boda, continuarán tu hermano y tu cuñada en esa cárcel en casa de los padres de la *sposa*?

— ¡Oh no!, contestó el muchacho; ellos se vuelven á casa, y nuestro padre, que empieza ya á fatigarse del arado, entregará á mi hermano, ya casado, el ganado y la labor; sólo se reserva los gusanos de seda, porque estos animalillos dejan más utilidad con menos trabajo. Hilan por sí solos con tal que les lleven cuatro veces al día las hojas de morera y se les cambie con frecuencia el verde mantel sobre la mesa como á jóvenes obreros delicados que prefieren el aseo á los manjares.

— ¿Y quién reemplazará á tu hermano, el llavero, en casa del *bargello*?

— ¡Ah! eso sí que no sé, dijo. ¡Ojalá fuera yo, porque dicen que es un bonito empleo, en el cual se gana honradamente la vida, y se pueden

prestar muchos servicios á las mujeres, madres é hijas de los infelices presos.

XCIX

Un relámpago cruzó por mi mente, y mi corazón latió como un pájaro que aletea para levantar el vuelo. ¡Misericordia! dije entre mí; si el *bargello* y su mujer que están ahí detrás de mí en el carro, no hubiesen encontrado todavía mozo para reemplazar á su yerno, y llegaran á fijar sus ojos en mí y á aceptarme como llavero en el puesto de su yerno! Mejor querría ese destino que el del duque de Luca en su palacio de mármol y oro.

Pero ésta era una idea descabellada y la deseché como una tentación del demonio; sin embargo, á pesar mío, procuré agradar á la desposada, á su madre y á su padre, que habían sido caritativos conmigo, mostrándoles más respeto que á los demás y me propuse sacar de mi cornamusa, cuando me rogaran que tocara, las sonatas que más les agradaba oír.

C

Así sucedió bien pronto, señor : llegábamos ya á las puertas de la ciudad. Es costumbre en Luca, cuando la boda es de aldeanos ricos y la familia respetada, que un músico, bien toque la cornamusa ó el violín, el oboe ó la pandereta, vaya en pie en la delantera del carro, tocando alboradas, marchas ó tarantelas alegres, en honor de los casados y de los asistentes.

— Nuestro ángel bueno nos ha favorecido mucho esta mañana, dijo la buena mujer del *bargello*, haciéndonos encontrar en el puente un joven músico de los Abruzzos, tal que no podríamos haber hallado ni por cincuenta carlinos otro tan hábil y complaciente en toda la ciudad de Luca, excepto entre los músicos de S. E. el Duque.

— Vamos, muchacho, dijeron todos ratificando lo que decía la buena mujer con una señal afirmativa, haz los honores á la desposada y á su familia, hincha la cornamusa y que se acuerden en Luca de la entrada de la hija del *bargello* y de Placidio.

CI

Obedeci y henchí la cornamusa buscando bajo mis trémulos dedos, las marchas del regreso de las peregrinaciones en las Maremmas, las canciones de partida de los segadores que van á Córcega por las barcas de Liorna, los himnos para las procesiones y los *Te Deum* en San Stéphano, las barcarolas de Venecia ó las tarantelas de la isla de Ischia, que tantas veces había yo tocado bajo los castaños los domingos por la tarde con Jerónimo, y que me parecían los más propios para regocijar la boda y detener á los transeuntes, aunque para esto no hacía falta la música.

La familia del *bargello* era muy querida entre los tenderos y recoveros de Luca, porque el *bargello*, encargado de las cárceles, á pesar de lo penoso de sus deberes, era bondadoso y equitativo y tenía, por su mismo empleo mil ocasiones de hacer favores á unos y á otros. ¿Quién no ha tenido alguna vez en su vida algo que ver con la justicia ó la policía? Conviene tener amigos en todas partes, hasta en la cárcel : ¿no es cierto, señor? Bien lo vi más tarde por mí misma en las galeras de Liorna. El que tiene la punta de la

cadena puede hacerla á su capricho pesada ó ligera. El *bargello* y su mujer tenían infame oficio, pero eran excelentes personas.

CII

Numerosos amigos que salían de tiendas y casas se apiñaban á la puerta de la ciudad para festejarlos : las ventanas estaban llenas de mozas y mozos que arrojaban claveles encarnados al paso de los bueyes, sobre el ministril y sobre el carro : todos íbamos cubiertos de flores, y la gente aplaudía gritando : ¡ Bravo, *pifferaro* !

Á cada nueva tocata que salía de bajo mis dedos con improvisadas variaciones, me sentía excitada; creo que excepto lo que toqué al pie de la Madona nunca lo había hecho con tanta precisión y soltura. Y es que hay una musa para los músicos, señor; y esta musa es la muchedumbre. Cuando se halla contenta, los músicos se sienten inspirados. Así es que yo fui superior á mí misma, estaba entusiasmada, loca; todos me ofrecían algo, unos un frasco de vino, otros una copa de *rosoglio*, ataban otros alelies á mi cornamusa ó cintas á mi ropilla para mostrarme su alegría.

Cuando llegamos á la tétrica puerta claveteada de hierro de la vivienda del *bargello*, muy inmediata á la enorme puerta de la cárcel y se pararon los bueyes, parecía yo una Madona de Loreto : desaparecía bajo de las cintas, coronas y ramilletes.

CIII

Con toda clase de miramientos, como si hubiese sido de la familia é invitada á la boda, me hicieron entrar en la casa y la mujer del *bargello*, su marido y los recién casados me convidaron cortesmente á beber y comer á su mesa al lado del joven boyero, su hermano, para que después de la comida de boda tocasse todas las tocatas de baile que me ocurriesen para que los convidados pasasen agradablemente la noche. No era esto fácil, porque mientras que mi cornamusa, animaba la fiesta, mi corazón latía acongojado. ¡ Ay! ¿ no sucede así en el oficio de los artistas? Su arte canta y su corazón brota sangre. En mí, señor, se daba un ejemplo de ello.

CIV

Una parte de la noche se pasó mitad comiendo y mitad bailando; los desposados parecían cansarse de la mesa y de la música, deseosos de volver á la casa que les esperaba en la aldea. La mujer del *bargello* procuraba en vano prolongar la velada para permanecer más tiempo al lado de su hija, y aparecía contenta aunque bien se veía que sufría por la próxima separación.

Pero en fin llegó la hora de partir; unció el boyero los animales al florido carro, hubo besos y abrazos en los escalones de la cárcel y la comitiva se marchó sin mí, por las sombrías calles de Luca, más triste de lo que había venido.

CV

— ¿Y tú, muchacho? me dijeron el *bargello* y su mujer : ¿dónde vas á dormir en esta gran ciudad con la lluvia que está cayendo y con el tiempo que hace? (durante el baile de la boda se había formado una gran tempestad de otoño).

— No lo sé, respondi, aparentando indife-

rencia, pero en realidad bien inquieta de lo que aquella buena gente pudiera contestarme. No lo sé, ni me da gran cuidado : sobran arcos desocupados delante de las casas y pórticos cubiertos delante de las iglesias de Luca : una losa para tenderse, la capa para arroparse y la cornamusa por almohada... ¿no es el único lecho y mueblaje de los pobres hijos de la montaña como yo? Agradezco mucho á ustedes el haberme alojado y dado de comer tan ricamente durante todo un día : Dios cuidará de proporcionarme abrigo por la noche.

Decía yo esto de dientes afuera, porque mi pensamiento era muy diferente y rogaba á mi ángel bueno que inspirase en favor mío al *bargello* y á su mujer.

CVI

Hablaban éstos á media voz en tanto que desarmaba yo mi cornamusa y doblaba mi capa como para marcharme. Tenían el aire indeciso de dos personas que se preguntan : « ¿lo hacemos ó no lo hacemos? » La mujer parecía decir « sí, » y el marido : « haz lo que quieras, que tal vez tu idea sea la buena. »

— Pues bien, exclamó de pronto la mujer enternecida, al paso que el marido apoyaba con una señal de cabeza lo que ella decía: pues bien, no, no se dirá que hemos dejado al raso por la noche en un día como éste, tan solemne para nosotros, al pobre músico que tanto ha alegrado hoy la casa. ¿A qué ir á buscar un abrigo bajo el pórtico de las iglesias con los vagabundos y mendigos, cuando tenemos allá arriba (y señaló á su marido la escalera tortuosa de una pequeña torre), el lecho vacío del llavero que se lleva nuestra hija á Saltochio?

— Es verdad, añadió el *bargello*. Sube esa escalera, muchacho, hasta el fin, y á la derecha encontrarás un cuartito con una claraboya por donde entra la luna hasta la cama del que es ya nuestro yerno, y dormirás bajo techado y en paz hasta mañana: antes de que te vayas á trabajar en tu oficio de músico por las calles y los caminos, ven á almorzar y hablaremos, porque talvez tengamos algo que decirte.

— Si, no faltes, hijo mío, añadió la buena mujer, que quizá tendremos algo que proponerte mi marido y yo, porque nos agrada tu cara de inocencia. Sería lástima que una bola de nieve fuese á rodar en el fango de los arroyos y á fun-

dirse en algún albañal por falta de una mano que la recoja todavía pura.

— Bien dicho, mujer, añadió el *bargello*; muchos ha habido en esta cárcel que nunca hubieran entrado en ella si hubiesen hallado algún alma compasiva en su camino.

CVII

La torre era elevada, estrecha, húmeda y agujereada á trechos por hendiduras en la gruesa pared, formando ojos para mirar la ciudad.

Era uno de esos miradores al aire libre que los antiguos señores de Luca ó jefes de facción, tales como el célebre *Castrucio Castracani*, hacían construir en punto elevado para dominar, según me dijo la mujer del *bargello*, los barrios de las facciones contrarias, y para ver más allá de las murallas de Luca si los pisanos ó los florentinos se acercaban á la ciudad. Los escalones eran estrechos, y los sólidos muros hubieran aplastado las balas de cañón. En lo más alto, en el sitio en que las golondrinas y cornejas fabrican sus nidos inaccesibles en cornisas y torrecillas, había una puertecita tan sumamente baja, que obligaba á encorvarse al que tenía que pasar por ella:

estaba cerrada con un cerrojo, grueso como el brazo de un hombre, y cubierta de cabezas de clavos, fríos como la nieve: se abría y se cerraba con un ruido lúgubre que resonaba de alto á bajo, hasta el pie de la escalera de la torre. Dicese que había servido en pasados tiempos para tener encerrado en aquel último piso de la torre á un prisionero de Estado á quien se había querido privar de la vida sin ruido en aquel sepulcro en medio del aire, y que los goznes y cerrojos de la puerta conservaban el eco de sus gemidos.

También el viento gemía, semejando desesperadas voces, á través de las buardas y troneras.

Aquella torre del *bargello* dicen que formaba parte en otra época, de un palacio de una rama extinguida de los señores de Luca: habíasela convertido después en prisión de Estado y más tarde en cárcel para los reos comunes. Separaba la casa del *bargello* del pequeño patio estrecho y profundo de la cárcel, del cual recibían la luz los enrejados calabozos de los presos.

CVIII

Descorrí el cerrojo, empujé la puerta y entré temblando en un cuartito de bajo techo abovedado,

en el cual se abría una gran tronera que un triple enrejado de hierro separaba del cielo: el viento que salió de la habitación cuando abrí la puerta y unos murciélagos que batieron sus alas contra las paredes, estuvieron á punto de apagar la luz que llevaba en la mano izquierda para alumbrarme hasta la cama.

Pronto se examinaba el cuarto y su ajuar: no había sino una bóveda de piedra blanqueada con cal como las paredes, una cama muy limpia, un cántaro de cobre lleno de agua clara y una silla de madera en que el llavero ponía, al acostarse, su ropa y el manojo de llaves.

Arrodilléme primero ante una imagen de San Stéphano, el santo patrón de nuestras montañas, que se hallaba colgada en la pared: protector inesperado que encontraba en mi abandono. « Tú me socorrerás, le dije, tú tendrás compasión de esta infeliz nacida y criada á la sombra de tu convento. »

Dije mis oraciones y en seguida me acosté vestida en la cama, cubriéndome con mi capa; y á mi lado puse mi pobre cornamusa fatigada, como si fuera un compañero viviente de mi soledad y de mi miseria.

Intenté dormir, pero no pude; cuanto más cerraba mis párpados más personas y cosas veía

dentro de mi misma que me causaban pesar en el corazón y aturdimiento en la cabeza; los esbirros saliendo de entre los árboles y disparando cruelmente, á pesar de mis gritos, contra mi perro y mi pobre ganado; Jerónimo disparando á su vez contra los esbirros; el esbirro muerto al pie del árbol; Jerónimo sorprendido y encadenado, conducido por ellos al suplicio; mi padre ciego y mi tía desesperada extendiendo sus brazos en la noche para detenerle y no deteniendo más que su sombra; jueces, y un cadáver tendido delante de ellos; soldados cargando sus carabinas en un cementerio, en el que una fosa abierta de antemano esperaba á un asesino condenado á muerte; luego dos ancianos espirando de miseria y de hambre al lado de su pobre perro herido en nuestra choza de la montaña; finalmente arroyos de lágrimas sobre manchas de sangre que anegaban todas mis ideas en un diluvio de angustias.

¿Cómo era posible dormir, presa mi imaginación de tales pensamientos? Lo que hice fué abrir los ojos y rezar y llorar toda la noche al pie de la cama, con mi frente sobre la cornamusa y las manos pegadas á mi abrasada frente. Así permaneci hasta que un ruido singular, que por primera vez llegaba á mi oído, subió del fondo del patio de la cárcel á la tronera que me servía de ventana, y me

hizo ponerme en pie con sobresalto, como cuando se sale de una pesadilla.

CIX

Parecía ruido de cadenas como si las removiesen en un granero ó en una cueva, el choque de gruesos eslabones de metal contra las losas de piedra, roce de cadenas contra las paredes de un calabozo, y de vez en cuando los sordos gemidos de presos que revolcándose sobre paja y buscando el sueño como yo, no podían hallar sino el insomnio con sus remordimientos, pensamientos y lágrimas.

CX

Después de escuchar un momento y tratar de ver el patio de alto á bajo á través de los triples barrotes de las rejas entrelazados á manera de serpientes que se ahogan abrazándose; oí cada vez más distintamente los sacudimientos de las cadenas remachadas á los anillos de hierro, que en vano se esfuerzan los presos en querer arrancar de la pared.

Una idea se me ocurrió de pronto. ¡Si fuese él! ¡Si fuese el pobre Jerónimo que los jueces hubiesen ya sumergido en la cárcel de Luca antes de saber si era culpable ó si sólo había obrado en defensa de su familia.

¡Dios mío! Esta idea me impresionó aun más que los acontecimientos del día del tiro y caí exánime al pie de la reja. El frío de las losas me reanimó y me levanté para oír más todavía, pero la misma atención que ponía creo que me lo impidió y sólo llegaba hasta mí como un zumbido confuso semejante al que produce el viento huracanado á través de los abetos, cuando la tempestad comienza á levantarse de lejos en el mar de las maremmas y sube á la cúspide de nuestras montañas.

CXI

¡Dios mío, decía entre mí, si fuese él, si Dios nos hubiese reunido así desde el segundo día para socorrernos, ó para que al menos muriésemos juntos víctimas de la misma muerte!

Pero es imposible, pensaba, ¿y qué medio tendría de asegurarme? ¿Cómo saber si es él el que se atormenta allá abajo en la mansión de las

fieras? ¿Cómo hacerle comprender sin vendernos uno á otro al oído de los otros presos ó del *bargello*, que estoy aquí, muy cerca de él, buscando los medios de aliviarle?

Mi voz no llegaría á esas profundidades; la suya no subiría hasta estas alturas; y luego, si quisiéramos hablarnos, todo el mundo oiría lo que nos dijésemos, y el *bargello* y su mujer, tan buenos conmigo, porque no me conocen, no dejarían de propalar quién soy y de arrojarme de su casa como una mujer perdida y mal disfrazada, que intriga para unirse con su amante ó con su cómplice.

Y de nuevo lloraba en silencio ante la tronera, por la que ya no entraba sino la sombra y el silencio de la noche. Únicamente los mochuelos batían allí sus alas, lanzando de vez en cuando chillidos como de niños al despertarse.

No sé si me creerá usted, señor, pero le aseguro que les tenía envidia; sí, hubiera querido ser ave nocturna para poder desplegar mis alas sobre aquel abismo y lanzar en libertad mis gritos en aquel silencio.

CXII

Caminando de un lado para otro en la reducida habitación, puse sin saber como el pie sobre la cornamusa, que se había escurrido de la cama al suelo, en el momento en que me levanté sobresaltada al oír el ruido que subía del patio.

No estaba aún la cornamusa enteramente deshinchada, y dió bajo mi pie un sonido, ni alegre, ni triste, pero claro y penetrante, parecido á la reconvención de un perro á quien por descuido se pisa.

Aquel sonido me entristeció el corazón, pero me inspiró al punto una idea que no me hubiera ocurrido jamás sin él. Alcé la cornamusa con pesar y ternura como si le hubiese causado un mal voluntario hollándola con mi pie, la besé, la estreché bajo mi brazo como á una persona que vive y que siente, y le dije llorando: « ¿Quieres servir á los que te han hecho? Tú que has procurado la subsistencia al padre, sé la salvación de su infortunada hija. »

Hubiérase dicho que la cornamusa me entendía, pues se hinchó como por sí misma al primer mo-

vimiento de mi brazo y el tubo se halló bajo mis dedos, sin que pensara yo en ello.

Acerqueme á la ventanilla abierta y dije entre mí: — Allí donde mi voz no llegaría jamás ó no podría llegar sin descubrir quien soy á los oídos del *bargello* y de sus presos, llegará la aguda voz de la cornamusa, y hará pensar á Jerónimo, si efectivamente está aquí y reconoce la tocata que él y yo hemos inventado y tocado solos: « ¡Es Fior d'Aliza, no puede ser otra! Velan, pues, por ti allá arriba en la torre ó en alguna estrella del cielo. »

CXIII

Con esta idea, señor, me puse á preludiar dulcemente algunas notas, y luego callé como para decir á los que no dormían: « Fijad la atención, que aquí hay un *pifferaro* que va á dar una alborada á alguna Madona ó á algún santo de la capilla de la cárcel. »

Pero ¡quía! no fué así; no toqué alborada, letanía, ni serenata, que otros músicos ambulantes podían tocar tan bien como nosotros y que nada habrían dicho á Jerónimo.

Hice por recordar precisamente la tocata que

CXII

Caminando de un lado para otro en la reducida habitación, puse sin saber como el pie sobre la cornamusa, que se había escurrido de la cama al suelo, en el momento en que me levanté sobresaltada al oír el ruido que subía del patio.

No estaba aún la cornamusa enteramente deshinchada, y dió bajo mi pie un sonido, ni alegre, ni triste, pero claro y penetrante, parecido á la reconvención de un perro á quien por descuido se pisa.

Aquel sonido me entristeció el corazón, pero me inspiró al punto una idea que no me hubiera ocurrido jamás sin él. Alcé la cornamusa con pesar y ternura como si le hubiese causado un mal voluntario hollándola con mi pie, la besé, la estreché bajo mi brazo como á una persona que vive y que siente, y le dije llorando: « ¿Quieres servir á los que te han hecho? Tú que has procurado la subsistencia al padre, sé la salvación de su infortunada hija. »

Hubiérase dicho que la cornamusa me entendía, pues se hinchó como por sí misma al primer mo-

vimiento de mi brazo y el tubo se halló bajo mis dedos, sin que pensara yo en ello.

Acerqueme á la ventanilla abierta y dije entre mí: — Allí donde mi voz no llegaría jamás ó no podría llegar sin descubrir quien soy á los oídos del *bargello* y de sus presos, llegará la aguda voz de la cornamusa, y hará pensar á Jerónimo, si efectivamente está aquí y reconoce la tocata que él y yo hemos inventado y tocado solos: « ¡Es Fior d'Aliza, no puede ser otra! Velan, pues, por ti allá arriba en la torre ó en alguna estrella del cielo. »

CXIII

Con esta idea, señor, me puse á preludiar dulcemente algunas notas, y luego callé como para decir á los que no dormían: « Fijad la atención, que aquí hay un *pifferaro* que va á dar una alborada á alguna Madona ó á algún santo de la capilla de la cárcel. »

Pero ¡quía! no fué así; no toqué alborada, letanía, ni serenata, que otros músicos ambulantes podían tocar tan bien como nosotros y que nada habrían dicho á Jerónimo.

Hice por recordar precisamente la tocata que

Jerónimo y yo habíamos compuesto juntos, poco a poco, nota tras nota, en nuestras tardes de verano bajo la gruta, y que imitaba unas veces el arrullo de las palomas en primavera sobre las ramas, otras los murmullos argentinos de las gotas de agua que caen de la canal en la cavidad de la roca, otras los suaves quejidos del viento que pasa por entre las hojas de los juncos de la fuente, cortantes como el filo de la hoz de mi padre, otras el ruido de los rápidos vuelos de las parejas de mirlos azules cuando se levantan de repente de los chaparrales con chillidos vivos y precipitados, para ir á posarse sobre el nido en el cual callan para que no pueda ya descubrirseles bajo las ramas.

La tocata concluía y volvía á comenzar con cinco ó seis ligeros suspiros, unos tristes y otros alegres, de modo que esto, que nada absolutamente parecía significar, hacía meditar, llorar y callarse como en la adoración del Santo Sacramento por la tarde, después de las letanías, en San Stéphan, cuando el órgano llena de alegres sonidos el espacio.

CXIV

Ya pueden ustedes figurarse si tocaría bien aquella noche la composición de *Fior d'Aliza y de Jerónimo*, pues con este nombre la habíamos bautizado.

Mi padre y tía también la llamaban así, cuando nos decían á uno de los dos: «tocad, para que la oigan las cabras, la tocata que compusisteis.» Los cabritos brincaban de placer en la hierba y dejaban de ramonear quedándose con la cabeza vuelta hacia nosotros para escuchar. ¡Pobres animales!

Toqué, pues, aquella sonata con tan buena memoria, como si acabásemos de componerla en la cárcel, y con tanta emoción como si nuestra vida ó nuestra muerte hubiese dependido de una nota olvidada en los agujeros del instrumento. Procuraba lanzar el sonido cuanto podía por la ventanilla para que descendiese hasta las profundidades del patio, y que no cayese ni siquiera una nota que no fuese recogida por el oído para el cual yo tocaba.

Deteníame de vez en cuando un momento para escuchar si el aire corría bien entre los muros

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

que hacían del patio una especie de abismo de rocas, y para inquirir si algún otro ruido que el del eco de las notas revelaba la respiración de algún hombre en medio de aquel silencio: luego, no oyendo sino el viento de la noche silbando en el abismo, volvía de nuevo á agitar el aire con mi tocata. Cuando llegué á la especie de estribillo de suspiros entrecortados, alegres y tristes con que terminaba, dejando el alma indecisa entre la vida y la muerte, fui reteniendo el movimiento del aire y lancé esos tres ó cuatro suspiros de la cornamusa, separados por largos intervalos, como una joven arroja desde su balcón una á una, ya una flor blanca desprendida de su ramillete, ya una flor de color, y se inclina para verlas caer en la calle y cuál es la primera que lo hace sobre la cabeza de su amante.

CXV

— ¡Excelente poetisa hubiera usted sido! exclame, al oír á aquella joven aldeana valerse sencillamente de imagen tan bellísima para expresar su inexplicable ansiedad de amante y de música, tocando sin saber si sus notas se perdían ó caían en el corazón de su amante.

— No se burle, señor; digo lo que he visto tantas veces en las calles de Luca ó de Liorna, cuando un amante hace que los *pifferari* den una serenata á su novia.

— Y bien, repuse; luego que terminó la tocata ¿qué oyó usted, pobre abandonada?

— ¡Ay! nada, señor, nada absolutamente durante un momento que fué para mí un siglo de angustias. Y sin embargo, durante aquel momento, que pareció tan largo á mi alma, no tuve siquiera tiempo de recobrar mi respiración. Pero no es la respiración la que mide el tiempo cuando se sufre y se espera, sino el corazón; el tiempo ya no existe, lo que existe es la eternidad.

CXVI

— ¡Qué filósofa! ¡una pobre joven que no sabe leer! dije, esta vez en mi interior, para no interrumpir su interesante historia.

Fior d'Aliza no se percibió siquiera de mi reflexión, entregada como estaba á la emoción que aquellos recuerdos le causaban.

— Anonadada por aquel silencio, única contestación á la pieza que acababa de tocar á la ventura para interrogar la profundidad de los

calabozos, ó para avisar á Jerónimo, si estaba allí, que Fior d'Aliza estaba allí también acordándose de él en su desgracia, dejé caer al suelo la cornamusa y caí yo misma desalentada al pie del ventanillo con los brazos enlazados á las barras de hierro, sin sentir siquiera el frío de ellas.

Pero en el momento en que mis rodillas tocaban el suelo, llegó hasta mí un pesado ruido de cadenas; y una débil voz, como la de un minero que habla á los que están fuera de la mina desde el fondo de un pozo, hizo oír distintamente, aunque muy por lo bajo, estas palabras separadas por largos intervalos: « *Fior d'Aliza, ¿sei tu?* » (¿Eres tú, Fior d'Aliza?)

¡Ángeles del cielo! Era él: la cornamusa había hecho el milagro de descubrirme su calabozo. Por toda respuesta cogí del suelo el instrumento, y toqué por segunda vez la tocata de Jerónimo y de Fior d'Aliza, pero con un compás más vivo, más animado, más alegre, con dedos que tenían fiebre y que comunicaban á los sonidos el delirio de mi contento por haber descubierto á mi primo.

CXVII

Así que concluí presté atención nuevamente, pero el día principiaba á deslizarse de lo alto de la torre en el patio oscuro: ruidos de puertas de hierro y de cerrojos que se abrían intimidaban sin duda al prisionero, pero en el fondo de su calabozo hacía chocar él mismo de intento sus cadenas unas contra otras, como para darme á entender, ya que no podía decírmelo con palabras: « Yo soy Jerónimo y estoy aquí entre cadenas. » La cornamusa había servido para ponernos en comunicación.

Pero ¡ay! tía mía: ¿de qué me servía haber descubierto donde estaba y haberle enviado desde lo alto de la torre un recuerdo de su familia de la montaña, si no tenía medio alguno para acercarme á él, consolarle, defenderle y salvarle de los esbirros sus enemigos, sin duda empeñados en su muerte?

CXVIII

Postréme, no obstante, de rodillas para dar gracias á Dios de haber al menos podido oír el

ruido de sus cadenas: todo mi temor era que me alejasen en seguida del asilo que la casualidad me había proporcionado la vispera: me habría considerado feliz con ser una de las piedras incrustadas en la muralla, á fin de que no pudiesen nunca arrancarme de su lado. ¿Pero qué iba á ser de mí cuando despertasen el *bargello* y su mujer?

En el momento en que estos pesares del corazón agitaban mi pensamiento, arrodillada delante de mi cama, con las manos en la muda cornamusa y el rostro bañado en lágrimas, sepultado en la piel de la capa, se abrió sin ruido la puerta del cuarto, como si la mano de un ángel la hubiera empujado y entró la mujer del *bargello*.

Al encontrarme vestida desde tan temprano y haciendo tan devotamente mi oración (así lo creyó al menos), la buena mujer concibió, según después me dijo, mejor idea del pequeño *pifferaro* y más viva compasión por mi aislamiento en la gran ciudad de Luca.

Púseme en pie presa de la mayor confusión, y temblando de que aquella mujer viniera á quejarse de la música con que sin duda había turbado el sueño de los presos. Traté de buscar en mi pensamiento alguna respuesta que darle y bajé los ojos por temor de que leyese en ellos mi delito.

CXIX

Pero al contrario de lo que yo esperaba, ni siquiera me habio de la música nocturna, creyendo sin duda que había estudiado una tocata para la novena de *Montenero*, peregrinación de marineros de la ciudad de Liorna, y con voz dulce y afable me preguntó qué pensaba hacer luego que saliese de su casa, si tenía padres, ó alguna cuadrilla de *pifferari* ambulante que me recogiese en Prato, en Pisa ó en Sienna, para conducirme á los Abruzzos, de donde parecía que había yo bajado con mi cornamusa.

— No, le dije, mi padre está ciego y mi madre ha muerto (y desgraciadamente decia verdad); no pertenezco á ninguna cuadrilla de músicos de los Abruzzos ó de las Maremmas, y procuro ganar por mi solo, de un modo ó de otro, pan para mi padre, y para mi tía que no puede abandonar la casa en que cuida á su hermano.

CXX

Muy cierto era todo esto. Pero callaba el nombre de mi pais, el motivo que me había he-

cho disfrazar de hombre, y la muerte del esbirro que había ocasionado el encarcelamiento de mi primo.

La buena mujer, por creerme realmente de los Abruzzos, nada me preguntó particularmente de mi país.

— ¿No preferirías, pobre niño, continuó diciéndome, entrar á servir en casa de unas buenas gentes, á vagar así por los caminos á riesgo de perder tu alma vendiendo tu aliento á los ociosos de las encrucijadas?

— ¡Ya lo creo que lo preferiría! respondí poniéndome encarnada ante la idea de que iba á proponerme el empleo que el yerno acababa de dejar, y pensando que así en todas ocasiones podría ver, oír y servir á mi Jerónimo.

— Pues bien, me dijo la mujer aun con más amabilidad y como si hablara á un hijo ¿tendrías repugnancia en servirnos á nosotros, porque somos carceleros de la cárcel del ducado, y porque el mundo desprecia, con injusticia en ocasiones, á los que llevan el manojo de llaves al cinto para abrir ó cerrar las puertas de los malhechores ó de los inocentes?

— ¡Oh! de ninguna manera, exclamé aprobando su idea; yo no creo que sea deshonesto servir buenas gentes como usted y el señor bar-

gello parecen ser. Un carcelero no es un verdugo; es un centinela que puede ejecutar con rudeza ó con compasión la consigna del Duque nuestro señor. No sentiré repugnancia en ver desgraciados, sobre todo, si, no faltando á mis deberes, pudiera aliviarlos de una parte de sus penas. Cuando estaba yo en casa de mis padres, no quería menos á mis cabras y á mis ovejas porque las abriese la puerta del establo por la mañana y se la cerrase después de recogerlas por la noche. Disponed, pues, de mí, como mejor os convenga, que obedeceré fielmente vuestras órdenes como si fuese vuestro hijo.

CXXI

— ¿Y el salario? me dijo la mujer, contenta de ver que aceptaba su idea: ¿cuántos escudos de Luca quieres al año, además de tu alojamiento, alimento y vestidos, de que queda á nuestro cargo proveerte?

— ¡Por salario me darán el que ustedes crean honradamente que puedo ganar, cuando hayan visto para lo que puedo servir; con tal que mi padre y mi tía tengan un pedazo de pan además del que yo he de comer, quedo satisfecho.

— Pues está dicho, dijo ella con demostraciones de alegría: baja conmigo al postigo, donde te espera mi marido para enseñarte el oficio, y deja tu palo, capotey cornamusa en el cuarto: necesitas ya otro traje y otras maneras. Pero tu rostro, añadió riendo y pasándome la mano por la mejilla para apartar á un lado los rubios rizos, es demasiado suave para rostro de un llavero: será preciso que te hagas, no malo, pero si grave y severo: veamos, pon un gesto algo avinagrado.

— No tenga usted cuidado, señora, le contesté pálida de emoción, no reiré al cumplir con mi obligación: no siento ganas de reir cuando veo la pena de otro, y además nunca he sido risueño, ni aun tocando para los que rien las piezas festivas.

CXXII

Conversando así bajamos lentamente la escalera mal iluminada por enrejadas hendiduras, que daban unas al patio y otras á la hermosa campiña de Luca.

— Aquí tienes á tu llavero, dijo sonriendo á su marido que se hallaba, sentado entre dos postigos al pie de la escalera, delante de una gran

mesa cargada de papeles y de manojos de llaves: relucientes como la plata á fuerza de girar en las cerraduras.

El *bargello* miraba tan pronto á su mujer con aire de gozo, tan pronto á mí, que no podía ocultar los colores que me salían á la cara, con aire de duda.

— Esa cara no infundirá mucho miedo á mis presos, dijo sonriéndose: pero después de todo, nosotros estamos encargados de custodiarlos y no de asustarlos. Muchos inocentes se hallan entre ellos, y no hay que alargales su pedazo de pan y su vaso de agua en la punta de una barra de hierro: bastante amargo es sin eso el pan de la cárcel: ven, hijo mio, para que sepas lo que has de hacer todos los días.

Diciendo esto se levantó, sacó un manajo de llaves de un armario de hierro del cual llevaba él la llave colgada de un botón, y llamó con voz fuerte á un muchacho que iba y venía en una gran cocina al lado del postigo.

— ¡Vamos, *piccinino* (pequeñito)! le dijo: ya es la hora de que almuercen los presos: coge tu cesto y sigueme para que les llesves su *proceda* (viveres).

CXXIII

El *piccinino*, que ya tenía preparadas las raciones de pedazos de pan, *prosciutto* (especie de jamón) y *caccia cavallo* en un gran cesto, echó mano de éste y con la mano que le quedaba libre de un cántaro de agua mayor que él, salió de la cocina y echó á andar detrás del *bargello* y de mí hacia la claveteada puerta del patio de los presos. Llegábase á ella desde la habitación del *bargello* por un ancho pasadizo subterráneo, donde resonaban las pisadas como los truenos bajo nuestros bosques de abetos.

CAPÍTULO IV

CXXIV

Descorrió cerrojos el *bargello*, hizo girar llaves enormes en sus cerraduras, y enseñándome cómo había de hacer para abrir la pequeña puerta hecha en la grande y cómo la había de cerrar antes de entrar en el patio para precaver cualquier sorpresa, nos hallamos en el patio.

Era éste una especie de claustro formado de arcos bajos alrededor de un patio empedrado en el cual no había más que un pozo y á su lado un gran pino; cinco ó seis parejas de hermosas palomas azules se arrullaban á orillas del pozo, como si la suerte hubiese querido por burla ofrecer aquella imagen de amor y de libertad en medio de las víctimas del cautiverio y del odio.

Bajo cada uno de los arcos que cercaban el patio se abría una gran ventana en forma de lumbre, semicircular por la parte superior, recta

CXXIII

El *piccinino*, que ya tenía preparadas las raciones de pedazos de pan, *prosciutto* (especie de jamón) y *caccia cavallo* en un gran cesto, echó mano de éste y con la mano que le quedaba libre de un cántaro de agua mayor que él, salió de la cocina y echó á andar detrás del *bargello* y de mí hacia la claveteada puerta del patio de los presos. Llegábase á ella desde la habitación del *bargello* por un ancho pasadizo subterráneo, donde resonaban las pisadas como los truenos bajo nuestros bosques de abetos.

CAPÍTULO IV

CXXIV

Descorrió cerrojos el *bargello*, hizo girar llaves enormes en sus cerraduras, y enseñándome cómo había de hacer para abrir la pequeña puerta hecha en la grande y cómo la había de cerrar antes de entrar en el patio para precaver cualquier sorpresa, nos hallamos en el patio.

Era éste una especie de claustro formado de arcos bajos alrededor de un patio empedrado en el cual no había más que un pozo y á su lado un gran pino; cinco ó seis parejas de hermosas palomas azules se arrullaban á orillas del pozo, como si la suerte hubiese querido por burla ofrecer aquella imagen de amor y de libertad en medio de las víctimas del cautiverio y del odio.

Bajo cada uno de los arcos que cercaban el patio se abría una gran ventana en forma de lumbrera, semicircular por la parte superior, recta

por la inferior, cerrada de abajo arriba y de uno á otro lado por barras de hierro que se engastaban unas en otras cada vez que se encontraban de alto á bajo ó de izquierda á derecha, de modo que formaban un enrejado de pequeños cuadrados á través de los cuales podían pasar las manos, pero no la cabeza. Cada uno de esos calabozos era la mansión de un preso ó de una familia de presos. La pared inferior en que se introducía la reja, servía para apoyar los codos durante el día á fin de respirar y contemplar el pozo y las palomas, ó para hablar con los presos de los calabozos que quedaban enfrente.

CXXV

Algunos de los presos estaban sueltos en sus calabozos y podían dar cuatro ó cinco pasos de un extremo á otro; los más criminales se hallaban sujetos con cadenas á las argollas incrustadas en la pared. En las oscuras mazmorras sólo se percibía un cántaro de agua y un montón de paja semejante al que ponemos en el establo para que se echen las cabras. El piso de los calabozos era inclinado y comunicaba con las cloacas para limpiarlo todos los días.

Comían sin mesa ni mantel, y pasaban el tiempo, unas veces silenciosos y pensativos, otras hablando, silbando ó cantando.

Cuando se les llevaba la comida se les hacía retirar al fondo del calabozo lo mismo que se hace con los leones ó tigres en las casas de fieras, dejando caer en medio una segunda reja tan sólida como la anterior y se dejaba la ración entre dichas dos rejas. Luego se salía.

Cerrábase en seguida con los cerrojos la reja exterior y se subía la otra para dejar circular al preso en su reducido calabozo y que pudiese coger su comida. De este modo no podían escaparse ni hacer daño á los servidores de la cárcel.

Dos manivelas colocadas en la parte exterior, hacían funcionar los aparatos de engranaje que servían para subir y bajar las citadas rejas.

CXXVI

El *bargello* me enseñó la maniobra en un calabozo vacío.

— Gracias á Dios, me dijo caminando despacio por el patio, casi todos los calabozos están vacíos desde hace algunos meses. Luca no es país de criminales; la gente del campo está muy entre-

gada al cultivo de la tierra, que no inspira sino buenos pensamientos á los hombres, y el gobierno es demasiado benigno para que se conspire. Los pocos crímenes que se cometen son ocasionados por el amor y éstos inspiran más piedad que horror á todo el mundo.

En este momento, continuó, no tenemos sino seis presos : cuatro hombres y dos mujeres. Sólo de uno hay que desconfiar, porque dicen que ha matado á traición á un esbirro.

Un temblor recorrió todo mi cuerpo, palidecí y mis piernas flaquearon, al comprender que se trataba de Jerónimo ; pero como yo iba detrás del *bargello* no notó mi emoción y prosiguió :

CXXVII

Uno de los presos es un anciano de Luca que no tenía más que un hijo, sostén y consuelo de su ancianidad : la ley manda que cuando un padre es inútil para el trabajo por ser enfermo ó inválido, ó por vejez, queda exceptuado su hijo del servicio militar, pero los médicos aseguraron que á pesar de su edad podía ganarse la vida trabajando.

— Sí, exclamo el viejo enfurecido al saber la noticia, yo puedo ganarme la vida, pero lo que deseo es salvar la de mi hijo de la guerra y ya verán ustedes como no podrán separarlo de mi lado. Dicho esto sacó un hacha de debajo de su chaqueta, puso la mano derecha sobre la mesa del reclutador y de un golpe se la cortó por la muñeca.

CXXVIII

Los jueces le condenaron, era justo, pero ¿qué padre no le absuelve? ¿qué hijo no adora tal criminal? Nosotros le curamos y mi mujer le cuida como una hermana.

Las lágrimas humedecieron mis ojos.

— Ésta, prosiguió al pasar delante del calabozo de una pobre mujer joven vestida de montañesa, que daba el pecho á una criatura cerca de la reja, es de la mala raza de las Maremmas de Sienna, cuyas familias cosechan más en los caminos que en los surcos.

Unida á un joven bandido de Radicofani perseguido por los gendarmes del Papa hasta los confines de las montañas de Luca, le llevaba la comida á las rocas cubiertas de monte que domi-

nan el mar por un lado y por el otro el estado romano. Los delitos cometidos por estos sitios señalaron la presencia en ellos de un bandido y los esbirros recibieron orden de echarle mano á toda costa; pero el bandido los vió acercarse.

— Escápate por entre los mirtos, le dijo su valiente compañera y déjame rastrear á los que te persiguen.

La joven dirigió á su amante por la izquierda, por un sendero que conducía á la mar. Luego cogió el trabuco, municiones y pontiagudo sombrero del bandido y se puso á tirar tiros al aire para que los esbirros se dirigiesen hacia ella, mientras que él se escapaba.

Cuando vió que su estratagema había producido el efecto deseado y que su amante se hallaba en salvo, arrojó el trabuco, municiones y sombrero á un barranco profundo, y se dejó prender por los esbirros sin oponer la menor resistencia. Á nadie había ella hecho daño, pero, avergonzados ellos por haberse dejado engañar por una muchacha, la condujeron á Luca, y los jueces la condenaron no pudiendo menos de admirarla.

Tiene por cinco años de cárcel y alimenta con su sangre y sus lágrimas á ese pequeño niño

que nació aquí seis meses después de la fuga de su marido.

Su crimen es por haber nacido en un mal pueblo y por haber vivido entre gente de malas costumbres; pero si lo que hizo por un bandido que amaba, lo hubiese hecho por un hombre honrado, en vez de un crimen ¿no sería una buena acción?

CXXIX

Sin dificultad convine con el razonamiento del *bargello*, pues ya envidiaba en mi interior la abnegación de mi presa y no pude menos de dirigirle una mirada de respeto y de compasión.

— Aquél, continuó el *bargello*, está preso por haber cazado venados en el bosque de S. E. el Duque, pero fué para llevar alimento á su esposa que se hallaba criando, y que por falta de comida se le secaban los pechos sin que los gemelos que de ellos se nutrian encontrasen una gota de leche. Es un ladrón sin duda, y él no lo niega; pero quien no cometería igual delito encontrándose en semejantes circunstancias. S. E. el Duque

mismo lo conoce bien y mientras que le conserva preso en la cárcel de Luca para que sirva de ejemplo, socorre generosamente la mujer y los hijos en su cabaña.

CXXX

Este otro, prosiguió mirando un joven vestido con el traje rojo de los galeotes de Liorna, tiene para largo. Es lo que se llama un reincidente, es decir, dos veces criminal. Su primer delito no lo conozco, pero debía ser excusable, pues muy joven estaba unido con una cadena al brazo á un viejo galeote. Dícese que fué por haber robado en la dársena de Liorna una barca con una vela y dos remos, para hacer que su hermano se fugase de la fortaleza, en donde estaba por desertor; el hermano se escapó á Córcega en la barca robada y él pagó por los dos.

El viejo galeote al que estaba unido con la cadena tenía una hija en Liorna que era lavandera, y tan bella que más parecía princesa que otra cosa. No se avergonzaba como otras por tener á su padre en las galeras; cuanto más envilecido, más respetaba en su anciano padre al autor de sus días. Trabajaba en su oficio por los dos y

por él más que por ella. Veíase en su puerta todas las mañanas y todas las tardes cuando la cuadrilla de los galeotes iba ó venía del trabajo, y coger la mano del anciano para besarla, dejando siempre en ella alguna cosa.

También ése por estar atado al anciano veía todos los días á la lavandera, admirando en silencio su belleza y bondad. Ella por su parte, sabiendo que el mozo hacía todo el favor que podía á su padre, empezó por demostrarle su agradecimiento y á la muerte del viejo concluyeron por amarse. Entonces, temerosa ella de que diesen á su amante un mal compañero, decidió hacer todos los sacrificios para romper sus cadenas.

Lograron verse libres, pero cayeron en poder de la justicia. La joven, castigada como cómplice de evasión, está aquí en un calabozo aislado, llorando siempre por haber perdido al que quiso salvar, y él está encerrado por diez años.

CXXXI

Causóme penosa impresión la relación de la hija del galeote. Luego el *bargello* inclinándose hacia mí me dijo en voz baja.

— Aquí sólo hay un gran criminal, que á nadie inspira interés ni piedad; es aquél, añadió señalándome con la mano el calabozo de Jerónimo. Dicen que es como un animal feroz que vive de matar en las cavernas de sus montañas. De un solo tiro mató á traición un esbirro é hirió á dos guardas del Duque; pero no continuará sus crímenes y nadie llorará sobre su fosa. Es tanto más peligroso cuanto que la más refinada hipocresía sirve de máscara á su alma astuta y feroz, y que con el corazón de un verdadero tigre tiene la cara cándida y bondadosa de un hermoso adolescente; hay que tener miedo al acercarse á él para darle su ración. No le hablemos; hasta su mirada solamente podría hacernos daño, si sus ojos tuviesen balas como su trabuco; hay que echarle su pedazo de pan de lejos, á través de la doble reja y no te atrevas jamás á entrar en su calabozo á menos que los fusiles de los esbirros no le apunten desde la puerta.

CXXXII

Dicho esto se volvió atrás el *bargello* para salir del patio y yo creí que perdía el conocimiento de alegría, pues si me llega á mandar que entrara y nos encontramos cara á cara Jerónimo y yo delante del *bargello* ¿qué hubiera sido de nosotros?

La Providencia nos protegía inspirando al *bargello* por el dicho de los esbirros aquel terror por el pobre inocente.

El piccinino hizo solo por esta vez la distribución de las raciones.

El *bargello* entró en su oficina y su mujer me indicó todo lo que tenía que hacer en la casa, lo cual era ayudar á la cocinera, sacar agua del pozo, barrer las escaleras y el patio, dar de comer á dos grandes perros dogos, echar grano á las palomas y distribuir el alimento á los presos con igualdad, llevando además tres veces al día leche á la presa que criaba.

CXXXIII

— Pero cuando te halles solo en el patio, añadió, no te fíes y ten mucho cuidado con el ase-

sino del esbirro, que está en el calabozo del fondo. Aunque es muy joven y se te parezca algo de cara, dicen que jamás hemos tenido aquí hombre tan malo. Pero según creo no estará aquí mucho tiempo; los esbirros y guardas, que no pueden ver á esta fiera, han sido llamados como testigos, nadie se ha presentado á deponer contra ellos, y el que dió la muerte á su prójimo no tardará en ser también condenado á muerte.

CXXXIV

— ¡Condenado á muerte! exclamé involuntariamente. Aun es muy joven para morir.

— Sí, respondió, pero también lo era cuando mató al esbirro, y con sus depravados instintos, si se le dejara vivir, morirían muchos á sus manos.

— Es verdad, repuse bajando la cabeza para ocultar mi emoción. Pero ¿se sabe con certeza si es inocente ó criminal?

— Se sabrá antes que cierre la noche, repuso, pues hoy está convocado el consejo de guerra; pero ¿qué pueden decir sus defensores ante el cadáver del bravo soldado asesinado detrás de un árbol al hacer la policía en la montaña?

Nada contesté al saber que la sentencia de Jerónimo se pronunciaba el mismo día en que yo me acercaba á él, pero mi corazón ya acongojado por las noticias de la carcelera parecía que me desgarraba el pecho.

¡Quién sabe! pensé yo alejándome y meditando con alguna calma, ¿quién sabe si le perdonan á causa de su edad? Y ¡quién sabe, Dios mío, si ni siquiera le darán tiempo de confesarse, de reconciliarse como buen cristiano con Dios y con sus criaturas! Y ¿quién sabe también si durante este tiempo no podré yo, como la hija del galeote de Liorna, sacarlo de sus hierros aunque tenga que morir en su lugar?

Pues si Jerónimo vive ¿que importa que yo muera? ¿Acaso no es el único capaz de ganar con sus brazos el sustento de mi padre, de mi tía y del pobre perro del ciego?

Y luego, si el muriese, ¿como podría yo vivir? ¿Hemos tenido nosotros jamás aliento que no pertenezca á los dos?

Las balas que atravesasen su pecho ¿no destruirían también el mío?

Pero un rayo de esperanza llegó á mi alma y pensé que puesto que la Providencia había hecho el milagro en el puente de Saltochio de hacerme recoger por los de la boda, traerme precisamente

á la casa del *burgello*, y de inspirar á éste y á su mujer la idea de tomarme á su servicio, lo cual me permitía hablar todo lo que quisiera con Jerónimo sin que nadie pudiera concebir sospechas. ¿quién sabe si la Providencia no tiene algún designio que se manifiesta en tan visible protección? y si...

CXXXV

La voz del *piccino* interrumpió mi meditación para avisarme que ya era hora de dar de comer á los dogos y á las palomas, y de cambiar el agua de los cántaros de los presos, como se me había dicho por la mañana.

— Está bien, le dije; pero como la cuerda del pozo es demasiado pesada para ti y tampoco podrás ayudarme á subir y bajar las rejas de los calabozos, entretente en el vestibulo del claustro mientras yo hago estos pesados trabajos. Guarda la puerta exterior y avisame si me llaman el carcelero ó su mujer.

— El *burgello* y su mujer, contestó, han salido para ir al tribunal á oír al acusador de ese terrible montañés que tenemos encerrado en el último calabozo y saber cuando hay que conducirlo ante los jueces.

CXXXVI

Afectando oír con indiferencia las palabras del chico, le di paja para que la trenzase á fin de hacer esteras para los presos y le recomendé que no se separase de aquel sitio hasta concluir su trabajo.

Así que le vi sentado en el suelo principiando su trabajo, abrí la segunda puerta que daba al patio del claustro y entré en él con una cesta de granzas para las palomas, dirigiéndome al pozo para sacar agua con que llenar los cántaros de los presos.

Levantaron todos los ojos como queriendo indagar con sus miradas la conducta que con ellos observaría el nuevo llavero. Agradeciéronme hombres y mujeres mis servicios, admirados de mi juventud y de que más parecía dispuesto á llorar con ellos que á tratarlos mal.

CXXXVII

Servidos todos me adelanté trémula y con lágrimas en los ojos hacia el último calabozo, en el

cual, según el *bargello*, se hallaba el terrible asesino.

Un pilar del claustro ocultaba el ventanillo de este calabozo de las miradas de los demás presos del patio, á la par que le hacía oscuro como una caverna.

Bajé cuanto pude las alas de mi sombrero, para que su sombra impidiese que me reconociera el pobre preso desde la primera mirada y que involuntariamente lanzase un grito de sorpresa que nos hubiera descubierto.

CXXXVIII

Acercábame, pues lentamente, como el que desea llegar á un punto y no obstante teme tanto dar un paso hacia atrás como hacia adelante. Hallábame ya á dos pasos del ventanillo, iba ya á ver al que llamaban el asesino, cuando se turbó mi vista, latiéronme las sienes con violencia, frío sudor cubrió mi rostro, negáronse mis piernas á seguir adelante y mis heladas manos dejaron escapar el cántaro y el manojó de llaves, que cayeron sobre las losas mientras mi cuerpo dió contra la pared. Creyeron los presos que habia resbalado y nadie sospechó la causa de mi caída. Vuelta en

mí, pensé en el medio de hacer saber mi presencia á Jerónimo sin presentarme repentinamente en su calabozo.

Recogi las llaves y volví sobre mis pasos como para ir á buscar otro cántaro; al pasar por el vestíbulo vi al *piccinino* ocupado en trenzar la paja. Pero tan pronto llegué al corredor, volé más que corri á mi cuarto, cogí la cornamusa y descendí.

Mostrándosela al chico, le dije que como ya habia concluido mi quehacer iba á distraer á los presos tocándoles algunas piezas. Creyóme, gracias á su inocencia y volví al patio.

CXXXIX

Pensaba yo que si nos veíamos sin estar advertidos, podíamos perdernos. Entonces me acordé de la cornamusa. Lanzaré primero algunas notas débiles y sueltas en el sitio del patio más lejos de su calabozo para despertar su atención; pasado un momento tocaré más fuerte y más cerca para darle á entender que me acerco á él; luego me callaré de nuevo, y en seguida avanzaré tocando piezas que sólo nosotros sabemos para que no tenga duda de que soy yo, y para que paso á paso y nota á nota comprenda que me acerco con pre-

cauciones y que debe prepararse á verme en silencio cuando la cornamusa callare y yo abra la primera reja de su calabozo.

CXL

Así lo hice y me salió perfectamente. Los pobres presos se acercaban á las rejas, dándome las gracias con los ojos arrasados de lágrimas, á medida que pasaba por delante de sus ventanillos.

Jerónimo, que en el primer momento se acercó al ventanillo asiendo los barrotes con sus crispadas manos, no se dejó ver después. Alegréme de esto á pesar de la impaciencia que tenía por verle, comprendí que había conocido la cornamusa y que esperaba alguna sorpresa de mí, como la que recibió la noche anterior oyendo la tocata de Jerónimo y Fior d'Aliza, que sólo uno de los dos podíamos tocar, porque nadie nos la había enseñado. Para confirmarle la idea de que iba á verme, detúveme cerca de su reja y sentada en el zócalo de una columna toqué, con toda la ternura que pude expresar, la pieza de la noche anterior.

Ningún ruido se oía en el calabozo, lo que me demostraba que Jerónimo me había comprendido

y que podía, sin temor, dejar la cornamusa, tomar el cántaro y abrir el calabozo. Acerquéme á la reja y vi que se levantó extendiendo hacia mí sus encadenados brazos. Puse un dedo sobre mis labios para recomendarle el silencio, levanté la primera reja y quedé separada de él sólo por la segunda. Lanzéme á su encuentro pasando mis brazos por entre los hierros, pero él, al ver el sombrero calabrés, mis cabellos cortados, el traje de hombre, que hizo que no conociera de pronto mi cara, pareció petrificado, y dejó caer sus brazos:

— ¡Cómo! le dije á media voz, ¿no conoces ya á Fior d'Aliza por que ha cambiado de traje y ha cortado sus cabellos para poder acercarse á ti? Soy yo, tu hermana, tu padre, tu tía, todos los seres que te aman, que encarnados en mí vienen á arrancarte de las garras de la muerte á costa de su vida, si es necesario, ó al menos á morir contigo si tú mueres.

CXLI

Mi voz, que reconoció, disipó sus dudas y á su vez se lanzó hacia mí, tanto como lo dejó el largo de su cadena sujeta á la pared. Las puntas de

cauciones y que debe prepararse á verme en silencio cuando la cornamusa callare y yo abra la primera reja de su calabozo.

CXL

Así lo hice y me salió perfectamente. Los pobres presos se acercaban á las rejas, dándome las gracias con los ojos arrasados de lágrimas, á medida que pasaba por delante de sus ventanillos.

Jerónimo, que en el primer momento se acercó al ventanillo asiendo los barrotes con sus crispadas manos, no se dejó ver después. Alegréme de esto á pesar de la impaciencia que tenía por verle, comprendí que había conocido la cornamusa y que esperaba alguna sorpresa de mí, como la que recibió la noche anterior oyendo la tocata de Jerónimo y Fior d'Aliza, que sólo uno de los dos podíamos tocar, porque nadie nos la había enseñado. Para confirmarle la idea de que iba á verme, detúveme cerca de su reja y sentada en el zócalo de una columna toqué, con toda la ternura que pude expresar, la pieza de la noche anterior.

Ningún ruido se oía en el calabozo, lo que me demostraba que Jerónimo me había comprendido

y que podía, sin temor, dejar la cornamusa, tomar el cántaro y abrir el calabozo. Acerquéme á la reja y vi que se levantó extendiendo hacia mí sus encadenados brazos. Puse un dedo sobre mis labios para recomendarle el silencio, levanté la primera reja y quedé separada de él sólo por la segunda. Lanzéme á su encuentro pasando mis brazos por entre los hierros, pero él, al ver el sombrero calabrés, mis cabellos cortados, el traje de hombre, que hizo que no conociera de pronto mi cara, pareció petrificado, y dejó caer sus brazos:

— ¡Cómo! le dije á media voz, ¿no conoces ya á Fior d'Aliza por que ha cambiado de traje y ha cortado sus cabellos para poder acercarse á ti? Soy yo, tu hermana, tu padre, tu tía, todos los seres que te aman, que encarnados en mí vienen á arrancarte de las garras de la muerte á costa de su vida, si es necesario, ó al menos á morir contigo si tú mueres.

CXLI

Mi voz, que reconoció, disipó sus dudas y á su vez se lanzó hacia mí, tanto como lo dejó el largo de su cadena sujeta á la pared. Las puntas de

nuestros dedos alcanzaban á tocarse, pero no nuestros labios.

Cruzamos los dedos y nos pusimos á llorar sin despegar los labios. Él habló primero y su voz se extendió por el calabozo como un espíritu de luz.

Aun estábamos en el mismo estado si su voz, que conmovió las fibras de mi alma, como si una música celestial viniese á adormecer mis sentidos, no hubiese puesto fin á la emoción de que nos hallábamos poseídos.

— ¿Cómo te hallas aquí, alma mía? me dijo, ¿cómo has sabido donde yo estaba? ¿Qué significa ese vestido de hombre con que te has disfrazado y esa cornamusa que he oído la noche anterior, desde lo alto de los cielos, y que en este momento se acercaba á mi ventanillo como un recuerdo y como una consoladora esperanza? ¿Qué hace mi madre? ¿qué es de mi tío? ¿ha muerto el perro? ¿qué idea te ha hecho abandonarnos y tomar ese disfraz para seguirme?

CXLII

— Mi idea, le contesté, no sé; una sola se apoderó de mí cuando te vi amarrado y que los

esbirros te llevaban á la muerte: la de ir donde tu ibas.

Entonces le conté en dos palabras lo que me había pasado, desde el momento en que nos habían separado, hasta aquél en que nos veíamos.

Estaba como enajenado de sorpresa y de felicidad al escucharme; pero cuando añadí que mi idea era ganar cuanto antes la confianza del carcelero, sustraer la llave de la cárcel, procurarme una lima para que pudiera romper sus cadenas, abrirle yo misma las dos rejas del calabozo y hacerlo fugar por mar cuando se conociera la sentencia de los jueces de Luca

— ¡Oh! ¡eso nunca, nunca! exclamó. Yo no me evadiré dejándote presa en mi lugar, ni me iré del ducado contigo llevándome el único apoyo que queda á nuestros pobres viejos. No, no, yo soy capaz de morir mil veces por un falso crimen; pero no puedo consentir que un delito que yo mismo haya cometido, recaiga sobre las personas que más amo en el mundo. ¿Para que había yo á vivir perdiéndoos á vosotros?

CXLIII

Yo no había pensado en esto, pero la verdad es que tenía razón y que en su lugar hubiese dicho yo lo mismo.

Pero una pobre montañesa enamorada y desolada no piensa en todos á la vez; en aquel momento yo no pensaba sino en el pobre Jerónimo.

Después de haber hablado largo tiempo á través de las frías rejas del calabozo, dieron las tres, anunciándonos que ya era tiempo de que nos separásemos si queríamos evitar que el *bargello* nos sorprendiera.

Convenimos en que tal ó cual tocata de la cornamusa, durante la noche, quería decir pena, consuelo, esperanza, buena noticia, ausencia ó presencia del *bargello*, ¡y siempre amor! Pues esta vez, á pesar de nuestra ignorancia, no pudimos menos de confesar que nos amábamos y que la ausencia ó la muerte de uno causaría la del otro.

No poco rubor subió á mis mejillas al decirle lo que sentía mi alma, y su voz temblaba al confesarme por la primera vez que yo sola había infundido en su corazón un sentimiento, un ensueño

de esperanza, de felicidad, de gloria; que nada había osado decir á su madre ni á su tío acerca de sus deseos de que nos casasen en San Stéphan, porque mi silencio, tristeza, y como deseos de alejarme de él, desde hacía algunos meses, le hicieron pensar que talvez me disgustase el ser su esposa. Díjome además que ya no se condolía de la situación en que se encontraba, puesto que su desgracia me había impulsado á revelar el secreto de mi corazón.

¡Ah, cuántas amorosas palabras nos dijimos á través de los barrotes! Aun sin hablarnos, sólo con oírnos respirar estábamos contentos. Una sensación que por primera vez sentía corría por todas mis venas languideciéndome los miembros, como si fuera una muerte y una resurrección. Presumo que el paraíso será algo como la confesión del primer amor entre los que se aman y no se lo han dicho nunca.

CXLIV

Cuando repitió las tres el reloj del patio, forzoso fué retirarme, aunque con pesar. Cerré la reja, cogí la cornamusa y fui á sentarme sobre las gradas del claustro; y para que ninguno de los

prisioneros notase la alteración de mi semblante, fingi haberme dormido al pie de un pilar, y toqué algunas piezas con la cornamusa, como para pasar el tiempo.

Esta vez no eran nada tristes. No sé de donde los sacaba, pero la felicidad que experimentaba al saber que me amaba, era poderosa á olvidar prisiones, rejas, cadenas, hasta el cadalso; la cornamusa parecia delirar al contacto de mis dedos, y las notas que dejaba escapar parecian gritos de alegría; yo no podia menos de pensar : él me oye, y esta especie de delirio es un lenguaje que le revela lo que mis labios no han acabado aún de confesarle.

Los prisioneros se acercaban á los ventanillos; pensaban quizás que el llavero se había vuelto loco, y las palomas batían las alas como extasiadas de oírme; mirábanse, se hacían caricias, se alisaban las plumas y parecían decirse : he ahí una que está tan enamorada como nosotras.

CXLV

Y á propósito de palomas, olvidaba decir, tía, que al separarme de Jerónimo me asaltó la idea de servirme de ellas como nuestras mensajeras

desde la torre al calabozo y del calabozo á mi cuarto.

— Desmenuza, le dije, todas las mañanas un poco de miga de pan y ponla en el borde del muro donde tú sueles apoyarte algunas veces para ver correr las horas con el sol. Poco á poco vendrá la más atrevida de las palomas á picar entre los hierros y después en tu mano; tú la prodigarás algunas caricias sin retenerla, dejándola irse. Repites esto cuando vuelva, y no tardará en cobrarte la amistad que todos los animales sienten naturalmente por el hombre que no les hace daño; la llevaras á tu seno, picoteará hasta en tus labios y se dejará hacer todo lo que quieras; yo, por mi parte, voy á coger una y á llevarla conmigo á mi cuarto; durante una ó dos horas impediré que alce su vuelo; la pondré golosinas en el borde de mi ventana y la dejaré en seguida que vaya á reunirse con sus compañeras al patio; tú la reconocerás por el hilo azul que habré atado á una de sus rosadas patitas y la escogerás entre todas; al cabo de dos ó tres días verás como va á visitarte y que á cada momento remontará su vuelo hasta mi torre, para descender después de mi torre á tu calabozo.

Sacaré hilos de mi faja y de la chaqueta; cuando sea blanco, encarnado ó azul, querrá

decir : ¡Buena noticia! Si por el contrario es negro, significará : Tengamos cuidado. ¡Temblemos y recemos! Tú también le pondrás un hilo en una de las patas para decirme : Pienso en ti, te he comprendido, estoy contento ó triste. Gracias á este mensajero podremos saber á cada instante lo que pasa en nuestros corazones ó en nuestra suerte, sin que la presencia del *bargello* pueda impedir nuestras confidencias.

CXLVI

Cuando el *bargello* vino del tribunal y oyó el sonido de la cornamusa en el patio, se acercó á mí diciéndome :

— Muy bien, hijo mío; me agrada que la cárcel esté alegre, y que mis presos gocen de los buenos momentos que Dios les concede, aun dándoles malísimos días. ¡Alegre!... no lo estará por mucho tiempo, continuó diciendo en voz baja y como hablando consigo mismo.

Mortal palidez cubrió mi rostro, al sospechar si habrían condenado á muerte al que ellos llamaban el asesino; terrible sospecha cruzó por mi imaginación. Procuré dominar mi sensación, y esperé á que el *bargello* saliese de la cárcel, con

el objeto de interrogar, si me atrevía, á su bondadosa mujer.

¡Ay! No fué difícil averiguar la noticia. Al entrar en la cocina, á donde me dirigí á buscar las provisiones necesarias para la cena de los prisioneros, la encontré y me dijo :

— Pronto tendrás una persona de menos á quien servir.

— ¡Dios mío! exclamé desesperada, ¿será que el *asesino* ha sido sentenciado...?

— ¡Á muerte! murmuró en voz baja, haciéndome señas para que callase.

— ¡Á muerte! repetí, dejando caer el cesto que tenía en las manos.

— ¡Pobrecillo! dijo, bien se ve tu buen corazón, pues has palidecido sólo á la idea del suplicio de un miserable que, como á mí, no te interesa en nada; y no obstante, también yo he palidecido, temblado y derramado copiosas lágrimas, hace un rato, al oír á un vocal del consejo de guerra que ha concluido su prolongado discurso con esa terrible frase : ¡á muerte!

Pero, añadió, cuidado con decir en la prisión nada de esto; los asesinos son también cristianos, su arrepentimiento puede hacer que se les perdone en lo alto los crímenes cometidos aquí abajo. Además, no hay que estar matándolos desde

el día en que se los condena á el en que se cumple la sentencia. Cuando S. E. el Duque ha firmado ésta, cuando desaparece toda esperanza de perdón, se les instruye del suplicio que les espera, se les concede cuatro semanas para que puedan prepararse con el confesor á comparecer resignados y purificados ante el Altísimo, y durante este intervalo se les trata, no como criminales, sino como desgraciados cuya culpa han purgado por el suplicio que van á sufrir.

¿No es cierto que esta ley es verdaderamente cristiana, puesto que da al culpable el tiempo suficiente para el arrepentimiento y para que Dios pueda perdonarle en el tribunal de la misericordia? Luego se les quitan las cadenas y se les deja hablar libremente en el claustro con sus parientes y amigos, principalmente con los sacerdotes.

CXLVII

Imposible decir á ustedes lo que pasaba en mí oyendo á la carcelera; pero mi idea predominante era la de salvar á Jerónimo á cualquier precio, aunque su libertad me costara la vida.

Repuesta en apariencia de la emoción que las

palabras de aquella mujer me causaron, recogí el cesto y entré en el patio para distribuir la sopa de la tarde de calabozo en calabozo. Cuando llegué al último, en el que una columna impedía que fuese vista desde los demás, llamé en voz baja á Jerónimo y le conté rápidamente todo lo que había oído decir á la mujer del carcelero, para que al menos le fuese querida la voz que le daba la noticia de su sentencia de muerte.

— Pero es la vida, agregué; sí, mi querido Jerónimo. Tú no te negarás á recibirla de mi mano. En estas cuatro semanas sin cadenas, en estos días de oraciones, Dios nos inspirará el medio de salir juntos de esta cárcel.

— ¡Oh! sí, juntos, dijo él dirigiéndome una mirada inexplicable. Contigo, todo; sin ti, nada. Salvarme quedando tu presa, jamás; prefiero morir un millón de veces.

CXLVIII

Comprendí que, ofreciéndole escaparme con él, haría lo que quisiera en el último momento.

— Pues bien le dije, voy á procurarme una lima; haré que me la dé una pobre prisionera

que está encerrada con su hijo, en uno de los calabozos contiguos.

Ya había formado yo mi plan.

— ¡Vete y que Dios y sus ángeles te bendigan! murmuró Jerónimo; pero acuérdate siempre de que entre la libertad sin ti y la muerte contigo no vacilaré una hora, aunque sea la última de mi vida.

CXLIX

Retíreme algo más tranquila y dejándole preparado á recibir la fatal sentencia de los labios del presidente del consejo de guerra.

Me dirigí con semblante jovial y complaciente al calabozo de la mujer del galeote, que daba de mamar á su tierna criatura: la halagué, la pedí que me contara sus desgracias, de las que ya sabía una parte, la escuché con suma atención, le prodigué palabras consoladoras, con mi voz enternecida por las emociones anteriores, le infundí esperanza, y al cabo de un rato simpatizamos y nos hicimos amigos aunque ella fuese presa y yo llavero.

— ¿Qué daría usted, la pregunté, porque su hijo tuviese dos tazas de leche en vez de una?

— ¡Ah! exclamó la pobre madre, daría todo lo que tuviese, porque la criatura se muere de hambre; ¡pero no me queda ni un bayoco!

— ¿Y no tiene ningún objeto que vender para con su producto comprar algo á la pobre criatura?

— Yo, dijo ella, como quien busca algo en su memoria, no, nada me queda, porque no vale nada un zarcillo de latón que mi marido me regaló el día de nuestra boda y la lima que compré para romper sus cadenas y que me devolvió al fugarse; pero estos dos objetos que yo tanto aprecio, no los querrá nadie. ¿Quién daría por ellos ni un carlino?

— Mire usted, le dije, yo no puedo ofrecerle moneda alguna, porque carezco de ella, pero puedo dar á usted dos tazas de leche en vez de una si me da esos objetos; y crea que al pedirselos lo hago por su bien, pues si registrasen los presos y viesan que usted tenía una lima, no sólo se la arrebatarían, sino que aumentarían el tiempo de su condena, porque sospecharían que la guardaba para destruir los hierros que la aprisionan y procurar su evasión.

— ¿Será posible? Pero tal vez tenga usted razón, me contestó metiendo la mano en su

bolsillo : tome, tome la lima y el zarcillo, añadió.

La infeliz lloraba al entregármelos. Quedéme con la lima y le devolví el zarcillo que besó y ocultó en su seno.

CL

Así me procuré aquella lima, que no hubiera podido adquirir en Luca, por que un llavero no puede salir de la cárcel, y porque de hacerla comprar por algún mandadero de la prisión, despertaría sospechas que tal vez impidiesen mi proyecto.

Al día siguiente muy temprano mientras yo barría el vestibulo, vinieron una porción de señores vestidos con largas togas negras y rojas á leer á Jerónimo su sentencia y á decirle que habiéndola ratificado el Duque, pusiera su confianza en Dios, pues pasadas cuatro semanas y cuatro días sería fusilado.

Esto se debía verificar en las murallas de Luca en una plazoleta frente al cuartel de los esbirros. Por suerte yo no presencié la lectura de la sentencia; á este acto sólo puede asistir el *bargello*.

Al salir los jueces decían :

— Lástima que un joven de fisonomía tan bondadosa y cándida, tenga tan pervertida el alma. ¿Han visto ustedes con qué tranquilidad y resignación ha oído la sentencia sin confesar su crimen, pedir perdón ni insultar á la justicia? Parece un inocente si no fuese el más precoz de los hipócritas.

CLI

Mientras que sin levantar los ojos del suelo oía las apreciaciones de aquellos señores, sólo Dios sabe lo que yo pensé de la justicia de los hombres.

Uno de los jueces decía al que estaba á su lado :

— Es lamentable que no se haya podido descubrir el lugar en donde se ha ocultado esa muchacha, su cómplice. Por ella hubiéramos conocido todos los motivos y detalles del hecho.

Esto me hizo saber que se me buscaba y que por lo tanto debía evitar más que nunca el ser conocida. Así, cada vez que llamaban á la puerta de la cárcel, hacía que saliera á abrir el *piccinino* y con uno ú otro pretexto subía á mi cuarto para evitar las miradas de los esbirros ó curiosos.

Empleaba mi tiempo en rezar y domesticar una de las palomas.

Jerónimo por su parte la acariciaba y de ella nos servíamos por medio de los hilos de diferentes colores para comunicarnos nuestros pensamientos. ¡Ah, si hubiéramos sabido escribir!

CLII

Por la tarde y parte de la noche continuaba yo tocando la cornamusa para traer hacia mí los pensamientos de Jerónimo y llevar al pobre preso los recuerdos de la montaña. La mujer del *bargello* gustaba de oírme y me decía por la mañana.

— Yo no sé que hay en los sonidos de tu cornamusa, pero me hacen pensar y llorar sin querer, como si trajiesen á mi corazón no sé qué recuerdos de la juventud.

Los pobres presos agradecían también mis tocatas, pero Jerónimo, sólo Jerónimo podía comprender mi pensamiento y el suyo en las alegres ó tristes notas de la cornamusa.

Pero los momentos más deliciosos, aunque tristes, eran los que pasábamos por la mañana cuando iba yo á verle antes que el *bargello* se le-

vantase y que dormido el *piccinino* nadie podía sorprender nuestra entrevista.

Apenas si sentíamos estar en una cárcel, ¡tanta era nuestra felicidad! Yo no sé lo que nos decíamos. Tal vez pocas palabras, pero ¡qué silencio más elocuente! Luego recordábamos los felices tiempos de la montaña, después el día fatal de los hachazos al castaño y por fin afirmábamos nuestra esperanza de ver realizados nuestros proyectos con ayuda de los ángeles.

Usted sabe, señor; cuando se es joven y se cuentan pocos años de vida, los del porvenir parecen eternos. Después de infundirnos mutuamente esperanza y confianza en Dios, adquiríamos la seguridad de que no nos faltaría una hora de entre todas las que teníamos delante de nosotros, para realizar nuestros proyectos.

CAPÍTULO V

CLIII

— ¿Y ustedes, pobres ancianos, pregunté al ciego y á su hermana, solos y abandonados en esta cabaña, que pensaban entre tanto?

— ¡Ah! señor, me respondió el ciego, en los primeros días todo fué agonías, desolación y lágrimas. Pensábamos en la terrible muerte que aguardaba á Jerónimo; en lo que sucedería á nuestra amada Fior d'Aliza, errante por esos caminos, expuesta á todo si se llegaba á descubrir su disfraz. ¿Cómo podría ella evitar la persecución del jefe de los esbirros? Triste situación la nuestra, sin tener noticias de ellos y sin poder por nosotros mismos adquirirlas, por que esto hubiera descubierto á Fior d'Aliza.

¡Obligados á permanecer en nuestra ignorancia si no nos arrastrábamos hasta Luca, ó á morir en fuerza de nuestras inquietudes si no bajábamos

allí! ¡Ay, señor! no habíamos dormido una hora seguida desde el día de la desgracia; por la noche no se oía otro ruido en la cabaña que el reprimido de nuestros sollozos, mal sofocados en nuestras bocas, y de tiempo en tiempo los gritos de dolor del perrito acostado á los pies de mi cama, cuando su pierna cortada, que no estaba curada aún, le causaba demasiado mal, y el animal me llamaba para moverle en la paja.

No pienso, por más que digan allá arriba en el convento, cuando predicán á los peregrinos sobre las penas del infierno, que éstas pueden ser mayores que eran entonces las nuestras.

En cuanto al alimento, ni siquiera pensábamos en él, á pesar de que no teníamos para mantener nuestros miserables cuerpos y alimentar al perro Zampona, sino algunas cortezas de duro pan que el padre Hilario nos había dejado hasta su regreso.

Esto pasaba en la cabaña, señor; la tristeza y el pesar impedían que sintiésemos la miseria.

CLIV

Al séptimo día, no obstante, tuvimos dos grandes consuelos: que la Providencia no olvida ni aun á aquellos que parecen abandonados de Dios.

Primeramente el perro Zampona se halló enteramente curado de su pata y principió á ladrar con alegría á nuestro alrededor, saltando sobre sus tres patas delante de la puerta como para decirme: « Amo, salgamos y busquemos á los que faltan en casa; ya te puedo servir y conducir como antes; deja á mi cuidado elegir las buenas sendas y evitar los malos pasos. » Y se lanzaba por el camino que baja á Luca, como si comprendiese que sus dos amigos estaban allá, y luego volvía para lanzarse de nuevo.

CLV

En segundo lugar, el padre Hilario subió penosamente el sendero que va de Luca al convento, y poniendo sus alforjas bien repletas sobre la mesa de la cabaña:

— Tengan ustedes, nos dijo, la limosna de la semana para el cuerpo; el padre prior me ha encargado que pida primero para vosotros como los más necesitados; el convento no carece de nada por el momento, gracias á las peregrinaciones de la Virgen de setiembre que va á llenar los graneros de harina y la bodega de pellejos de vino.

Y ahora, añadió, voy á daros la limosna del alma. Escuchadme con atención.

Refiriónos entonces que había llamado á todas las puertas de Luca para indagar si se había oído hablar de un homicidio cometido en la montaña en la persona de un cabo de esbirros, y si se sabía algo de la suerte que le esperase al joven montañés; que le habían contestado que sería juzgado en breve por un consejo de guerra, y que mientras, estaba preso en uno de los calabozos de la cárcel bajo la vigilancia del *bargello*, que era incorruptible, pero muy humano y no agravaría seguramente hasta el patíbulo las penas del pobre criminal. Añadió que después de la sentencia, quedaba todavía el recurso de pedir el indulto al Duque, y que de todos modos el reo tenía aun un plazo de cuatro semanas y cuatro días entre la sentencia suprema y la ejecución; por último, que durante esas cuatro semanas y cuatro días de plazo, el sentenciado, libre de todas sus cadenas detrás de la reja, no quedaba incomunicado, sino que podía recibir en su calabozo á sus parientes, á los sacerdotes, á los monjes y á todos los presidentes de las cofradías piadosas de la ciudad y de la montaña, tales como los hermanos de la Misericordia, los de la Santa Muerte, los penitentes negros y los penitentes blancos, cuyo insti-

tuto es socorrer á los presos y acompañarlos hasta su suplicio.

Al oír estas palabra caímos mi cuñada y yo de espaldas contre la pared, puestas las manos en los ojos y exclamando: ¡Será posible Dios mío! ¿Serán capaces de ajusticiar á un pobre muchacho inocente, cuyo único crimen ha sido defendernos á nosotros y á su prima?

CLVI

— Tranquilizaos un poco, nos dijo el hermano limosnero, sin que por eso confiéis demasiado en la justicia de los hombres, que no es muchas veces más que injusticia á los ojos de Dios y que sólo tiene por luz la apariencia en vez de la verdad.

— ¿Y mi hija? ¿qué es de mi hija, de mi Fior d'Aliza? exclamaba mi cuñada: ¿Ninguna noticia ha oído usted de ella por los caminos ó por las plazas de Luca?

— Ninguna, respondió el monje: en vano he preguntado con la conveniente discreción, en las puertas de los conventos en donde se distribuye gratuitamente la sopa á los menesterosos, vagabundos y mendigos, si habían visto acercarse su

escudilla á un joven y hermoso pifferaro de las montañas; en vano he preguntado á los mercaderes en sus tiendas y á las vendedoras de legumbres en el mercado si habían oído de día ó de noche la cornamusa de un músico ambulante tocando al pie de los nichos de las Madonas ó delante del pórtico de las capillas. Todos y todas me aseguraron que después de la boda de la hija del *bargello* con un rico aldeano de las cercanías, no habían oído ni una sola nota de cornamusa en la ciudad, en atención á que no era la época en que bajaban los músicos de los Abruzzos.

Tales informes me hicieron pensar en un principio que vuestra hija no se había atrevido á entrar en Luca y que acaso andaría errante por las aldeas vecinas como una niña que mira las ventanas de las casas con el deseo de penetrar en ellas, pero sin osar acercarse á las puertas. Luego, reflexionando mejor acerca de cómo había podido la boda de la hija del *bargello* hallar un *pifferaro* para entrar en la ciudad en una estación en que no hay un solo músico ambulante en la llanura de Luca, me pregunté á mi mismo si aquel músico desconocido que fué tocando delante de los recién casados hasta el umbral de la cárcel, lo habría hecho por el instinto de acercarse un día ú otro á la persona que es objeto

de su amor; con esta idea en la mente y sin querer interrogar á nadie de la cárcel por temor de dar á conocer á otros lo que quería saber yo mismo, saludé al paso á la mujer del *bargello* que estaba á la puerta y seguí adelante; pero luego que llegó la noche me coloqué de intento en un sitial de la capilla inmediata y me puse á escuchar con todos mis sentidos si se oía el sonido de una cornamusa en los patios ó en los alrededores de la cárcel.

Pues bien, ustedes me creerán si quieren, añadió, pero antes que las campanas de Luca tocasen al *Ave María*, las armonías de una cornamusa bajaron, como un concierto de ángeles, de un ventanillo enrejado de lo alto de la torre del *bargello*.

Y aun más, reconocí, como reconozco ahora las voces de ustedes, la verdadera manera de tocar de vuestro hijo y de vuestro marido; y más aun, añadió, la tocata que tantas veces he oído en la gruta á vuestros hijos, mientras que subía ó bajaba por la senda. Al pronto me pareció un sueño, pero seguí escuchando largo rato después que las campanas de la ciudad acabaron de tocar al *Ave María*, y la misma tocata continuó dejándose oír como á la sordina, por cima de los techos de la cárcel.

CLVII

— ¡Dios mío! exclamó mi cuñada: ¿acaso han metido en la cárcel á la hermosa inocente? ¡Oh! corro á la ciudad para que me la devuelvan antes de que su alma sea contaminada por el contacto de malhechores y verdugos.

— ¡Deténgase, mujer, espere algunos días, como me detuve yo mismo después de haber oído, por miedo de descubrir prematuramente un misterio que entraña tal vez la salvación de vuestros dos hijos.

CLVIII

— Sí, continuó, yo pensé: no digamos nada; bástenos sospechar que ella está allí; que su primo no estará lejos probablemente; que Dios, al permitir que se acerquen, lleva quizás algún designio de bondad respecto del pobre preso y de vosotros todos, y aguardemos á que el misterio se explique antes de mezclar en él nuestra curiosidad indiscreta y nuestras manos menos hábiles que las del amor inocente.

Porque yo soy viejo, ya ustedes ven: hace mucho tiempo que mi barba ha encanecido; he visto pasar muchas nubes sobre días hermosos y salir hermosos días de días nublados, y he aprendido que no hay que apresurarse demasiado, ni aun en los buenos designios, por temor de hacerlos abortar por que den su fruto antes de tiempo, porque hay cosas que Dios quiere hacer por sí solo y sin ayuda; y cuando queremos poner en ellas la mano anticipadamente, nos pega en los dedos, como se hace con los niños que echan á perder lo que trabaja su padre. Así, pues, haced como yo: rezad, creed y tened paciencia.

CLIX

Pero la paciencia, añadió el prudente hermano limosnero, no me ha hecho perder el tiempo en Luca y en los alrededores durante la semana.

Óiganme aún y denme esos pedazos de papel, esas intimaciones y esos autos que Nicolás del Calamayo, el Consejo, el abogado y el alguacil de Luca os han hecho notificar uno tras otro para desposeeros del prado, de la gruta, de los campos, de las moreras, de la vieja viña y del gran

castaño, en nombre de parientes de las aldeas de la llanura del Cerchio, que no conocéis. Acaso era una mala idea la que asaltaba mi espíritu, añadió el hermano; pero cuando tuve conocimiento de la pasión brutal del jefe de los esbirros hacia vuestra hermosa hija, agreste como una corza de nuestro bosque; cuando he sabido que un hombre tan rico y poderoso en Luca os había pedido la mano de una muchacha tan pobre, criada en la montaña; cuando me han dicho que ella había rehusado y á consecuencia de esa negativa obstinada, por amor vuestro y de su primo, se había presentado el agente del esbirro una y otra vez provisto de documentos dormidos hasta entonces, que adjudicaban trozo por trozo vuestro pequeño patrimonio al jefe de los esbirros, cesionario de vuestros pretendidos parientes de allá abajo, no he podido menos de sospechar de todos esos manejos que tenían todas las trazas de haber sido fraguados por algún perverso curial, como hay tantos entre esa gente de ropa negra que roen los viejos pergaminos lo mismo que los ratones de las iglesias roen la cera del altar.

Pensando en esto, fui á ver á mi antiguo amigo de Luca, el famoso doctor Bernabo, que aunque retirado de su empleo de abogado del Duque, da todavía consultas gratuitas á los pobres. Me

conoce hace cuarenta años por haber ido á pedir todas las semanas á su puerta y por haberle debido siempre tantas bondades como botellas de vino d'*Aleatico* daba para el monasterio.

Pedile el favor de que me concediera hablarle en particular después que acabase su audiencia. Así que le dejaron solo en su despacho, le pregunté en voz baja si podía darme informes tan secretos como si fuera en confesión, de cierto escribano de Luca, llamado Nicolás del Calamayo.

— ¡Cómo! hermano Hilario, me dijo riendo y mirándome desde la capucha á las sandalias, ¿ha aguardado usted á sus ochenta años para abandonar la piedad y el honor y necesitar acaso en algún mal negocio, de un mal consejo ó de un hábil complice?

— ¿Por qué me dice usted eso? le repliqué al doctor Bernabo, que no suele hablar en broma con frecuencia.

— Mi buen hermano Hilario, me dijo entonces con mucha formalidad, es que sólo se acude á ese tunante de Nicolás del Calamayo cuando hay que dar algún mal golpe judicial ó que justificar por malos medios alguna mala causa.

— ¿Y el amigo de él, jefe de los esbirros de Luca? continué procurando siempre sondear la conciencia del doctor Bernabo.

— El jefe de los esbirros, me contestó, no es un tunante tan consumado como su amigo Nicolás del Calamayo: uno es la serpiente y otro el pájaro que la serpiente fascina y atrae á la boca del vicio. El jefe de los esbirros es un hombre ligero, disipador y corrompido que nada rehusa á sus pasiones cuando se le ofrecen los medios de satisfacerlas, pero que no haría daño á sangre fría si no se le presentara ya hecho. Ya sabe usted que ese carácter es el más común en los hombres ligeros: su conciencia no les pesa más que su cerebro y lo que les causa placer nunca lo encuentran muy criminal. Tal es en realidad el jefe de los esbirros: su mayor vicio es su amistad con Nicolás del Calamayo.

— Pues bien, señor Doctor, dije entonces á Bernabo, voy á consultar con usted un asunto grave y complicado, en el que el jefe de los esbirros está interesado y Nicolás del Calamayo tiene metidos los brazos hasta los codos.

— Hable usted, dijo Bernabo.

Le referí entonces la casualidad que hizo que el esbirro, en compañía de Nicolás del Calamayo y de otros amigos, encontrase á la hermosa Fior d'Aliza, su proposición, la negativa, la tenacidad del esbirro, la obstinación de la joven; luego el desposeimiento pedazo á pedazo dirigido por el

procurador Nicolás del Calamayo, por medio de escrituras que él mismo presentó á la justicia, escrituras que reivindicaban á favor de parientes desconocidos cuyos títulos había comprado el esbirro, todo el pequeño patrimonio de vuestros padres y de vuestros hijos.

El práctico doctor en jurisprudencia, frunció el entrecejo al oírme y se mordía los labios con una sonrisa de incredulidad y de desprecio que revelaba muy bien lo que pasaba en su alma.

— ¿Tiene usted ahí esos documentos? me dijo Bernabo.

— No, le respondi.

— Pues es preciso que me los traiga usted la primera vez que baje del monasterio á la ciudad y le daré á usted mi opinión luego que los haya examinado; si los encuentro sospechosos en su texto, como lo son ya á mis ojos en sus circunstancias, haremos una información secreta y gratuita respecto á los supuestos parientes ó causa habientes de ese pobre ciego. La mejor caridad que puede hacerse es desenmascarar á un bribón como Nicolás del Calamayo y arrancar de sus uñas á sus víctimas.

Vaya usted con Dios, hermano Hilario, y cuide únicamente de no decir palabra de lo que hemos hablado. ¿Quién sabe si al mismo tiempo

que salvemos el patrimonio de esas pobres gentes, no llegaremos á descubrir también alguna asechanza fraguada contra la vida del reo, quizás inocente, que va á ser juzgado bajo tan desfavorables apariencias!

CLX

El monje terminó su narración sacando los documentos del armario.

— ¡Ay! ¿qué nos importan los bienes, la viña, el prado, el castaño, la casa misma? exclamamos mi cuñada y yo. ¡Que lo tomen todo, que nos dejen en la calle, pero que nos devuelvan á nuestros dos pobres inocentes!

— Resignaos con la voluntad de Dios, cualquiera que sea la suerte de Jerónimo, nos dijo al marcharse; yo subo al monasterio para informar al Prior de vuestra angustia y del motivo de mis ausencias. Le pediré que me permita permanecer en la ciudad en tanto que mi presencia pueda ser útil al preso para este mundo ó para el otro, y volveré aquí así que tenga alguna noticia buena ó mala que comunicaros; no dejéis de rezar.

— ¡Ah! respondimos anegados en lágrimas,

si dejásemos de rogar á Dios habríamos acabado de temer por la vida de nuestros hijos.

CLXI

En la noche siguiente oímos el paso lento y pausado del excelente padre Hilario, que hacía rodar los guijarros por la senda al bajar del monasterio hacia la ciudad.

Doce largos días estuvimos sin verle y sin saber nada de lo que pasaba en la ciudad. ¡Ay! sin duda temía informarnos demasiado pronto de la condena irremediable de Jerónimo, pero cada hora de silencio era para nosotros un siglo de angustias

CAPITULO VI

CLXII

— Ahora te toca á ti, dijo el ciego á Fior d'Aliza : cuenta á este caballero lo que había pasado en la cárcel, durante aquella angustia nuestra en la cabaña.

— Diré á usted, señor, repuso sencillamente la bella *sposa* después de haber retirado el pecho á su hijo que se había dormido en su regazo.

Al día siguiente de la sentencia, vino el verdugo con gente de la curia al calabozo. Traían herramientas y carbones encendidos, como si hubiesen querido martirizar á un San Sebastián : el verdugo cortó la anilla de hierro que había remachado en los primeros días á la cadena sujeta á la pared ; hizo fundir el plomo que remachaba el clavo de las esposas de las muñecas y los grillos de los pies ; dejó al preso libres todos sus miembros ; abrió la segunda reja de hierro, que redu-

si dejásemos de rogar á Dios habríamos acabado de temer por la vida de nuestros hijos.

CLXI

En la noche siguiente oímos el paso lento y pausado del excelente padre Hilario, que hacía rodar los guijarros por la senda al bajar del monasterio hacia la ciudad.

Doce largos días estuvimos sin verle y sin saber nada de lo que pasaba en la ciudad. ¡Ay! sin duda temía informarnos demasiado pronto de la condena irremediable de Jerónimo, pero cada hora de silencio era para nosotros un siglo de angustias

CAPITULO VI

CLXII

— Ahora te toca á ti, dijo el ciego á Fior d'Aliza : cuenta á este caballero lo que había pasado en la cárcel, durante aquella angustia nuestra en la cabaña.

— Diré á usted, señor, repuso sencillamente la bella *sposa* después de haber retirado el pecho á su hijo que se había dormido en su regazo.

Al día siguiente de la sentencia, vino el verdugo con gente de la curia al calabozo. Traían herramientas y carbones encendidos, como si hubiesen querido martirizar á un San Sebastián : el verdugo cortó la anilla de hierro que había remachado en los primeros días á la cadena sujeta á la pared ; hizo fundir el plomo que remachaba el clavo de las esposas de las muñecas y los grillos de los pies ; dejó al preso libres todos sus miembros ; abrió la segunda reja de hierro, que redu-

cía á una mitad su calabozo, y abrió asimismo una puertecilla de hierro que daba acceso por un corredor subterráneo, estrecho, bajo y sombrío, á la pequeña capilla de los sentenciados á muerte.

La capilla, no mayor que nuestra cabaña, formaba parte de los claustros por el lado del patio, y recibía la luz por una ventana alta, que daba á una huerta y á un pequeño plantío de olivos, en el cual las lavanderas de la ciudad ponían á secar la ropa después de haberla lavado en un canal del Cerchio.

Esta huerta y olivar, desiertos durante la noche, estaban limitados por las murallas de Luca: por bajo de ese baluarte sólo había un paso estrecho, por el que el canal de los lavaderos corría á desaguar en la campiña en el sinuoso lecho del Cerchio.

Así lo había visto desde lo alto de una escalera, limpiando con unos zorros el techo de la capilla y las vidrieras pintadas que guarnecían la ventana. Ésta era tan estrecha que una gruesa barra de hierro colocada de abajo arriba é incrustada en la piedra detrás de los vidrios, bastaba para impedir que pudiera pasar por allí ni una mirada. Las paredes construidas de mármol negro, tenían dos brazas de espesor, para que los sentenciados á muerte á quienes se dejaba allí solos con Dios,

no pudieran pensar siquiera en evadirse. Un confesionario y un banco de madera, eran los únicos muebles del oratorio. Todas las mañanas, al alba, venía un capuchino á decir la misa á todos los presos, y éstos la oían á través de la puerta abierta, cada cual desde su ventanilla; al menos les consolaba ver y oír que se rogaba por ellos: yo era quien ayudaba la misa al capuchino, quien tocaba la campanilla al alzar y quien echaba el vino y e agua de las vinajeras en el cáliz. Concluida la misa, se cerraba la puerta de la capilla por fuera con gruesos cerrojos y una cadena; únicamente yo, como llavero, podía entrar en ella algunos momentos antes de celebrarse el sacrificio divino para encender las dos velas, echar aceite en la lámpara y poner vino y agua en las vinajeras del anciano sacerdote que ya estaba medio ciego.

¡Oh! qué bello momento, tía mía, aquél en que desde lo alto de mi cuarto oí los golpes de martillo que iban desaherrojando al preso. Hinqueme de rodillas para dar gracias á Dios de lo que sin embargo era una señal de muerte, y dije entre mí: ya le han devuelto sus miembros, á mi corresponde ahora devolverle la libertad y la vida.

CLXII

Así que todo volvió al silencio ordinario del claustro, marchándose el *bargello* con el herrero y curiales, entré en el patio con las provisiones y agua para los presos: ya supondrá usted que no empleé mucho tiempo en distribuir á cada uno su ración y abrir y cerrar sus rejas: parecía caminar sobre ascuas, según mi deseo de llegar al calabozo de Jerónimo. Aun estaba éste en el fondo de él, en pie sobre su paja, por temor de venderse precipitándose demasiado pronto hacia mí; pero así que abrí su reja saltó como un carnero desde la sombra, me cogió en sus brazos y me estrechó contra su pecho, en el que me sentía morir y en el que permanecí largo rato, sin que ni él ni yo pudiéramos proferir una palabra. Él besaba mis cabellos, yo sus manos, como vos y yo, madre mía, nos abrazábamos bajo del castaño cuando después de una larga ausencia en los bosques guardando mis cabras, volvía al caer del día, más tarde que lo de costumbre.

Luego que nos besamos bien y nos bañamos en lágrimas sin poder hablar de tanto como teníamos que decirnos, pasé mi brazo derecho alrede-

dor de su cuello y Jerónimo el suyo alrededor del mío, y principió á decirme:

— ¿Qué hacen allá arriba?

— Confían en Dios y en el padre Hilario su amigo, le respondí.

— ¡Cuántos tormentos he causado á ti y á ellos, mi pobre Fior d'Aliza! ¡ay! ¡y cuántos otros habré de costaros, cuando amanezca el día en que debemos separarnos para siempre!

— ¿Qué estás diciendo? repliqué ocultando mi frente en su chaqueta: ¿acaso no soy yo quien te cuesta la prisión y la vida? ¿No fué por amor mío por lo que disparaste aquel desgraciado tiro para vengar mi sangre en aquellos bandidos? Pero no, no morirás por mí, ó moriré contigo. Mas ni tú ni yo moriremos si quieres escuchar mis consejos.

CLXIII

Le enseñé entonces la lima de la *sposa* del gauleote, y le indiqué con el dedo la puertecilla baja, todavía cerrada, que ponía en comunicación su calabozo con el pasadizo de la capilla.

— Por ahí, le dije con el rostro radiante de confianza (que el amor de nada duda); por ahí

es por donde ellos creen llevarte á la muerte, y por ahí voy yo á conducirte á la vida.

No dije más aquel día sobre los medios en que pensaba para libertarle; en vano me instó él para que se lo explicara todo.

— No, no me lo preguntes todavía, le dije, porque si lo supieses todo de antemano, quizá no admitieras la salvación de mi mano, ó podrías dejar escapar en confesión á los oídos de los sacerdotes que van á venir para consolarte y resignarte poco á poco á tu suplicio, algo de mis proyectos. Vale más ponerte la llave en la mano sin saber como se forja: á ti sólo te toca tener confianza en mí, y á mí ser tu padre y tu madre, puesto que soy la única que aquí los reemplaza.

— ¡Oh! me dijo estrechando mis manos y levantándolas entre las suyas hacia la bóveda de calabozo, esa sería la gloria: tú eres mi padre y mi madre bajo la figura de mi hermana, y aun más todavía, porque eres yo también. Y más que yo, añadió, porque me daría mil veces muerte á mí mismo por ahorrar una sola lágrima á tus ojos.

Entonces me dijo cosas que por primera vez salían de sus labios y que yo no comprendía sino por el temblor de su voz y por el frío de su mano sobre mi hombro, pero cosas tan dulces de oír.

ver y sentir, que no había medio de contestar á ellas sino poniéndome encarnada y pálida alternativamente y lanzando ahogados suspiros, que parecían hacerle olvidar completamente su muerte, como á mí me hacía aquello olvidar la vida. No se diría sino que acababa de caer una muralla entre él y yo y que nos hablábamos como si por primera vez descubriésemos nuestro amor. ¡Oh! ¡cómo olvidaba la cárcel, el cadalso, el suplicio y todo el mundo, y cuánto bendecía en mi interior la desgracia que le arrancaba aquella confesión forzada de su corazón, que quizás jamás habría abierto en la libertad y al sol!

CLXIV

No sé cuanto duró tanta felicidad; pero nuestros dos corazones quedaron tan ligeros desde que los aliviarnos involuntariamente de secretos de nuestro amor, que habríamos marchado al suplicio, cogidos de las manos, alegremente, sin sentir siquiera la tierra bajo nuestros pies. ¡Lo que es el amor, cuando dos seres comprenden que se aman y descubre uno en el corazón del otro el mismo secreto que á sí mismo se ocultaba, de

suerte que esos dos secretos no forman más que uno entre los dos!

Embriagado parecía él también, por el tono de su voz, de lo poco que yo le decía en frases entrecortadas, con la frente baja y el seno agitado bajo mi chaqueta.

CLXV

El reloj de la torre, al dar la hora del mediodía, nos recordó que el tiempo corría aun para nosotros, porque á la verdad nos creíamos realmente en el tiempo que no transcurre, en la eternidad.

— ¡Adiós! le dije retirando mi mano de la suya; he aquí lo que hay que hacer, Jerónimo: Ante todo es preciso que pienses en tu alma, como un hombre que va á morir, aunque creo firmemente que no moriremos. Á todos esos monjes, penitentes y sacerdotes que vendrán todos los días á exhortarte y prepararte á la muerte por los Sacramentos, dirás que prefieres los hermanos de la orden de la Camáldula que te enseñaron la religión en tu infancia y que estarías más resignado y contento, si te pudieran conceder como confesor al anciano padre Hilario,

del convento de la montaña, á quien estás ya habituado, y que seguramente bajará gustoso por algunas semanas á Luca para mitigar tus pesares en tus últimos momentos: el *bargello* me ha dicho que nada de lo que puede abrirles el paraíso se niega á los reos de muerte. La presencia de ese amigo de la cabaña en tu calabozo y en la ciudad de Luca, donde es conocido y amado, no puede traernos sino bienes; talvez pueda interesar por ti á personas bondadosas, ¿y quién sabe también si podrá llegar él mismo hasta el Duque y obtener la gracia de tu vida? Cuando venga el *bargello* á visitarte con los penitentes negros y los hermanos de la Misericordia, manifiéstales, pues, tu deseo de tener á tu lado al hermano Hilario, el viejo limosnero camaldulense de San Stéphano. Dios hará lo demás: por el anciano monje, sabremos de nuestros pobres padres; me descubriré á él con entera confianza, pues no me venderá por miedo de quitarte tu último consuelo hasta la hora suprema; enviaremos por él nuestros recuerdos á la cabaña; cuidará de que nuestros padres no caigan en la desesperación, y si debemos morir, uno ú otro, ó los dos, los sostendrá en su miseria y congoja.

CLXVI

Convenimos en esto y me retiré del patio; no tardaron en entrar en él las hermandades de la Santa Muerte, introducidas por el *bargello*. Jerónimo, después de escuchar sus exhortaciones al arrepentimiento y sus promesas de oraciones, les dijo con agradecimiento que el único servicio que tenía que pedirles era la visita y consuelos del hermano Hilario, que sólo se confesaría con él, y que si querían su salvación en la otra vida, éste era el único medio de hacerle arrepentir de sus culpas y aceptar su suplicio resignado.

Le prometieron enviar un mensajero al monasterio para pedir al superior que permitiese bajar al anciano camaldulense autorizado para vivir en otro convento de la ciudad, hasta en la misma cárcel, hasta el día de la ejecución.

CLXVII

Al siguiente día, aun no había salido el sol, llamaron á la puerta de la cárcel. Era el padre

Hilario. El *bargello* le introdujo en el calabozo de Jerónimo, y luego los dejó solos en la capilla.

Había tenido yo la precaución de no dejarme ver por temor de que una exclamación del bondadoso hermano revelase involuntariamente mi astucia y mi persona al *bargello*. Cuando volví á bajar de mi torre al patio para hacer mi servicio, ya había tenido tiempo Jerónimo de prevenir al monje de mi presencia en la cárcel.

— Lo sabía, dijo nuestro santo protector; la cornamusa que oí en lo alto de la torre de la cárcel me reveló la presencia de Fior d'Aliza detrás de aquella reja; únicamente ignoraba por que medio había podido introducirse aquí; tranquilízate, añadí, no seré más duro que la Providencia y no trataré de separar antes de la muerte á los que ella ha reunido; nada diré al *bargello* ni á su mujer de vuestro secreto; quizás sea esto designio de la Providencia.

Después de haber hablado así y rezado por un momento con Jerónimo en la capilla, salió el buen religioso, y al encontrarme en el claustro me dió á besar su rosario, apretándolo fuertemente contra mis labios como para decirme: ¡Silencio!

Guardéme bien, á causa de los otros presos, de dejar ver que conocía al monje, y permanecí

largo tiempo de rodillas, vuelta hacia la pared llorando en silencio, después que salió aquél del patio. El religioso fué á pedir asilo á un convento de su orden allí inmediato, y prometió á la mujer del *bargello* venir todas las mañanas á decir la misa y todas las tardes á dar la bendición al joven criminal.

CLXVIII

Después entré en el calabozo con pretexto de mi servicio.

Dijome Jerónimo que el monje no había censurado mi astucia, que no revelaría en su vida; que tenía una débil esperanza de obtener, no su libertad, pero al menos su vida de S. E. el Duque, si este príncipe que á la sazón se hallaba en Viena, en Austria, volvía á Luca antes del día fijado en la sentencia para la ejecución, pero que si por desgracia retardaba el Duque su vuelta á sus Estados, como sólo él poseía el derecho de perdonar, no había otro remedio que aceptar la muerte de Dios como había aceptado la vida; que, en esta terrible eventualidad, le confesaría el padre Hilario en el último momento, le daría la comunión y no le abandonaría en el patíbulo

mismo hasta entregarlo perdonado y purificado en manos del Altísimo.

Al referirme esto sin derramar una lágrima, me dijo que sólo una cosa le impedía resignarse á morir sin desesperación y sin deseo de venganza contra el jefe de los esbirros, su verdadero asesino; que esa cosa (aquí titubeó y tuve, por decirlo así, que irle arrancando palabra por palabra) era morir sin que él y yo estuviésemos casados, aun cuando sólo fuera un día, puesto que, según nuestra religión y según la palabra de los monjes de la montaña, las almas que hubiesen sido indisolublemente unidas aquí abajo por la bendición del matrimonio, se verán para siempre unidas é inseparables en el cielo como en la tierra, en la eternidad como en el tiempo.

Diciendo esto ocultaba la cara entre sus manos, viéndose deslizar entre sus dedos gruesas lágrimas que caían sobre la paja como gotas de lluvia.

No pude contenerme, y apliqué mis labios á aquellos dedos que me ocultaban su rostro.

— No sabía eso, le dije al fin apartando sus humedecidos dedos para ver sus ojos: no creía que cuando se ama en este mundo pudiera nunca dejarse de amar en el otro, le dije llorando á mi vez: ¿hay acaso dos almas, una para la tierra y otra para el cielo, una para el tiempo y otra para

la eternidad? En cuanto á mí, no siento más que una, y esa ha estado siempre tanto en tu pecho como en el mío: jamás se me ha ocurrido la idea de ver, pensar ni aun respirar sin ti.

Al oirme me estrechó fuertemente contra su pecho.

— Pero una vez que así lo crees tú, continúe, que sabes más que yo, lo deseo tanto como tú, más todavía, porque tal vez tú podrías vivir aquí ó en el paraíso sin mí, pero yo no podría ni respirar siquiera en este mundo, ni en el otro, ni comprendería el paraíso si estuviese separada de ti. Así, pues, no vivamos, hermano mío, no muramos sin haber cambiado dos anillos de desposorio ó de matrimonio que nos devolveremos después de la muerte para reconocernos entre todas esas almas que habitan allá arriba, en lo azul, por cima de nuestras montañas. ¡Oh! Dios mío! ¡qué sería de nosotros si llegáramos á perdernos en ese infinito en el cual me buscases eternamente, como dice la historia de Francesca de Rimini!

CLXIX

— ¿Pero cómo conseguirlo? me dijo él desesperado y con los brazos extendidos.

Reflexioné un poco y le contesté:

— Creo haber encontrado un medio.

— ¿Cuál? exclamó acercándose á mi como para oír mejor.

Nada que no sea verdad, respondí. Di al padre Hilario, tu confesor, y que daría su sangre por tu salvación, lo que acabas de manifestarme; que morirás en la impenitencia y desesperación, si antes de morir no llevas la certeza de morir inseparable de mí después de esta vida, y de vivir *sposo* y *sposa* en el paraíso, puesto que no hemos podido vivir así en este mundo, y que para poder tener la seguridad de que el paraíso no será para nosotros dos más que una ausencia y una espera de algunos años, de un mundo al otro, es preciso que hayamos sido esposos aun cuando no fuese más que un día en nuestra desgracia. Júrate por tu salvación eterna que sin esa caridad de su parte será responsable ante Dios de la perdición de dos almas, de la tuya por la venganza que llevarías á la eternidad contra nuestros enemigos los esbirros; de la mia, por la desesperación que me haría maldecir de la Providencia, en la cual no creería después de lo sucedido á ti. Él es bueno, es santo, nos quiere y arriesgará hasta su vida misma por salvarnos. Consentirá en desposarnos secretamente para el paraíso antes del día

de tu suplicio (si día tan fatal debe llegar) ó en desposarnos para este mundo si logras escapar por la fuga.

CLXX

Esta idea pareció arrebatarme de antemano á la noche del calabozo y transportarme radiante de esperanza al cielo: creí ver en su fisonomía transfigurada uno de esos rostros de ángel, de las pinturas del claustro de Pisa, que iluminaron con su luz la noche de la natividad en Belén.

— Fácil me será hacerlo así, me dijo al separarnos, porque no diré sino la verdad al padre Hilario, hablándole como tú acabas de hacerlo. La hora en que viene á hablarme de Dios se acerca, después de la bendición del *Ave María* (las siete de la tarde); le revelaré nuestro amor y obtendré su consentimiento, si Dios le inspira otorgárnoslo. Ten abierta la ventanilla de tu cuarto y ruega á Dios por nuestra salvación delante de ella: si nada llega antes de la noche al borde de la torre, es que no habrá esperanza para nosotros y que no he podido convencerle; pero si logro convencerle ó inclinarme al menos á nuestra unión antes de la muerte, soltaré la pa-

oma, la cual irá como la del arca, á llevarte la buena nueva antes de la noche: una paja de mi recho atada á una de sus patas será la señal por la cual reconocerás que hay una tierra ó un paraíso ante nosotros.

CLXXI

Subí precipitadamente á mi cuarto, antes del momento en que el *bargello* bajase á abrir la capilla al camaldulense y la reja interior al preso, y rogué con tanto fervor á la Madona y á los santos de rodillas delante de la ventanilla, que no sentí correr el tiempo, y el sudor de mi frente humedeció la piedra como una gotera antes de que el ruido de las alas de la paloma contra el vidrio me hiciese estremecer y levantar la frente.

¡Qué felicidad! una paja dorada reluciente como una hoja de maíz al sol venía atada á una de sus patitas. Desatéla, la besé cien veces convulsivamente y la guardé en mi pecho como una reliquia de amor. Besé igualmente las alas de la paloma, le di á picotear golosinas cuanto quisiese en mi mano y en mi boca, luego me quité del justillo un hilo azul, color del paraíso, formé con

él un collar al ave y la dejé volar otra vez hacia la reja del calabozo del homicida.

CLXXII

Mas así que este mudo mensaje quedó cambiado entre nosotros, no pude contener la alegría que me rebotaba interiormente: cogi llena de gozo la cornamusa colgada á la cabecera de mi cama, y sin tocar nada de seguido le hice despedir en desorden todas las notas sueltas y vivas que respondían como un eco embriagado á la embriaguez desordenada de mi propia alegría: asemejábase aquello á los himnos brillantes que se oyen al órgano de San Stéphanó en los días de fiesta entre las nubes de incienso, y que son como el *Te Deum* del amor. Toqué con tal entusiasmo piezas alegres y por tanto tiempo que el *bargello* me dijo al día siguiente:

— Tienes mal corazón, Antonio (así era como me llamaba); tienes mal corazón cuando tocas tocatas tan alegres á los oídos de esos pobres del patio que lloran sus desgracias y sobre todo á los oídos del homicida, que cuenta sus últimas horas sobre la paja de su encierro.

CLXXIII

Avergoncéme como si en efecto hubiese cometido una inconveniencia voluntariamente, bajé los ojos y callé.

No veía la hora que llegase la de ver á Jerónimo para saber de él los resultados de su confianza al padre Hilario. No pude acercarme á su calabozo hasta el anochecer, después de los oficios de la tarde que el anciano sacerdote vino á rezar, en la capilla de los presos. El *bargello* y su mujer habían asistido por devoción y por caridad antes de subir á su cuarto, dejándome el cuidado de apagar las velas y de arreglar todo en el claustro antes de irme á acostar. El *piccino* dormía ya en la cama que se le había hecho en un cajón al lado del de los perros bajo los primeros tramos de la escalera.

CLXXIV

Más loco de alegría mal contenida que lo estaba yo misma me pareció Jerónimo en esta ocasión corria y saltaba en el fondo de su calabozo como

él un collar al ave y la dejé volar otra vez hacia la reja del calabozo del homicida.

CLXXII

Mas así que este mudo mensaje quedó cambiado entre nosotros, no pude contener la alegría que me rebotaba interiormente: cogi llena de gozo la cornamusa colgada á la cabecera de mi cama, y sin tocar nada de seguido le hice despedir en desorden todas las notas sueltas y vivas que respondían como un eco embriagado á la embriaguez desordenada de mi propia alegría: asemejábase aquello á los himnos brillantes que se oyen al órgano de San Stéphanos en los días de fiesta entre las nubes de incienso, y que son como el *Te Deum* del amor. Toqué con tal entusiasmo piezas alegres y por tanto tiempo que el *bargello* me dijo al día siguiente:

— Tienes mal corazón, Antonio (así era como me llamaba); tienes mal corazón cuando tocas tocatas tan alegres á los oídos de esos pobres del patio que lloran sus desgracias y sobre todo á los oídos del homicida, que cuenta sus últimas horas sobre la paja de su encierro.

CLXXIII

Avergoncéme como si en efecto hubiese cometido una inconveniencia voluntariamente, bajé los ojos y callé.

No veía la hora que llegase la de ver á Jerónimo para saber de él los resultados de su confidencia al padre Hilario. No pude acercarme á su calabozo hasta el anochecer, después de los oficios de la tarde que el anciano sacerdote vino á rezar, en la capilla de los presos. El *bargello* y su mujer habían asistido por devoción y por caridad antes de subir á su cuarto, dejándome el cuidado de apagar las velas y de arreglar todo en el claustro antes de irme á acostar. El *piccino* dormía ya en la cama que se le había hecho en un cajón al lado del de los perros bajo los primeros tramos de la escalera.

CLXXIV

Más loco de alegría mal contenida que lo estaba yo misma me pareció Jerónimo en esta ocasión corria y saltaba en el fondo de su calabozo como

un cabrito cuando ve entrar en el establo á la pastora que va á abrirle la puerta de los campos : quiso besarme en la frente como los demás días, pero yo lo evité, diciéndole :

— No, no, cuéntame antes lo que ha pasado entre el Padre y tú. Tiempo tendremos para besarnos después. ¿Qué le dijiste? ¿Qué te contestó?

— Pues bien, dijo Jerónimo; poco me costó traer la conversación al punto deseado, porque él mismo, al verme tan pálido y triste, me pidió que le abriese mi corazón como le había abierto mi conciencia y le manifestase si me quedaba ante Dios algún deseo de venganza contra los que por malicia iban á ser causa de mi prematura muerte.

Entonces se lo confié todo, lo mismito que tú me dijiste, y me declaré incapaz de perdonar jamás en lo íntimo de mi corazón, ni en este mundo ni en el otro, á los que me habían separado de ti y á ti de mí, á menos de tener la seguridad al morir de que nunca serías tú de otro sobre la tierra y de que yo sería eternamente tu esposo en el paraíso.

Reprendiome bastante por tales ideas, que impedían que me absolviese hasta la última hora, puesto que él no podía perdonar en nombre de

Jesucristo á los que no habían perdonado; hizome rezar para que olvidase mi odio y venganza, pero esto no era posible. Mi resolución era inexorable, á menos de llevarme al otro mundo el anillo de nuestra unión.

El buen padre pareció reflexionar largo rato, y en seguida, levantándose para marcharse :

— ¿Me prometes, me dijo, si se te concede esa gracia del matrimonio *in extremis* con la que amas más que al cielo y que te ama más que á su vida; me prometes abrazar al jefe de los esbirros y perdonar á vuestros verdugos, en vez de maldecir en la hora de la muerte á vuestros enemigos?

— ¡Oh! ¡Mil veces sí! ¡Sí padre mío! exclamé; y lo haré de todo corazón; porque, ¿no deberé mayor felicidad que infortunio á los que me habrán dado así una eternidad con Fior d'Aliza por algunos miserables años sobre la tierra?

CLXXV

— Bien, me dijo entonces, tranquiliza tu pobre alma enferma, mi querido hijo : lo que me pedís es muy difícil, tal vez imposible de obtener

de los hombres ; pero Dios es infinitamente más misericordioso que ellos, y el que trajo sobre sus espaldas al rebaño la oveja descarriada vuelve al gremio de la Iglesia por todos los medios el alma herida. No me atrevo á tomar sobre mí la gran responsabilidad de este casamiento.

Pero si Dios lo permite, si Cristo dice si por el órgano de sus ministros, puedes estar seguro que me prestaré gustoso á presentar dos almas puras al Señor.

Voy en primer lugar á consultar al Obispo, tan piadoso como sabio, y subiré después á San Stéphano para obtener de mis superiores las dispensas necesarias : confiaré en seguida á tu madre y al padre de Fior d'Aliza el encargo sagrado que tengo para ellos ; y creo no me será difícil conseguir la autorización para que éstos entren conmigo en la cárcel á fin de recibir el último adiós del reo, y llevarse á su hija y sobrina, viuda antes de ser esposa, á su morada. Prepárate por la pureza de tus pensamientos, por la virtud de tu perdón, á la unión enteramente santa que deseas como una prenda del cielo, y sobre todo no dejes sospechar nada al *bargello* ni á nadie acerca del misterio que se realizará entre el obispo, tú, Fior d'Aliza, vuestros padres y yo : ; los ministros de Dios pueden comprender cosas

que jamás suscribirían los ministros de la justicia de la tierra !

Nos perderías á todos, y á ti el primero.

Bendíjome dichas estas palabras y yo besé sus sandalias.

He aquí palabra por palabra, lo que me dijo el padre Hilario ; pero comprendí perfectamente en su acento y semblante que tenía más confianza que duda acerca del éxito de su confidencia al Obispo y á sus superiores, y que en su pensamiento estaba ratificado ya mi deseo.

CLXXVI

Así pasamos aquella tarde y todas las siguientes ; corría el tiempo que para nosotros sólo duraba un minuto, hablando de unas cosas y otras ; de lo que harían nuestros queridos viejos bajo el castaño ; de lo que haríamos nosotros mismos, si por fortuna llegaran á tener fin nuestras desdichas, ya fuese por gracia del Duque, ya por la fuga que meditábamos juntos á algún país lejano, como Pisa, Las Maremmas, Sienna, Radiconi ó los Apeninos de Toscana. Entregábase él con delirio á la idea de esa fuga lejana en la que yo sería todo un mundo para él y él todo un

mundo para mí, en la que ganaríamos nuestra vida, él con sus brazos, yo con la cornamusa, y en la que después de reunir algún corto peculio, construiríamos bajo algún otro castaño una choza que viniesen á habitar con nosotros mi anciana tía y mi pobre padre ciego, sin contar el perro, á quien nos guardábamos muy bien de olvidar.

Pero, sin embargo, haciendo como que tomaba parte en aquellos hermosos sueños, para animar á Jerónimo á que los forjara, ocultaba á mi amante parte de mi pensamiento, porque sabía que no podía asegurar su fuga sin entregarme en su lugar, á menos de perder al *bargello* y á su mujer que habían sido tan buenos para mí, y á quienes, por ningún concepto, quería sacrificar á mi dicha; pues ellos respondían de sus presos con sus personas, y lo menos que podía sucederles si me escapaba con Jerónimo, era que fuesen despedidos de un empleo que les procuraba la subsistencia, ó pasar por cómplices míos y ocupar en el calabozo el sitio del homicida y de su llavero.

No quería hacer esto porque no habría sido justo ni natural de un alma agradecida. ¡Volver mal por bien! ¿cómo era posible pensar siquiera en semejante cosa? Y luego, para decirlo todo, tenía otra razón para engañar un poco á Jerónimo

acerca de mi fuga con él de la ciudad, y es que no podía darle tiempo para asegurar su evasión sino dando que hacer por algunas horas á sus enemigos y entregándoles una vida por otra. Luego, poco me importaba morir con tal que él viviese para sostener y consolar á mi padre y á mi tía.

¿Qué era yo comparada con él? Sólo dos ojos para llorar. Esto no valía la pena. Mi resolución estaba tomada; sacrificarme por mi amante puesto que él vendría á unirse conmigo en el Paraíso.

CLXXVII

Los ratos que pasábamos así dos veces al día, solos, en nuestro calabozo (pues verdaderamente era tanto mío como de él) haciendo castillos en aire, eran los más deliciosos que había tenido en mi vida. Hubiera querido que tales horas no pasasen jamás ó que todas nuestras horas pasadas y futuras fuesen contenidas en una de aquéllas.

Pero ¡ay! la sombra del claustro no dejaba por eso de crecer en el patio, ni las estrellas dejaban de levantarse en el pedazo de cielo que se divisaba desde el fondo del calabozo: era preciso separarnos, costara lo que costase, pues mi per-

manencia en el patio podía parecer demasiado prolongada al *bargello*. Su mujer y él estaban muy contentos de mi servicio, y no cesaban de felicitarse por mi fidelidad y asiduidad en el cumplimiento de mis deberes, mis atenciones con los presos, y cuidados con los perros y palomas. ¡Qué crimen no hubiera sido sumirlos en la ruina y en la cárcel en recompensa de su confianza!

CLXXVIII

Al cabo de tres días, volvió el padre Hilario de su convento. Refirió á Jerónimo que el Obispo y el Prior no habían titubeado en otorgarle el consentimiento la autorización y dispensas eclesiásticas, motivadas en la salvación del homicida, á quien nada costarian la resignación y el perdón si moría con la certeza de volver á hallar en el paraíso de los arrepentidos, la unión eterna con la que amaba.

— Sé, le había dicho el Obispo, que esa piadosa superstición es general en Luca y que no hay medio de desarraigarla, pero es la superstición de la virtud y del amor conyugal, beneficiosa para las costumbres: no hay pues inconveniente en condescender con ella por la fide-

dad de los esposos, y sobre todo por la salvación de los condenados á muerte.

El superior de San Stéphanó había dicho lo mismo. En cuanto á la madre de Jerónimo y á mi padre, ¿cómo habían de negar su consentimiento á la unión santa de todo lo que amaban sobre la tierra, sobre todo cuando esperaban que esa unión fuese tal vez la prenda de la gracia concedida á Jerónimo, y cuando menos de mi regreso á su lado, si acaso permanecía preso después de conmutada su pena?

Provisto el padre Hilario de todas estas autorizaciones, había traído en su compañía á la ciudad á mi padre ciego con el perro que le guiaba y á mi tía. Llevólos, como dos mendigos sin asilo que había encontrado en el camino, al convento de Luca que él mismo habitaba, y obtuvo para ellos un rincón oscuro en el pórtico. Allí recibían la sopa que se distribuía dos veces al día; de sus dos porciones separaban una para el perro, el pobre Zampona. El animal parecía comprender que había algún secreto en todo aquello, y echado á los pies de su amo ó en el delantal de mi tía, los miraba con extrañeza y ni ladraba como hacía en nuestra puerta al pasar los peregrinos.

CLXXIX

Tangan ustedes mucho cuidado, les habia dicho el padre Hilario, de no revelar al *bargello*, á su mujer ni á otro alguno nada del secreto que media entre Jerónimo, Fior d'Aliza, ustedes y yo : un gesto sólo haría que se perdiese, no sólo la vida, sino hasta la salvación misma de vuestro hijo, si es que debe morir.

Así lo habían prometido mi tía y mi padre ; pero prefiero dejar á mi tía que cuente á su vez lo que se dijeron y pasó después entre ellos y Jerónimo, cuando se volvieron á ver, porque yo no estaba presente.

CAPÍTULO VII

CLXXX

Echóse á llorar la tía, ocultando el rostro con su delantal y pasado un momento me dijo :

— Perdóneme, señor, sólo de pensar en ello se me llenan de lágrimas los ojos.

Póngase usted en nuestro lugar ; dos pobres viejos privados, uno de la luz y la otra de su marido y ambos de sus queridos hijos ; él, yendo á buscar á su hija que tal vez no querría seguirle de tanto como amaba a su primo ; yo, á ver mi hijo al pie del cadalso ó cuando mejor fuera á la puerta de un presidio ; y él y yo sin otro apoyo en una ciudad desconocida que el de un anciano, tambaleándose apoyado en su bastón, pidiendo limosna para nosotros de puerta en puerta.

Y así entramos en Luca ; yo rezando el rosario

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

CLXXIX

Tangan ustedes mucho cuidado, les habia dicho el padre Hilario, de no revelar al *bargello*, á su mujer ni á otro alguno nada del secreto que media entre Jerónimo, Fior d'Aliza, ustedes y yo : un gesto sólo haría que se perdiese, no sólo la vida, sino hasta la salvación misma de vuestro hijo, si es que debe morir.

Así lo habían prometido mi tía y mi padre ; pero prefiero dejar á mi tía que cuente á su vez lo que se dijeron y pasó después entre ellos y Jerónimo, cuando se volvieron á ver, porque yo no estaba presente.

CAPÍTULO VII

CLXXX

Echóse á llorar la tía, ocultando el rostro con su delantal y pasado un momento me dijo :

— Perdóneme, señor, sólo de pensar en ello se me llenan de lágrimas los ojos.

Póngase usted en nuestro lugar ; dos pobres viejos privados, uno de la luz y la otra de su marido y ambos de sus queridos hijos ; él, yendo á buscar á su hija que tal vez no querría seguirle de tanto como amaba a su primo ; yo, á ver mi hijo al pie del cadalso ó cuando mejor fuera á la puerta de un presidio ; y él y yo sin otro apoyo en una ciudad desconocida que el de un anciano, tambaleándose apoyado en su bastón, pidiendo limosna para nosotros de puerta en puerta.

Y así entramos en Luca ; yo rezando el rosario

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

detrás del hermano limosnero y mi cuñado guiado por su pobre perro.

CLXXXI

Al día siguiente de aquél en que nos dejó el padre Hilario en el rincón del pórtico del convento, vino á buscarnos para llevarnos á ver al condenado á muerte, con permiso del juez.

Trémulos de miedo é impacientes por el deseo de ver á nuestro querido hijo, entramos en el patio de la cárcel, en el cual al arrullarse las palomas parecía que lloraban como nosotros y se hablaban de amor como nuestros hijos.

El *bargello* y su mujer tuvieron la atención de no entrar con nosotros para no presenciar la desesperación de una madre y de un tío que venían á contar las últimas horas de aquel pedazo de su corazón.

Advertida Fior d'Aliza por el monje, tuvo el cuidado de no acercarse para evitar que al percibirnos nos echásemos locamente unos en brazos de otros; pero yo la veía que á su pesar se adelantaba para vernos por entre los pilares. ¡Ah! su vista me produjo pena y placer á la vez. Sentí que mis piernas flaqueaban y sin los

hombros de mi cuñado en los cuales me apoyé, hubiera caído en tierra. El perro Zampona que también la alcanzó á ver, comenzó á ladrar de contento, pero yo le retuve por su cadena y no tardamos en hallarnos delante de la reja abierta del calabozo de Jerónimo.

CLXXXII

El pobre muchacho nos esperaba: cuando nos vió se echó á los pies de su tío y á los míos pidiéndonos perdón de todas las desgracias que el ardor por defender á su prima y á nosotros había hecho caer sobre la casa. Su tío estrechaba su cabeza contra sus rodillas trémulas de emoción, y yo lloraba sin poder pronunciar sino su nombre en mis sollozos, teniendo sus manos entre las mías.

El perro, que había reconocido á su amigo, hacía por lanzarse sobre Jerónimo, ladraba con toda su alegría, y no pudiendo apoyarse, para llamarle, en sus dos patas, daba vueltas alrededor nuestro, lanzándose de nuevo inútilmente, hasta que Jerónimo lo abrazó también á su vez llorando. En fin, señor, aquello era una desolación en el calabozo, oyéndose más sollozos y la-

dridos que palabras. Al fin, el padre Hilario, no pudiendo contener su emoción, nos dijo también llorando :

— Siéntense sobre esa paja y hablen en paz : voy á apartarme por todo el tiempo que ustedes quieran, antes de la hora en que traen la sopa á los presos, y para que puedan ver al menos á aquella á quien la prudencia les prohíbe hablar aquí, me pasearé con ella bajo el claustro ; cada vez que pasemos ella y yo por delante del calabozo pueden contemplarla, y ella podrá abarcar de una mirada, sin volver demasiado la cabeza, todo cuanto ama en este mundo ; cuidado con hablarle sino con los ojos y con el ademán desde el fondo del calabozo, que ella no hablará más que con su silencio ; bastante tiempo os quedará de hablarle con la lengua si llevo á conseguir devolvedros la por la gracia de Dios ; sobre todo, que el perro no ladre ni se lance hacia ella contra la reja cuando pasemos por delante.

CLXXXIII

Hicimos lo que dispuso, y nada pudimos decirnos en tanto que no oíamos acercarse bajo el

claustro el ruido de las sandalias del monje y de los pasos ligeros de Fior d'Aliza.

Yo por mi parte me pegué á la reja y me comía con los ojos la cara de mi sobrina. ¡ Dios mío, que hermosa estaba ! ¡ pero también que pálida con aquel oscuro traje de llavero de cárcel ! Como el claustro era muy largo y el padre Hilario andaba pesadamente á causa de su edad avanzada, Jerónimo, su tío y yo hablábamos en tanto que los dos recorrían la distancia de un extremo al otro del claustro : hasta el perro parecía tomar parte y llorar realmente como yo, cuando miraba á Fior d'Aliza ó á Jerónimo. Únicamente mi hermano no lloraba, porque sus ojos secos no brotaban ya lágrimas, pero por lo mismo su corazón estaba más anegado en ellas.

CLXXXIV

Lo que hablamos los tres en aquellas dos horas en que el padre Hilario hizo durar, con gran fatiga suya, el placer y la pena, ¿ cómo podría decirlo ? Un día no bastaría para ello. Piense, pues, todo lo que puedan decirse cuatro personas que no forman más que una, y que ven el calabozo bajo sus pies y la muerte sobre su cabeza, por el

suplicio próximo de uno solo de ellos, amagando matar á todos de un solo golpe.

Jerónimo nos dijo que su felicidad, si debía vivir y su salvación eterna si había de morir, dependían de la negativa ó del consentimiento que le diéramos para consagrar antes de su último día su unión con su prima, *sorella* (hermana) como él la llamaba. Sabiendo cuánto lo quería ésta ¿cómo podíamos negarnos?

Nosotros le habíamos infundido la idea de que los esposos en la tierra volvían á encontrarse en el paraíso. ¿Y habríamos de negarle el permiso diciendo que no, el ciego y yo?

Expresónos con frases que le salían del corazón su contento y nos repitió lo que el padre Hilario le había dicho del permiso del Obispo.

CLXXXV

¡ Oh! denle prisa, decía con las manos juntas, hagan que pronto cumpla lo prometido, para que pueda yo vivir en paz mis últimos días y que no me lleve mi desesperación á la otra vida.

Nosotros contestábamos sólo con nuestro llanto, que aumentaba cada vez que pasaba Fior d'Aliza.

La última vez que pasó por delante del calabozo no pude contenerme, y dije á media voz de manera que ella sola pudiera oirme :

— ¡ Fior d'Aliza! ¿ qué quieres de nosotros?

Inmediatamente me contestó sin volver la cabeza :

— ¡ Él, ó morir con él!

Cuando salimos á la hora que nos había indicado el padre Hilario, la vimos que se alejaba de él corriendo para subir á su cuarto antes que nosotros dejásemos la cárcel. El *bargello* y su mujer no extrañaron ver nuestros ojos encarnados : estaban acostumbrados á oír sollozos en la prisión como nosotros lo estábamos á oír el susurro del agua en los manantiales.

CLXXXVI

Callóse la tía, diciendo á Fior d'Aliza : — Á ti te corresponde ahora hablar, solo tú sabes lo que pensabas mientras que nosotros nos consolábamos hablando así, la que podía ser última vez, con nuestro pobre Jerónimo. Vamos, habla al señor con confianza. Bueno es que abras tu corazón y saques de él todo lo que queda de lágrimas

para dejar sitio á la felicidad que vas á experimentar en el resto de tu vida.

— ¡Oh! ¡Sí! Cuéntanos eso tú misma, añadió el ciego. Lo oiría todas las noches de mi vida sin cansarme de dar gracias á Dios por su misericordia con nosotros.

— Pues bien, dijo Fior d'Aliza; voy á obedecer, pero me avergüenza cómo una muchacha tan inocente y sencilla, cual yo era, pudo tener tanta astucia: ¡Oh! fui el ángel de la familia y del amor, no fui yo; pero, en fin, diré lo que fué de mí.

CLXXXVII

Cuando llegué á mi cuarto no me acosté. Ya lo supondrán ustedes. Arrojéme vestida en el lecho, cerré los ojos y recogí todas las fuerzas en mi pensamiento para inventar el medio de salvarnos juntos, ó de hacer que él se salvara en el último momento, engañándole y muriendo por él yo sola. Y he aquí lo que me dictó mi ángel al oído como si una voz clara y divina me hubiese hablado; porque, lo repito, no era yo quien discutía conmigo misma: mis labios estaban cerrados y la palabra de arriba me hablaba sin dejarme

responder y como si alguno me hubiera ordenado. Á lo menos así lo creía yo y por esto no dudaba de aceptar lo que la tal voz me decía.

Salvarse dejándose morir ó cautiva en su lugar, no es posible, decía la voz celeste: bien comprendes que jamás consentiría en ello, él que te ama tanto y que ha arriesgado su libertad y su vida por vengarte de los esbirros que te habían herido y roto la pata á tu perro. No, no hay que pensar en ello. Entonces, ¿qué hay que hacer? Porque no puedes hacer que se evada sino engañándole á él mismo.

Aquí la voz se interrumpió largo rato como uno que medita y después continuó:

— Sí, una vez que estéis casados, es preciso engañarle, haciéndole creer que debe marchar él primero, y aguardarte después en el sitio de la cita bajo el arco del puente, al pie de la montaña donde encontraste la boda de la hija del *bargello*, hasta que vayas á reunirte con él por otro camino un poco antes de anochecer, y partáis juntos por senderos extraviados á la falda de la montaña para salir de los estados de Luca y alcanzar antes del día las fronteras de los estados de Toscana, en las Maremmas de Pisa. Entonces quedáis en libertad y os ajustaréis los dos con los propietarios de un *podere* (quinta) para segar él, y tú como

agavilladora, ó bien él como leñador y tú como recogedora de haces de leña en los bosques. Para ello, ¿qué tienes que hacer? Desde mañana es preciso acabar de serrar una barra de hierro de la reja que hay detrás del altar de la capilla de los presos, de manera que no quede sostenida más que por un hilo para que con una ó dos limaduras más puedas hacerle caer hacia fuera en el plantío de árboles de la cárcel, y que por el desagüe abierto en aquel sitio, al pie de la claraboya y que atraviesa las fortificaciones de la ciudad, se encuentre Jerónimo fuera de los muros, libre en el campo... ¿Y tú por qué no le has de seguir? me dijo la voz, ¿y por qué prefieres morir en su lugar antes que arriesgar la libertad siguiéndole en su fuga?

¡Ah! me respondió la voz en mi conciencia, es que si yo me huyese con él, el *bargello* y su mujer, tan buenos y hospitalarios conmigo, quedarían perdidos, y se les acusaría seguramente de haber sido sobornados por nosotros con dinero para engañar á la justicia, y lo menos que podría sucederles sería la deshonra, la cárcel, y quien sabe talvez si cadena perpetua por premio de su caridad hacia mí: mal por bien, la ruina y la cárcel por un buen impulso de su corazón. ¡No! ¡antes morir que salvar mi vida á costa de

semejante crimen! ¿Y cómo gozarías tú en paz de la libertad y de tu dicha con Jerónimo, al pensar que otros derramaban tantas lágrimas de dolor eterno como podías tú derramar de felicidad en los brazos de Jerónimo? Y él mismo tan justo y tan bueno, ¿podría vivir de la muerte de otro? No, mil veces no; preferiría morir.

CLXXXVIII

No había otro remedio sino engañarlo para salvarlo. Yo le diré: Huye; he preparado los medios para que la noche que te pongan en capilla puedas hacerlo; en seguida iré yo á reunirme contigo. Y en esto pensaba la verdad porque muerta ó viva no tardaría en verme junto á él.

Quedó, pues, decidido que le engañaría para no faltar á la lealtad debida al *bargello* y á su mujer.

— Cuando se halle libre, continuó la voz, te vestirás el sayo y la capucha de los penitentes, que él habrá dejado en la capilla al huir, y volverás á su calabozo antes de amanecer para ocupar su lugar, á fin de que los esbirros te conduzcan al suplicio, creyendo que llevan al asesino del capitán: marcharás en silencio delante de ellos, seguida de los penitentes negros ó blancos

de toda la ciudad que rogarán á Dios por ti ; y cuando hayas llegado al lugar del suplicio, morirás pronunciando su nombre, feliz en dar tu vida por la suya.

Esto fué exactamente, señor, lo que el ángel me dijo, y lo que yo no habría inventado en toda mi vida por mí sola. Yo era demasiado simple y tímida, pero el ángel del amor conyugal inventa otras muchas cosas. ¡ Oh ! bien lo comprendí después que fui su mujer.

CLXXXIX

Dormí, después de este milagro, como si una mano divina hubiese tocado mis párpados y calmado mi pobre corazón.

Tenía tomada la resolución de nada decirle hasta el momento en que el Príncipe, á quien se esperaba en Luca hubiese llegado y ratificado ó aplazado la ejecución. Ésta era nuestra última esperanza.

¡ Ay ! pronto supe la triste realidad : al día siguiente me dijo el *bargello* cuando me dirigía á hacer mi servicio al patio, poco después de despertarme, que el Príncipe acababa de escribir á su ministro que no se le esperase, porque se ha-

bía detenido en Bohemia con motivo de una carcería.

Todo se había perdido : mis piernas casi se negaron á sostener mi cuerpo y una palidez mortal cubrió mi cara ; afortunadamente el *bargello* no notó el efecto que en mí había hecho la noticia, porque todavía no había mucha claridad en el vestíbulo por donde pasábamos. Creería que estaba medio dormida aun ó que la vuelta del Duque me era tan indiferente como el aplazamiento del suplicio del homicida.

CLXL

Entré en el patio y corri al calabozo de Jerónimo ; ya estaba allí el padre Hilario, el cual había ido á anunciarle que no había esperanza de gracia por la ausencia del Duque, que quería cazar faisanes en Bohemia, y que para dentro de tres días había sido fijada la ejecución. Recibió su última confesión y le prometió llevarle el Sacramento del Matrimonio, y el de la Eucaristía con el de la Extrema-Unión la víspera de su muerte. Luego, volviéndose á mí, que estaba medio muerta :

— Os uniré, nos dijo, hijos míos, mañana an-

tes de la noche; quedaréis unidos por un día y separados al siguiente por un poco de tiempo. ¡Qué la eternidad os consuele del triste día que os espera! Voy á llevar la desesperada nueva á vuestros padres. Acompañame Fior d'Aliza, para que la noticia no los mate.

CLXLI

Yo no estaba ya triste porque recordaba lo que el ángel me había dicho en la noche. Seguí al monje con la licencia del *bargello* hasta el vecino convento, y antes de que el buen anciano moviese los labios, hice un signo á mi tía dándole á entender que no se verificaría la ejecución, lo que ella dijo al oído de mi padre sin que el monje lo percibiese. Después recibieron la noticia fatal con la aparente resignación de los que ponen toda su confianza en el cielo.

Dijoles también el padre Hilario que al día siguiente vendría á buscarlos en secreto, antes que amaneciera, para ante ellos darnos la bendición nupcial.

Mezclé mis lágrimas con las de mi tía, besé mil veces á mi padre y me volví con el anciano monje á la cárcel. ¡Qué día aquél, señor! ¡Y

cómo hubiera deseado á la vez acortar y aumentar las horas! Las unas para morir en seguida é irle á esperar al paraíso y las otras para darle la libertad y la vida sacrificándole la mía.

CLXLII

En fin pasó aquel día. No sé por qué no me atrevía á acercarme mucho al calabozo de Jerónimo, en el cual me esperaba éste sin querer llamarme.

No sentía hambre ni sed y dije á la mujer del *bargello* que me hallaba algo enferma, para evitar sentarme con ellos á su mesa. Tampoco dormí, pero recé toda la noche rogando al ángel de mi guarda y á mi santa patrona que intercediesen con Dios á fin de que todo saliese como yo pensaba.

Mucho tiempo antes que la luz del día iluminase la cimas de las montañas de Luca, lavé en mi cara las trazas de las lágrimas y peiné mis rubios cabellos mirándome al espejo á la luz de la lámpara, para que á lo menos aquel día pareciera más bella al que iba á ser mi marido.

Hay que convenir, tía, en que las mujeres, aun

cuando vayan á morir, desean dejar un agradable recuerdo en los ojos de los que aman.

CLXLIII

Tres ó cuatro veces seguidas subí y bajé la escalera de la torre como si esto acortase el tiempo, dirigiéndome hacia la puerta de la calle, deseando escuchar los pasos lentos del padre Hilario y los ligeros del monaguillo. Por fin llegaron, y el padre Hilario iba á llamar cuando yo lo evité abriendo la puerta.

Puse un dedo en mis labios para que el anciano y el niño no despertasen al *bargello*; tal confianza tenía éste en mí que me dejaba la llave del patio. Hicelos entrar y atravesamos sin ruido el patio de la prisión; el sacerdote, el monaguillo y yo penetramos en el calabozo de Jerónimo. Yo, que iba detrás, incliné la cabeza sobre el pecho.

Jerónimo temblaba como yo y nada me dijo. El padre Hilario abrió la puerta del corredor que comunicaba á la capilla. El monaguillo encendió las velas y comenzó la misa.

Mi padre y mi tía, que habían entrado en la capilla al mismo tiempo que nosotros, por la puerta exterior, fueron los únicos testigos de

aquella escena. Después de alzar, el sacerdote nos indicó que nos acercásemos, y extendiendo sobre nuestras cabezas un velo negro, deslizó en nuestras manos dos anillos y dijo en voz baja disimulando su emoción :

— Amaos en la tierra, hijos míos, para amaros después en el paraíso; yo os uno por toda la eternidad.

Jerónimo se levantó temblando, se apoyó en la pared y volvió á caer de rodillas. El monaguillo que creía que él temblaba por su próxima muerte echóse á llorar. El padre se apresuró á despojarse de sus hábitos de sacerdote, y me llevó fuera del patio antes que alguien se despertase en la cárcel; abrió la puerta de la calle.

Subí lentamente á mi habitación, caí de rodillas al pie de mi cama, dando gracias á Dios por haberme concedido vivir un día *sposa* de Jerónimo

CLXLIV

En todo el día salí de mi cuarto. El *piccino* hizo el servicio de los presos, él mismo llevó de comer al asesino, aunque éste, según me dijo, no había probado bocado de los exquisitos platos que le prepararon, y estaba mudo como una esta-

tua. Los hermanos penitentes fueron varias veces á recitarle en el patio las oraciones de los agonizantes; la última vez abrieron la puerta y le dijeron que la religión se hallaba dispuesta á perdonar á todo el mundo, y que si quería arrepentirse y morir como un buen cristiano, se pusiese al día siguiente el hábito de la cofradía para marchar al suplicio, á donde todos los penitentes le acompañarian rogando á Dios por su alma.

Este traje que se pone encima del que uno lleva parece una mortaja, cubre manos y pies y arrastra por tierra; bajando su capuchón, que tiene dos agujeros que quedan enfrente de los ojos, se halla la cara completamente cubierta.

Jerónimo, á quien yo habia enterado de esta costumbre, aceptó el traje, dando las gracias á los penitentes. Quedó solo; la oscuridad se extendía por el patio y yo entré en él á escondidas antes que lo cerrase el *bargello*.

Creyó éste que por la debilidad propia de mi juventud me habia de ser demasiado sensible la vista de un hombre en capilla, y pensaba que por esta causa me habia encerrado en mi cuarto

CLXLV

Sin embargo, yo habia prometido á Jerónimo que pasaría á su lado la última noche, sin temor de ser descubierta, pues no debía separarse de mí sino ya salvo, ni nadie vería mi cara sino después de muerta en su lugar.

Al decir esto Fior d'Aliza, sus ojos cayeron involuntariamente sobre la cuna en que su encantador niño dormía sonriendo con los ángeles.

— Tan pronto entré en el calabozo de Jerónimo, apagóse la lámpara y todo quedó en la oscuridad. Sentámonos sobre la paja que le servía de lecho, me abrazó por la primera vez sin que yo pusiese resistencia, y la noche de nuestras bodas comenzó con esas palabras que se hallan ocultas en el fondo del corazón, que no se pronuncian sino una vez y que se recuerdan toda la vida.

Noche terrible, en la que nuestras lágrimas eran enjugadas por los besos, y nuestros besos interrumpidos por las lágrimas. ¡Ah! nadie como yo ha experimentado el sentimiento del amor y de la muerte confundiéndose y mezclándose de tal modo que el amor luchaba con la muerte y la

tua. Los hermanos penitentes fueron varias veces á recitarle en el patio las oraciones de los agonizantes; la última vez abrieron la puerta y le dijeron que la religión se hallaba dispuesta á perdonar á todo el mundo, y que si quería arrepentirse y morir como un buen cristiano, se pusiese al día siguiente el hábito de la cofradía para marchar al suplicio, á donde todos los penitentes le acompañarian rogando á Dios por su alma.

Este traje que se pone encima del que uno lleva parece una mortaja, cubre manos y pies y arrastra por tierra; bajando su capuchón, que tiene dos agujeros que quedan enfrente de los ojos, se halla la cara completamente cubierta.

Jerónimo, á quien yo habia enterado de esta costumbre, aceptó el traje, dando las gracias á los penitentes. Quedó solo; la oscuridad se extendía por el patio y yo entré en él á escondidas antes que lo cerrase el *bargello*.

Creyó éste que por la debilidad propia de mi juventud me habia de ser demasiado sensible la vista de un hombre en capilla, y pensaba que por esta causa me habia encerrado en mi cuarto

CLXLV

Sin embargo, yo habia prometido á Jerónimo que pasaría á su lado la última noche, sin temor de ser descubierta, pues no debía separarse de mí sino ya salvo, ni nadie vería mi cara sino después de muerta en su lugar.

Al decir esto Fior d'Aliza, sus ojos cayeron involuntariamente sobre la cuna en que su encantador niño dormía sonriendo con los ángeles.

— Tan pronto entré en el calabozo de Jerónimo, apagóse la lámpara y todo quedó en la oscuridad. Sentámonos sobre la paja que le servía de lecho, me abrazó por la primera vez sin que yo pusiese resistencia, y la noche de nuestras bodas comenzó con esas palabras que se hallan ocultas en el fondo del corazón, que no se pronuncian sino una vez y que se recuerdan toda la vida.

Noche terrible, en la que nuestras lágrimas eran enjugadas por los besos, y nuestros besos interrumpidos por las lágrimas. ¡Ah! nadie como yo ha experimentado el sentimiento del amor y de la muerte confundiéndose y mezclándose de tal modo que el amor luchaba con la muerte y la

muerte era vencida por el amor. ¡Ah! Dios me libre de hablar de aquella noche. Sería una profanación.

CLXLVI

— Jerónimo, le dije cerca del amanecer, levántate, que la claridad del día ilumina ya los barrotes de la reja.

— No, me contestó, aun nos queda tiempo; no perdamos un minuto de este paraíso juntos, ¿quién sabe si volveremos á encontrarlo!

— Vamos, huye, repliqué yo, ó tu amor va á costarte la vida.

— No, repitió, aun no amaneco; es el reflejo de la luna.

Poco después oímos dar las cuatro en el reloj del convento vecino. Jerónimo me dejó bañada en lágrimas sobre la paja que nos servía de lecho, y escapándose de mis brazos que á mi pesar le retenían

— Adiós, me dijo en voz baja, ya en la ventana

cuyos barrotes había yo limado, soy feliz porque vivos ó muertos somos esposos.

— Hasta el puente del Cerchio, añadió dejándose caer en la huerta.

— Hasta el cielo, dije yo interiormente sin importarme el sacrificio de mi vida.

CLXLVII

Entré por el corredor de la capilla en el calabozo y me quité mis vestidos de hombre; en seguida me puse sobre mi camisa de mujer el hábito de penitente negro, cuyo capuchón ocultaría á todos mi semblante.

Volvi á la capilla, puse en su lugar la barra de hierro que había limado de la ventana, luego me arrodillé ante el altar y comencé á orar con el fervor del que ha pasado la noche sumido en las lágrimas que trae consigo el pecado.

Pero, yo no pensaba sino en la que acababa de pasar en compañía de Jerónimo, y poco en la muerte que arrostraba con gusto por él; y por el carcelero, para que éste no pagase con la suya inocente por el culpable. Ya oía cerca de mí el ruido que producían la multitud de penitentes negros y blancos y los hermanos de la Santa

Muerte que se agolpaban fuera de la reja, murmurando en voz baja las oraciones de los agonizantes.

El *bargello* y su mujer estaban entre ellos llorando y no extrañaban mi ausencia, considerando que mi juventud y la piedad que me inspiraba el prisionero me retenían en mi cuarto.

CLXLVIII

Llegaron los esbirros. Doblaban las campanas de todas las torres de Luca. Un frío glacial corría por mis venas pero no me abandonaban las fuerzas. Púseme en manos de los esbirros como un cordero que se lleva al matadero y salí oyendo los sollozos del *piccinino* y del *bargello* y su mujer, á los cuales apreté la mano para agradecerles sus servicios y su compasión.

La calle estaba llena de gente que dos filas de esbirros detenía á cierta distancia. Los penitentes me rodeaban y seguían y un muchachito iba delante del padre Hilario y de mí pidiendo para los parientes del asesino.

Caminábase lentamente, á causa de mi anciano confesor, que me hacía exhortaciones que no entendía yo y que se paraba de vez en cuando

para darme á besar un Crucifijo. Miraba yo aquel gentío temiendo sólo encontrar á mi pobre padre y mi tía, por si la emoción me hacía caer ante ellos y descubrirme, antes de llegar al lugar de la ejecución.

Pero no vi sino los irritados semblantes de los esbirros y los piadosos y desconsoladores de la muchedumbre. Al pasar por la gran plaza, y delante de la fachada del palacio del Duque, próximo á la muralla en la cual debía morir, vi una bella mujer que enjugaba sus ojos humedecidos por el llanto con un pañuelo, y que entró precipitadamente en el interior del palacio sin duda para no presenciar el suplicio que iba á sufrir el asesino por quien ella rogaba á Dios, ya que no tenía el derecho de gracia que sólo correspondía á su marido el Duque.

CLXLIX

Subí los escalones que conducían á la esplanada de la muralla, y me pusieron sola, con el padre Hilario y el verdugo, contra el parapeto del Cerchio, para evitar que las balas matasen algún inocente que se encontrase fuera del muro, al otro lado del río. Un pelotón de una docena de

esbirros, á las órdenes de un oficial y armados de sus carabinas, cargaron sus armas en mi presencia, alineáronse y se dispusieron á ejecutar las órdenes del jefe.

¿Creerá usted, señor, que en aquel instante terrible, en el cual todo un pueblo detenía hasta el aliento esperando la voz que iba á mandar matar un hombre, ni siquiera palidecí? Yo no pensaba sino en que moría por él y esperaba la voz de mando con más impaciencia que temor.

— ¡Soldados! gritó por fin el oficial — ¡preparen!

Los soldados me apuntaron; pero en el mismo momento, el verdugo se avalanzó hacia mí con precipitación, y bajándome con mano firme y violenta el capuchón y el hábito de penitente hasta la cintura, me presentó casi desnuda á los ojos de los soldados y de la multitud.

Yo creí que moría de vergüenza al verme con mi seno medio descubierto ante los soldados. ¡Ah, Dios mío! La muerte no es más terrible que lo que yo pasé en aquel minuto. La muchedumbre estupefacta no respiraba.

CC

De pronto dejóse oír un grito del lado de la escalera. Un hombre se lanzó rompiendo la fila de los soldados y cayó exánime á mis pies gritando. — ¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡soy yo! La vista se me oscureció, dióme vueltas la cabeza y caí sin sentido en brazos de mi esposo.

Al oír Jerónimo el doble de las campanas y no verme llegar al puente, punto de la cita, sospechando algo de lo que sucedía, entró en Luca, voló hasta la puerta de la prisión y sabiendo allí por el *piccinino* que los esbirros me llevaban al suplicio, se presentó reclamando á gritos su derecho á la muerte.

Como ya dije, caí desvanecida en aquel momento; al volver de mi letargo me encontré en un verdadero paraíso, en medio de una habitación, rodeada de flores, de cuadros y de estatuas que parecían mirarme, y de todas las doncellas de la Duquesa, las cuales me daban á aspirar un frasco de delicioso olor; y en presencia también de una bellísima joven que lloraba contemplándome.

Esta hermosa joven, como después supe, era la misma duquesa de Luca, la soberana, y soberana de veras, de belleza, bondad y piedad por sus súbditos. Nada puedo deciros de lo que allí pasó. Yo vivía pero estaba como en un sueño. Dicen que me interrogó, que le contesté, que se enterneció y que envió una orden, no de perdón, sino de suspender la ejecución hasta la vuelta del Duque.

CCI

Jerónimo volvió á su calabozo y á mí me confió la duquesa al cuidado de la mayordoma mayor de palacio, para que me pusiese en el convento de las Magdalenas de Luca, hasta tanto que mi padre y mi tía viniesen á buscarme.

¡Ah! cuántas bendiciones la prodigamos cuando llegó este ansiado día, y cuando la mujer del *bargello*, salvada de toda sospecha por mi plan, vino con ellos á buscarme para acompañarnos hasta nuestra cabaña. El pequeño Zampogna, loco de contento, como nosotros, saltaba alegremente al subir la montaña, como si tuviese la esperanza de encontrar en ella al desventurado Jerónimo.

CCII

— Pero ¡ah! no estaba. Ahora tenía que permanecer solo en su calabozo, cargado de cadenas cerca de seis semanas, hasta que las cacerías imperiales de Bohemia concluyesen y el Duque volviera á sus estados. Entonces le enteraría el Ministro del estado de la causa; ésta preocupaba mucho á todo el mundo, después que los esbirros casi fusilan una joven *sposa* en lugar de su marido.

Durante este tiempo consiguió el padre Hilario probar al doctor Bernabo las maldades que llevó á cabo Calamayo para favorecer las intenciones del capitán de los esbirros y la falsedad de los documentos que había inventado para despojarnos de nuestros bienes. En vista de esto se decidió que hasta tener más amplios pormenores volviessen mi padre y mi tía á disfrutar de la propiedad de la casa, la viña y el castaño, y que la pena de muerte á que había sido condenado Jerónimo, se conmutase (y esto por no dejar en mal lugar á los esbirros) en dos años de galeras; pero como el estado de Luca no tenía marina, un tratado con la Toscana obligaba á este Estado á recibir los

condenados de Luca á bordo de las galeras de Liorna.

El padre Hilario, al pasar por aquí cada semana, nos informaba de todos estos pormenores ¡Ah! ¡Qué de gracias dimos á la divina Providencia al saber la conmutación de la pena!

— Este, que ya yo llevaba en mi seno, conocería á su padre, dijo extendiendo la mano izquierda hacia la cuna, á la vez que con la derecha llevaba á sus ojos cegados por el llanto el extremo de su delantal.

— ¡Ah sí! exclamó entonces la tía, la pobre estaba en cinta.

Calláronse todos y Fior d'Aliza cogió su niño en brazos y se separó algo de nosotros para darle de mamar.

CCIII

— Ahora, señor, dijo pasado un momento la tía, hilando su copo de lino, yo contaré á usted lo que pasó después gracias á Dios y á la bondadosa Duquesa. Ésta no sospechaba que Fior d'Aliza llevaba en su seno una prenda de amor y de agonía, pero el amor es más fuerte que la muerte, como he oído leer en un libro santo; sabía sólo

por el Obispo que se habían casado, y que ella no consentiría jamás en abandonar á su marido á su pena y vergüenza en Liorna, sin ir ella allí á consolarle en medio de sus rudos trabajos; y por medio del padre Hilario le envió una carta de recomendación para la superiora de las hermanas de caridad de San Pedro, convento de Liorna, que precisamente se ocupaban en cuidar los galeotes enfermos. Estas buenas hermanas dieron á la pobre montañesa un abrigo, permitiéndoles salir de día para que viese á su marido.

CCIV

Pero aquí está Fior d'Aliza, que puede concluir la relación. Volvió á ocupar la bella *sposa* el sitio que había dejado y continuó:

— Partí sola y á pie con dicha carta, prometiendo á mi padre y tía volver de Liorna todos los sábados para traerles algo para la vida y pasar en su compañía los domingos, único día de la semana en el cual no salen los galeotes.

¡Ah! ¡Cuántas lágrimas derramamos al pie de la montaña! Pero en fin, la esperanza de vernos todas las semanas y que no era eterna la ausencia de Jerónimo, nos servía de consuelo.

Caminé desde la salida del sol hasta que se puso, con el pañuelo echado sobre la cara, para que al verme joven y sola, no fuesen á creer los que me encontraban, que era una de esas desgraciadas, que van á las grandes ciudades en busca de algún dinero á cambio de sus gracias.

La noche había cerrado cuando llegué á la ciudad y entré por la puerta confundida entre numerosas familias conocidas de los carabineros.

Di gracias á la Madona que, alumbrada por una pequeña lámpara, había en la puerta y en seguida pregunté por el convento. Tomáronme por hermano de algún galeote y me dieron las señas. Al llegar al convento y llamar no quiso al principio abrirme la hermana portera, porque era ya muy tarde, pero luego le inspiré alguna confianza ó compasión y me hizo entrar y sentarme mientras llevaba la carta á la superiora.

CCV

Era ésta una señora ya anciana y severa que después de leer la carta vino al locutorio para verme é interrogarme. Cuando me miró é hizo algunas preguntas acerca de mi embarazo, exclamó:

— No, hija mía, la Duquesa no pensó en que no podíamos admitirte en una casa como la nuestra.

Pero para dispensarte, tanto como es posible, la protección de la Duquesa, aquí en el patio hay un cobertizo que haré limpiar y poner una puerta, y en el cual podrás pasar la noche siempre que entres antes del *Ave María* y no salgas sino después del *Ave María* de la mañana. Haré que la hermana portera te lleve la comida todos los días y yo misma iré á verte á menudo para prestarte el consuelo y ayuda de que sin duda eres digna, por la simpatía que comienzas á inspirarme. Podrás también oír nuestra misa por la ventana de los servidores del monasterio.

CCVI

Dicho esto, pareció enternecerse, me abrazó, limpió mi frente humeda de sudor y encargó á la hermana portera de amarrar los perros que andaban sueltos en el patio para evitar que me hicieran daño al encontrar una persona extraña.

Pero esta orden estaba demás. Los perros no

eran malos y desde luego parece que comprendieron que yo no era peor que ellos.

Tendíme en mi lecho de paja y dormí como una marmota.

CCVII

El día siguiente puseme ropa de hombre que con la cornamusa había traído para pasar por un *pifferaro*.

Los centinelas me dejaron atravesar la verja del arsenal y penetrar en el patio interior de los galeotes. Entre nosotros no se impide á éstos el oír las tocatas de sus montañas y hablar, mientras no trabajan, con sus padres ó parientes.

Jerónimo dormía, pero yo me acerqué al sitio que me habían indicado y dejé hablar á la cornamusa. De pronto oí un ruido y era que de un salto se acercó á la reja.

¿Eres tú Fior d'Aliza? exclamó.

La cornamusa se cayó de mis manos y sentí sus labios en mi mejilla.

CCVIII

Lo que nos dijimos, señor, ni el mismo viento lo sabe porque no hubiera podido pasar entre su boca y la mía. Estuvimos juntos una parte de la mañana y me despedí prometiéndole verle todos los días, excepto los domingos.

Los sábados venía á la montaña á dar noticias á mi padre y tía y á traerles algo de lo que había ganado, y volvía á Liorna á pasar los días cerca de mi *sposo* oyéndole quejarse de la fiebre y velando cuando el dormía. ¡Cuántos meses, señor, pasamos así! él cada vez más languido y yo siempre fuerte.

Una noche me sentí indispuesta. La hermana portera fué á buscar una partera, pero cuando ésta llegó encontró una hermosa criatura á mi lado. En seguida que pude, la llevé á recibir las caricias de su padre y poco después las de sus abuelos. ¡Ah, cuánta alegría aquel día en la cabaña! El padre Hilario la bautizó poniéndole el nombre de Beppo.

Ya tenía yo dos cuidados en vez de uno. Llevaba á mi niño por donde quiera que iba, y cuando estaba al lado de su padre pasaba algunas veces

sus manecitas por entre los barrotes de hierro y jugaba con las cadenas de Jerónimo.

Esto reanimaba á Jerónimo. Había yo casi olvidado nuestras desgracias, y cuando tocaba la cornamusa en las calles, parecía que el niño oía la música y llamaba la atención de la gente.

CCVIX

Pero se reunía demasiada gente en la calle y la superiora me llamó para decirme que tanto el niño como yo estábamos demasiado hermosos para permanecer más tiempo en Liorna. Que nuestra presencia daba lugar á conversaciones á causa de qué, aunque nada podía reprochárseme por tener un hijo, pocos conocían su origen; y que convenía me fuese á la montaña á esperar la conclusión de la condena de Jerónimo, que sólo le faltaban ya seis semanas para volver á ser libre.

Dile gracias por sus bondades, me despíde llorando de Jerónimo, á quien dejé la cornamusa como recuerdo de mi ausencia, y me vine á la cabaña con mi hijo. Mañana harán justamente seis semanas que amaneci en la montaña, talvez llega

él en este momento al puente de Luca en donde tanto lloré yo un día.

Diciendo esto puso el oído del lado del puente.

CCX

Prestamos todos atención y pasado un momento oímos á lo lejos un débil sonido que á poco reconoció Fior d'Aliza como de la cornamusa de Jerónimo.

— ¡Él es, él es! exclamó con indescriptible alegría, y cogiendo el niño en sus brazos se lanzó, con la rapidez de una piedra lanzada de lo alto, al encuentro de su marido.

En un abrir de ojos desapareció y quedé solo con los viejos.

Hubiera querido asistir á esta escena de amor y cariño en aquella soledad, pero pensé que la suprema felicidad, como los dolores extremos, tienen misterios que nadie debe profanar, y salí de la cabaña seguido de mi perro.

CCXI

En otra ocasión llegué hasta el gran castaño; las últimas hojas del otoño caían al impulso del viento que soplabá con toda su fuerza en la montaña.

Fior d'Aliza jugaba con su hijo bañada por los rayos del sol que caían por entre las ramas del árbol; el padre y la madre cogían castañas, y Jerónimo labraba la tierra.

La felicidad parecía incrustada en aquellas caras, como si ningún accidente de la vida pudiese alterarlas.

El padre Hilario no podía salir ya del convento á causa de sus achaques y le preparaban una cesta de escogidas castañas que al día siguiente debían llevar al monasterio Jerónimo y Fior d'Aliza, como débil muestra de su agradecimiento.

CCXII

Entré con ellos en la cabaña, en la cual me obsequiaron lo mejor que pudieron. Todo respiraba

felicidad; hasta el perro demostraba su alegría, probándome una vez más cuánta parte toman estos animales en las penas y goces del hombre.

Jamás había estado más hermosa Fior d'Aliza: llevaba su niño como una virgen de Rafael, ignorando como le había dado el cielo aquel ángel en una noche de muerte.

— ¡Qué Dios bendiga por siempre este árbol, esta choza y esta familia! dije entre mi al retirarme ¡Qué la felicidad que hoy siente se perpetúe de edad en edad y de generación en generación!

FIN



INDICE

	Página
Capítulo I	1
Cap. II.	36
Cap. III.	95
Cap. IV.	161
Cap. V.	196
Cap. VI.	210
Cap. VII.	239

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

